

CIÓN G



UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY
MAR 11 AM '33



1-11

BT613
.P76
1933
v.1-3
c.1

08706

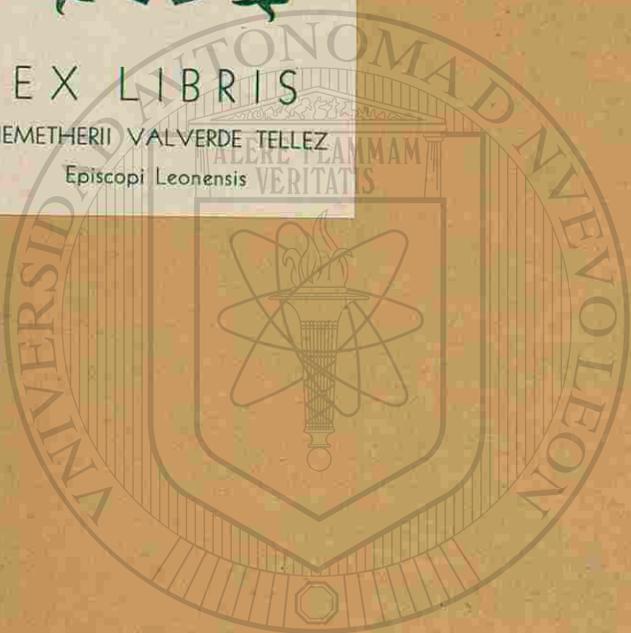


1080020971

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

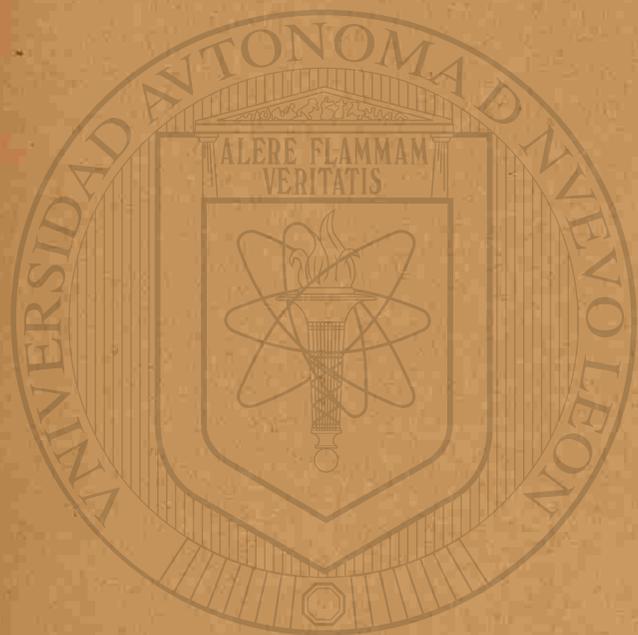


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

APOLOGETICA
M A R I A N A

LA PROMESA
DEL SEÑOR EN
EL PARAISO

Vol. I

Los milagros de Lourdes
como demostración del dogma
de la Inmaculada Concepción

61250.2
672331
1933

APOLOGÉTICA MARIANA

LA PROMESA DEL SEÑOR
EN EL PARAISO

3
12/11
Vol. I.

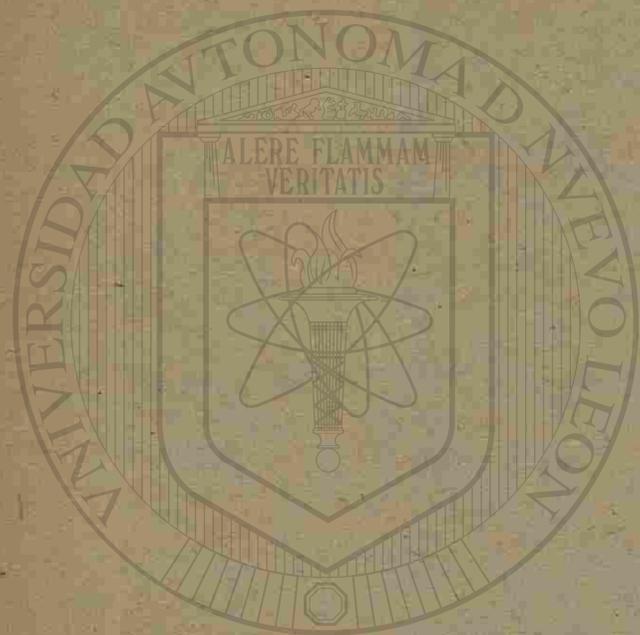
Los milagros de Lourdes como
demostración del dogma de la
:: Inmaculada Concepción ::



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

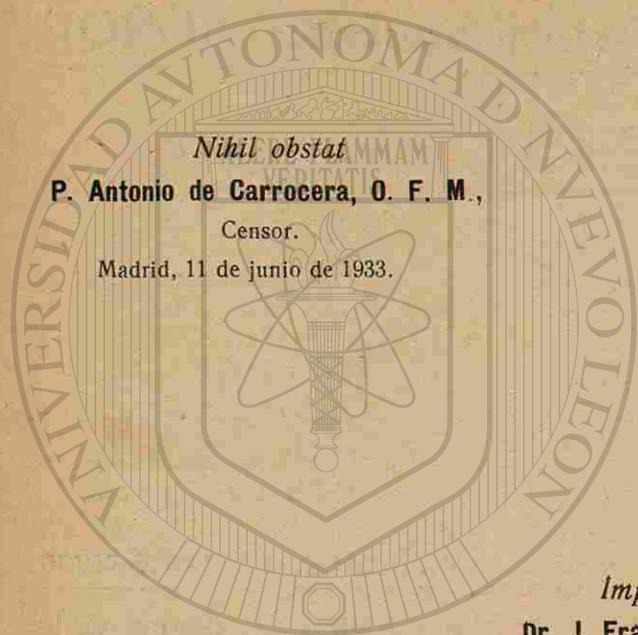
1933

FONDO EMERITO
45316



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Nihil obstat
P. Antonio de Carrocera, O. F. M.,
Censor.
Madrid, 11 de junio de 1933.

Imprimase

Dr. J. Francisco Morán,
Vic. Gen.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

INTRODUCCION

Objeto, carácter y plan de esta obra

Se trata en este libro de estudiar el problema más interesante en la vida del hombre: Saber qué es lo que hay después de la muerte.

Si a los breves días de esta vida sucede una eternidad, y está en nuestra mano que sea feliz o desgraciada, el asunto tiene una importancia infinita. La mayor parte de las personas, sin embargo, no se la dan; les molesta pensar en esto; las tiene atadas su sensualidad, aunque no llegué a dominarlas tanto como al insigne literato Pierre Loti (Julián Viaud), que en un momento de sinceridad escribía: "Yo tengo por norma de conducta hacer siempre lo que me agrada, a despecho de toda moralidad, de toda convención social. Yo no creo en nada ni en ninguno; yo no amo a nadie ni a nada; yo no tengo ni fe ni esperanza"; pero también en otra ocasión confesaba con igual franqueza su fracaso diciendo: "Aquéllos que siguen prosternados a los pies de Cristo, esos, te aseguro, son los felices de este mundo".

No escribimos estas páginas para que nuestros lectores sean felices en este mundo, ni respondemos de que lo consigan "prosternándose a los pies de Cristo"; pero vale, en cambio, infinitamente más la felicidad eterna de uno solo que la temporal de todos.

Reconozcamos cuán justo es que, para otorgarnos un premio eterno, nos pida Dios algún sacrificio con el que nos hagamos acreedores a El. Tal vez el primer paso en este camino sea para alguno de nuestros lectores sobreponerse a los deseos de cerrar este libro y buscar una lectura más de su agrado. Si lo cerrase porque ya tiene formado juicio definitivo en materia de fe, sería muy lógico su modo de obrar; pero no es tan fácil encontrar este convencimiento así en los que se llaman incrédulos como en los creyentes.

No tienen generalmente los incrédulos la tranquilidad de

000796

conciencia que quieren aparentar. Muchos de ellos son ciertamente personas socialmente honorables que podrían seguir a Cristo sin gran trabajo; pero los tiene atados una misteriosa antipatía contra toda idea religiosa, a pesar de que sus costumbres no estén reñidas con los preceptos del Evangelio. Otros no quieren creer porque Dios es el gran estorbo para su plan de vida; y como se ven impotentes para apartarlo, hacen como el avestruz que, cuando no puede escapar a sus perseguidores, mete la cabeza debajo del ala para no verlos, creyendo de esta manera no ser visto.

A estos dos grupos, cuya incredulidad radica principalmente en el corazón, hay que agregar un tercero de carácter más intelectual. Lo forman los que rechazan la fe, porque les repugnan sus dogmas o porque no les convencen los argumentos usados en apologética. Pero, aunque no se hayan convencido hasta ahora, pueden dar todos ellos por muy bien empleado el tiempo que dediquen a resolver un problema en que el error, llevado hasta más allá de la muerte, es eternamente irreparable.

Si del grupo de los incrédulos pasamos al de los creyentes, veremos que los que abundan en él son los hombres de poca fe. No les preocupa saber si han nacido en una religión verdadera o en una falsa; la siguen sin entusiasmo, sólo porque, dado su propio temperamento y el ambiente en que fueron criados, les resulta cómodo aceptar las creencias que les enseñaron sus padres, de la misma manera que un pagano acepta las que le enseñaron los suyos, pero demostrando con su frialdad en practicar la religión que no están muy convencidos de que haya premios o castigos eternos, ni les importa mucho ponerlo en claro.

Es innegable que la principal raíz de estas enfermedades del alma está en el corazón y que su mejor remedio no debe buscarse en las obras de apologética, sino en la oración y en la meditación de las verdades eternas; pero es también innegable que, cuanto más firme sea nuestro convencimiento, más fácil será que nos causen efecto saludable las buenas lecturas. De aquí puede deducirse la utilidad de estudiar los fundamentos de nuestras creencias, sobre todo en estos tiempos en los que profusamente se ofrecen al público, a precios económicos, libros en que se trata de demostrar que todas las religiones son falsas.

En realidad, tal campaña sólo va contra la religión católica, la cual nos dice que nuestro enemigo infernal obtuvo su primera victoria sobre el hombre tomando figura de serpiente y engañando de esta manera a Eva en el Paraíso. Hoy quie-

re difundir sus errores tomando forma de libro, y es necesario que salgamos a defender la verdad con los mismos medios de que él se vale. Conviene además recordar la promesa que hizo Dios a nuestros primeros padres después de su caída: "Yo pondré—le dijo a la serpiente—enemistad entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya: ésta te quebrantará la cabeza, al paso que tú sólo podrás poner asechanzas a su calcañar" ("Génesis", III-15). Estas palabras constituyen la primera profecía de la venida de Cristo al mundo, puesto que, como dice el padre Scio en sus célebres notas a la Biblia, deben entenderse del modo siguiente: "Tú has vencido a la primera mujer, mas yo levantaré otra que se burle de todas tus asechanzas. De ésta nacerá un Hijo que será la cabeza de un nuevo pueblo, el cual te declarará perpetua guerra y enemistad. Ella te quebrantará la cabeza y mostrará cuán débil y flaco es tu poder. Tú, lleno de saña, te armarás contra la mujer con deseo de vengarte, y moverás contra su Hijo el furor de unos hombres carnales, los cuales crucificarán su carne; pero esta misma enfermedad de su carne y los ultrajes y muerte que sufrirá, serán los que quebranten tu cabeza y destruirán tu poder".

El cumplimiento de esta promesa queda demostrado por los milagros con que el Señor nos hace ver cuáles son las prerrogativas con las que su excelsa Madre obtiene esta victoria sobre nuestro enemigo. Conociendo estos prodigios podremos convencernos de que cuanto dicen esos libros antirreligiosos son ilusiones idénticas a las que la serpiente hizo concebir a nuestros primeros padres, cuando les anunció que, si comían de la fruta del árbol del bien y del mal, serían como dioses.

* * *

Es cierto que algunas personas no faltas de talento aseguran que no les convence de la verdad de la religión católica el hecho de que en ella únicamente sucedan milagros; pero, si niegan a éstos su fuerza demostrativa, es porque no conocen la historia y verdadera naturaleza de algunos de ellos. Tienen la falsa idea de que todos se reducen a curaciones cuyo origen está en fuerzas y recursos de la naturaleza que la ciencia actual no tiene aún bien estudiados y conocidos. Pues bien; nosotros queremos demostrar que hay milagros que son mucho más que eso. Su exposición es el mejor medio de llevar el convencimiento al ánimo del que sinceramente busque la verdad.

Por eso este libro tendrá el carácter de historia crítica de algunos de esos milagros. Al estudiarlos, procuraremos agru-

parlos en relación con las prerrogativas de la Virgen María, que sirvieron para vencer a la serpiente infernal.

Empezaremos por exponer los hechos, y procuraremos, al final, deducir consecuencias prácticas, tanto para los convencidos del valor apologético del milagro como para los que lo pongan en duda. En cuanto a aquellos otros que ni siquiera duden, sino que se obstinan en negar la verdad histórica de hechos absolutamente públicos y ciertos, o que, admitiéndolos y reconociendo que no tienen explicación natural, sigan sin preocuparse del problema que plantean, no queda más remedio que encomendarlos a Dios. Sería tiempo perdido hablar a su entendimiento, porque la enfermedad no está en él, sino en el corazón; porque es indudable que quien reflexione serenamente sobre el valor apologético del milagro no se obstinará en cerrar los ojos ante un asunto en el que se juega su felicidad eterna.

* * *

El plan en la exposición de los milagros que queremos examinar será el de la relación que guarden con las prerrogativas principales de la Virgen María; y así dedicaremos un capítulo a cada una de estas tres prerrogativas de nuestra Señora: su inmaculada Concepción; su Divina Maternidad, y su carácter de Medianera Universal de todas las gracias. A continuación añadiremos algún ejemplo de favores temporales concedidos sobrenaturalmente por intercesión de la Madre de Dios.

Nuestro examen de los hechos que superan las fuerzas de la naturaleza no puede, sin embargo, reducirse al estudio de los milagros. No podemos prescindir en apologética de los prodigios con que los espiritistas y los secuaces de otras religiones pretenden defender la verdad de sus doctrinas. Hemos de ocuparnos de ellos detenidamente; y así veremos que la escena del Paraíso es el cuadro más completo de lo que había de ser la historia de la humanidad, puesto que las relaciones del hombre con el diablo, ya sean meramente espirituales o ya bajo formas visibles, no concluyeron cuando nuestro primer padre hubo comido la fruta del árbol prohibido.

Trataremos de separar los fenómenos preternaturales de aquellos otros que tienen explicación natural, pero que se confunden fácilmente con los primeros, y que constituyen el objeto de la metapsíquica. Ellos serán materia de un capítulo aparte.

En los fenómenos de origen diabólico estudiaremos: 1.º La obsesión diabólica, en la cual el demonio obra sin ser dueño de las potencias y sentidos del hombre. 2.º La posesión satánica,

en la que el diablo está apoderado de la persona, como si habitase en ella, siendo dueño de sus potencias, al menos en alguna parte. 3.º Nos ocuparemos también del comercio que voluntariamente tienen muchos hombres con Satanás, cual es el que sostienen algunos espiritistas.

En otro capítulo contestaremos a las principales objeciones que suelen ponerse contra la religión católica; y haremos, finalmente, un resumen de algunas consideraciones filosóficas que se suelen exponer más extensamente en la mayor parte de los tratados de apologética.

Todos estos capítulos que hemos enunciado se irán publicando primeramente por separado en folletos sucesivos, y luego se editarán reunidos en un solo libro, que comprenderá toda nuestra obra completa.

* * *

Con perfecta obediencia al decreto de Urbano VIII, declaramos que a todos los hechos que estudiemos y que no estén admitidos por la Iglesia no pretendemos atribuirles más autoridad que la puramente humana.

* * *

Como remate de esta introducción, queremos rogar a la Santísima Virgen María que se digne aceptar esta humilde obra que le dedicamos, suplicándole que nos alcance de su Divino Hijo que sea para mayor gloria de Dios y suya y para bien de nuestras almas.

CAPITULO PRIMERO

La Inmaculada Concepción

- 1.—El dogma. 2.—Bernardita Soubirous. 3.—Las tres primeras apariciones. 4.—La quincena. 5.—Los enemigos de las apariciones. 6.—Las tres últimas apariciones. 7.—Cómo acabaron los principales personajes de esta primera parte. 8.—Número y calidad de las curaciones de Lourdes. 9.—La novela de Zola. 10.—Escritos de otros médicos contrarios a Zola. 11.—Gabriel Gargán. 12.—El milagro de Manresa.

1.—EL DOGMA

El 8 de diciembre de 1854 había publicado el inmortal Pío IX su bula "Ineffabilis", en la que declaraba dogma de fe que la Santísima Virgen María había sido concebida sin la mancha del pecado original con que hemos nacido todos los demás hombres. La hermosura de esta prerrogativa no la entendemos los que no somos capaces de alcanzar adónde llega la fealdad del pecado.

Hay un ejemplo en la historia de la nobleza española que nos parece oportuno recordar para comprender que no quisiese Nuestro Redentor ser engendrado en el vientre de una madre en la que hubiese sombra ni recuerdo de pecado. Cuando vino a Toledo el Condestable de Borbón para visitar a Carlos V, quiso el Emperador que el Condestable se hospedase en el palacio del Conde de Benavente. No sufría el pundonor del Conde que se alojase un traidor en aquel palacio en que habían vivido siempre muy nobles caballeros; pero tuvo que acatar la orden del Soberano. Mas apenas salió de la ciudad el Condestable, se vió Toledo alumbrado por el resplandor de un voraz incendio. El Conde de Benavente había mandado prender fuego a su palacio para no volver a habitar la casa en que había sido hospedado un traidor.

Después de haber declarado Pío IX como dogma de fe que la Virgen María nunca se manchó con la menor sombra de

pecado, ni aun original, quiso Dios poner el sello celestial del milagro como confirmación de lo que infaliblemente había proclamado su Vicario en la tierra. No fué uno solo, fueron muchos los milagros con los que quiso el Cielo demostrar en Lourdes la verdad de las palabras de la Virgen cuando le dijo a Bernardita, en las rocas de Massabielle: "Yo soy la Inmaculada Concepción". Se cuentan por miles las curaciones milagrosas de Lourdes; y es digno de notarse que en estas curaciones sólo constituyen una mínima parte las de enfermedades nerviosas, y que en muchos casos el milagro consiste en la desaparición de una lesión orgánica.

Los prodigios de Lourdes no sucedieron inmediatamente después de la declaración del dogma de la Inmaculada Concepción, sino que, por designios de Dios, que no podemos escudriñar, tardó más de tres años la Santísima Virgen en venir a confirmar las palabras de Pío IX. No escogió a ningún grande de la tierra para hacerle estas comunicaciones, sino a una pastorcilla de catorce años, tan atrasada en su educación religiosa que no había hecho aún su primera comunión, y nada sabía del dogma de la Inmaculada Concepción, según hemos de ver.

En los sucesos de Lourdes hay dos cosas que descubren la mano de Dios. Una es el conjunto maravilloso de circunstancias de que está rodeado el nacimiento de la fuente prodigiosa; la otra es el número asombroso de curaciones que se han conseguido en las peregrinaciones y por el uso del agua milagrosa. Ninguno de estos dos puntos puede exponerse con el debido realce en las pocas páginas que vamos a dedicar a estos sucesos. En cuanto al primero, se puede apreciar mucho mejor leyendo alguna relación más extensa que la presente, por ejemplo, la de Enrique Lasserre o la del P. José María Cros, S. J., en las cuales aparece patente el milagro de la mano de Dios, sosteniendo a una débil e ignorante niña de catorce años que no se, envanece con los honores, ni se turba con las amenazas, ni se engaña ni contradice jamás, y que tanto ella como su familia rechazan siempre todas las ofertas y regalos, a pesar de encontrarse en la situación más precaria. Otro tanto debemos decir de la conducta del público, frente a la provocación de autoridades impías; porque, a pesar del desorden que era natural se produjese con la aglomeración de tanta gente apasionada en la discusión de los sucesos, se da el caso, tal vez sin precedentes, de que en los dos trimestres judiciales en que ocurrieron las apariciones y los sucesos inmediatamente posteriores no hubo en todo el Departamento en que está enclavado Lourdes ni un solo crimen cometido, ni un solo delincuente condenado.

En cuanto a las curaciones, pueden verse, más extensamente que en este capítulo, en los "Anales de Nuestra Señora de Lourdes" o en otras obras que las estudian más de propósito, como la de E. Le Bec o la de Jorge Bertrín, titulada "Historia crítica de los acontecimientos de Lourdes".

2.—BERNARDITA SOUBIROUS

La elegida por la Reina del Cielo para confidente de sus secretos fué una humilde niña, la mayor de cuatro hijos que tenían Francisco Soubiros y su mujer Luisa Casterot. Estos buenos esposos habían sido molineros en Lourdes y en una aldea próxima, pero habían tenido que dejar el oficio por no poder pagar la renta del molino. Su pobreza nos la explica muy bien Juana Vedere, que después fué Religiosa Trapense, con el nombre de Sor Gertrudis. Dice así en sus memorias autógrafas: "Francisco se aplicaba bien al trabajo; pero acostumbrando la gente del pueblo hacerle moler al fiado, él, que era muy bueno, no se atrevía a exigir el pago; de modo que su trabajo, en vez de proporcionarle una posición desahogada, le condujo a una completa miseria".

En 1858 estaba reducido a tan extremada pobreza que, a pesar de ser tan bueno y honrado, figuraba su nombre en el registro de penados de la cárcel de Lourdes, porque, no teniendo un día con qué encender lumbre, había quemado unos maderos que no le pertenecían. Muchas veces no había en su casa ni pan de maíz. Entre las notas, conservadas hoy en el archivo de Lourdes, que pintan la miserable vida de los Soubiros, están las Memorias de la señorita Estrade, que recuerda que Juan María, hermano de Bernardita, desprendía con las uñas, para comerla, la cera que en los funerales caía sobre las baldosas de la iglesia.

El que fuese a Lourdes en aquella época y viese a una niña, que representaba once o doce años, recogiendo por las calles trapos, hierro viejo y huesos para venderlos por algunos sueldos, con los que compraba pan o sardinas o algún otro pobre alimento con que matar el hambre, no podía sospechar que iba a ser aquella la embajadora de la Madre de Dios.

Nos ha quedado una interesante descripción de cómo era Bernardita en el expediente instruido por las autoridades civiles cuando quisieron que fuese declarada loca y nombraron una Comisión médica que la reconociese. En el dictamen emitido los facultativos dicen lo siguiente: "Bernardita es linfático-nerviosa y de constitución delicada; su fisonomía es agrada-

ble, y sus ojos tienen viveza de expresión; tiene la cabeza regular y se encuentra bien de salud; come y duerme a maravilla, y nunca le ha dolido la cabeza ni ha tenido ataques nerviosos; no es, sin embargo, completamente buena su salud, porque padece manifiestamente de asma".

Poco antes de los sucesos de que vamos a ocuparnos vivía en una aldea vecina, llamada Bartrés, encargada de guardar las ovejas de una mujer que había sido su nodriza. De allí se la habían llevado sus padres con el fin de prepararla para su primera comunión.

3.—LAS TRES PRIMERAS APARICIONES

Era el jueves de Carnaval, 11 de febrero de 1858. Mientras en las demás casas de Lourdes se preparaba el almuerzo con la abundancia propia de la fiesta del día, en casa de Soubiros tuvieron que ir a las once de la mañana a recoger leña al monte para preparar la comida. Cuando Luisa Casterot se disponía a salir con este objeto, llegó una amiga de sus hijas, Juana Abadie, más joven que Bernardita, pero más robusta y desarrollada, la cual se ofreció a sustituir a la madre con tal de salir acompañada de las hijas. Luisa temía que a la mayor le hiciese daño aquel trabajo, porque hacía frío y había algo de niebla; pero Bernardita, que deseaba ir, le decía: "Bien salía cuando estaba en Bartrés".

La hija segunda, Antoñita, nos refiere así la escena (1): "Por fin consintió mi madre; pero le hizo tomar su capucha; era una capucha blanca, ya vieja, comprada, enfrente de la iglesia, a un ropavejero, pues nada nos compraba nuevo. Aquella capucha tenía muchos remiendos y Bernardita la había lavado ya muchas veces. Cuando Juana Abadie volvió de su casa, dejando en ella el niño que había traído, salimos calzadas con zuecos; sólo Bernardita llevaba medias. Pasamos por delante del cementerio y dimos vuelta por el puente, buscando al mismo tiempo leña y huesos. Encontramos a la Pigouno, que nos preguntó: "¿Adónde vais con tanto frío?" "Buscamos leña." "¡Ah!, bien—dijo ella; id al prado del señor Lafitte, que ha mandado cortar unos árboles; allí encontraréis ramas." Bernardita se opuso a coger leña que no estuviese abandonada. Dejamos, pues, la leña del señor Lafitte y fuimos por la orilla de la acequia hasta que llegamos frente a la gruta de Massabieille".

(1) Documentos de los archivos de Lourdes, citados por el P. Cros, S. J. "Ntra. Sra. de Lourdes". Barcelona, 1906.

Bernardita no había estado nunca en aquel sitio, porque dicha gruta estaba entonces cercada por el río, la acequia del molino de Savy y la escarpada ladera de la montaña de Espe-luges, y era de tan difícil acceso que apenas era conocida más que del porquero de Lourdes, que había hecho un sendero en la vertiente del monte para llevar por él su piara; pero en el día de nuestra historia no era difícil para las niñas llegar allí, porque estaba en reparación el molino de Savy, y la acequia llevaba tan poca agua que podían pasarla fácilmente quitándose el calzado.

“Juana y mi hermana, dice Bernardita (1), se descalzaron y atravesaron la acequia. Así que llegaron a la otra orilla empezaron a llorar, y me dijeron que era porque estaba el agua muy fría. Como yo estaba acatarrada y no quería mojarme los pies, pedí a Juana Abadie que me pasase, pero me respondió: “Haz como nosotras”; y se marcharon sin hacerme caso. Traté entonces de descalzarme; empezaba a quitarme una media cuando oí un ruido como el del viento de tempestad. Miré para la pradera y vi que no se movía una hoja en los árboles; sólo me pareció ver que se movían algo unas ramas de rosál silvestre que había debajo de la abertura más alta de la gruta. Seguí descalzándome, y cuando iba a meter un pie en el agua oí delante de mí el mismo rumor de viento huracanado; vi que aquellas ramas se agitaban violentamente, se inundaban de luz y vi aparecer después sobre ellas una joven muy hermosa, muy viva, que parecía de unos dieciséis años y me saludaba inclinando ligeramente la cabeza. En el brazo derecho tenía un rosario; vestía una túnica blanca ceñida a la cintura con una franja azul, que caía a lo largo del vestido, llegando hasta cerca de los pies; el velo blanco que cubría su cabeza dejaba entrever el cabello y caía por la espalda cubriendo los hombros; los pies desnudos estaban en gran parte cubiertos por la túnica y llevaba sobre cada uno una rosa de oro. Yo quedé asombrada y retrocedí; quise llamar a las dos pequeñas, pero no tuve aliento para hacerlo; me restregué muchas veces los ojos, porque creía engañarme. Yo tenía algún miedo, pero no era como el que he sentido otras veces; pues cuando uno tiene miedo echa a correr; en cambio, yo me hubiera quedado allí siempre para estar mirando aquello. Se me ocurrió rezar; metí la mano en el bolsillo para sacar el rosario que traigo siempre conmigo; me arrodillé y, al querer levantar la mano para hacer la señal de la cruz, no la pude llevar a la frente, se me cayó. La joven cogió su rosario en la mano, se santiguó y me

(1) Archivos de Lourdes. Véase P. Cros, obra citada.

invitó a que rezara sola. Ella pasaba las cuentas entre los dedos sin mover los labios, y al fin de cada decena se unía conmigo para decir: “Gloria Patri et Filio et Spiritui Sancto”. Así que concluí el rezo, me saludó sonriendo y se retiró, desapareciendo hacia el fondo de la concavidad. Tras ella desapareció también la luz en que estaba envuelta. En aquel momento Juana y mi hermana bailaban al otro lado de la acequia. Yo las reprendí por semejante disipación; quise juntarme con ellas, y me llamó la atención encontrar el agua templada al pasar la acequia. Les pregunté si habían visto algo, y me dijeron:

—Nada; pero, ¿por qué nos haces esa pregunta?

—¡Oh!... por nada—les contesté.

Juana se marchó, después de reñirme porque me había visto rezar, y me dijo:

—Para eso podías haberte quedado en casa.

Mi hermana me dijo:

—Tú has tenido algún susto.

Yo no quería decirle mi secreto, pero tanto me importunó que le dije:

—Si me prometes no hablar de ello jamás, te lo diré.

Así me lo prometió, y entonces le conté cuanto había visto.”

Todo el resto del día tuvo presente Bernardita el recuerdo encantador de la visión de la mañana; cuando a la noche rezó con su familia la jaculatoria: “¡Oh Marís, sin pecado concebida, rogad por nosotros que acudimos a Vos!”, se apoderó de ella tan grande emoción que rompió a llorar; su madre le preguntó la causa, y entonces su hermana, olvidando el secreto prometido, contó todo lo que había pasado en la gruta de Massabielle.

Luisa Casterot no sabía qué pensar de lo que oía a sus hijas. Se inclinaba a creer que fuese todo una alucinación de Bernardita; pero también sospechaba que fuese la aparición de una alma del Purgatorio. De todos modos no le agradaba que volviesen a la gruta, y se lo prohibió.

El viernes y sábado los pasó la niña pensando en la hermosa Señora que había visto; pero se resignó a cumplir lo que le había mandado su madre. María-Antonia, por su parte, como Juana Abadie, había contado a otras niñas de su tiempo lo ocurrido en Massabielle, y todas tenían deseo de ir allí con Bernardita.

El domingo se presentó un día espléndido. Después de oír misa, fueron estas amigas a pedir a la madre de Bernardita que levantase la prohibición. Luisa terminó por ceder, pero a condición de que regresasen antes de la hora de vísperas. Este

día eran seis las niñas y llevaban una botella de agua bendita que había cogido Bernardita en la iglesia, porque sus compañeras le habían dicho que debía llevarla para echar el agua a la Visión y decirle: "Si vienes de parte de Dios, acércate; si vienes de parte del diablo, márchate." Así que llegaron a la gruta, se arrodilló Bernardita frente al hueco, a cuyo pie crecía la mata de rosal silvestre que se había agitado el jueves anterior anunciando la presencia de la Visión, y se puso a rezar. Muy pronto brilló su semblante, transfigurado por la alegría, y exclamó emocionada:

—¡Ahí está!... ¡Ahí está!

María Hillot, que era una de sus compañeras, le dió la botella, diciéndole:

—¡Pronto, échale agua bendita!

Así lo hizo la vidente, diciendo:

—Si vienes de parte de Dios, acércate...

No se atrevió a continuar; no le era posible mandar a la Visión que se alejase si venía de parte del diablo.

Bernardita dijo a sus compañeras que la Señora se sonreía aprobando lo que acababa de hacer. Todas se arrodillaron entonces en semicírculo a su alrededor y vieron que su rostro, después de iluminarse de alegría, se ponía blanco como la cera. Asombradas de la transformación que observaban en su amiga, empezaron a sollozar; la llamaron cariñosamente por su nombre, pero no contestaba; no apartaba sus miradas del hueco de la peña, no queriendo perder ni un instante la felicidad que sentía en la contemplación de aquella Señora de hermosura incomparable.

Cerca de la gruta estaba el molino de Nicolau. Era éste un mozo de veintiocho años, que vivía con su madre y una hermana. Estas dos mujeres llegaron a la gruta cuando Bernardita estaba en éxtasis, contemplando la Visión. Le dirigieron la palabra, pero no contestó. La madre de Nicolau fué entonces a buscar a su hijo, que vino sonriéndose burlonamente; pero cuando vió el rostro de la niña quedó sorprendido, y según declaró después, no se atrevía a tocarla, porque le inspiraba tanto respecto, que se creía indigno de ello; pues jamás había visto un espectáculo tan conmovedor. La cogió, sin embargo, a ruegos de su madre, y la llevó al molino, donde cesó el éxtasis. Las otras niñas habían ido a dar la noticia a Luisa Casterot, que vino con una vara en la mano, y al llegar dijo a su hija:

—¡Ah, pícaro! ¿Quieres que seamos la risa de todo el mundo?

Y la hubiera castigado si no se lo impidiese la madre de Nicolau.

El rumor de estos sucesos se extendió por todo el pueblo. Se decía que a Bernardita se le había aparecido un alma del Purgatorio, y la casa de los Soubirous se vió invadida de curiosos, que querían hablar con la niña y aconsejar a sus padres que no la dejaran volver a Massabielle. Había, sin embargo, algunos que deseaban ir a la gruta con la vidente; entre ellos estaba la señora Millet, que consiguió al fin que dejaran ir a la niña en su compañía, y la de Antonia Peyret, que trabajaba como empleada en su casa.

Fueron las tres a la gruta el 18 de febrero, a las seis de la mañana, después de oír la misa de cinco y media. Tuvieron que ir por el camino hecho por el porquero, porque se habían terminado las obras en el molino de Savy y no era posible cruzar la acequia. Bernardita se les adelantó, recorriendo aquel escabroso sendero con una agilidad que llamó mucho la atención de sus compañeras y siguió admirando a todo el mundo en las visitas sucesivas. Se postró la vidente ante el hueco de la roca y empezó su rosario. Pronto vió la luz maravillosa que precedía a la llegada de la Señora, e inmediatamente se presentó ésta. Entonces llegaron las compañeras de Bernardita; vieron a la niña con el rostro transfigurado y oyeron que les decía que ya estaba allí la Señora y le mandaba acercarse. Le pidieron que le preguntase si quería que ellas se retirasen. Bernardita contestó que podían quedarse. Se arrodillaron entonces, al lado de la vidente, y encendieron un cirio, que fué el primero que alumbró a la Madre de Dios en aquel lugar en que tantos habían de arder en su honor. Antonia Peyret, que era hija del alguacil, había cogido en su casa papel, pluma y tinta para que la Aparición escribiese lo que desease, y si era un alma del Purgatorio, dijese lo que quería que se hiciese en su alivio. Bernardita ofreció estos objetos a la Señora, poniéndose de puntillas para llegar hasta ella, pero ésta, en lugar de cogerlos, se sonrió, diciendo:

—No necesito escribir. Hazme el favor de venir aquí durante quince días.

—Os lo prometo, dijo la niña.

—Yo te prometo—le contestó Ella—hacerte feliz, no en este mundo, sino en el otro.

A pesar de esta promesa, no tuvo nunca Bernardita la presunción de que se había de salvar necesariamente. No fué, en efecto, feliz en esta vida, en la que tuvo muchos sufrimientos de alma y de cuerpo; pero está hoy gozando, en compañía de la Reina de los Cielos, el premio de las muchas virtudes con que Esta la enriqueció, señaladamente de la paciencia con que llevó la pesada cruz que la esperaba.

4.—LA QUINCENA

La señora Millet y Antonia Peyret contribuyeron, con el relato que hicieron de lo que habían visto, a aumentar el interés y la curiosidad, que empezaba a apoderarse del público; así es que al día siguiente, viernes, había ya unas cien personas cuando la niña llegó a la gruta; el sábado eran unas cuatrocientas, y el domingo, 21 de febrero, se contaban por miles. En estos tres días tuvieron lugar las apariciones cuarta, quinta y sexta. A las primeras asistió Luisa Casterot, que cambió de modo de pensar en cuanto vió a su hija en éxtasis al hablar con la Reina de los Cielos. Se la veía entonces mover los labios; pero no se oían sus palabras, aunque ella decía después que hablaba en voz alta. El diálogo era en "patuá", pues Bernardita no sabía francés.

El lunes debía tener lugar la séptima aparición. Volvió la vidente a la gruta, pero la Virgen no se presentó. Para explicar la razón de esto, es necesario saber lo que había pasado en la mañana del domingo, con lo cual se sabrá también cuál era la actitud de las autoridades civiles en este asunto. Pero antes hemos de hacer constar por lo que al público se refiere, que los que se habían reído de que se hiciese caso a los dichos de una niña de catorce años, fueron luego los más sorprendidos, porque comprendieran que era imposible que una pobre pastorcilla supiese representar una comedia con tanta perfección y dar a su rostro una tal expresión, y hasta los que habían visto en el teatro a las más eminentes actrices, tenían que reconocer que nadie era capaz de imprimir de tal manera a su semblante el sello de lo sobrenatural.

Había, sin embargo, mucha gente instruída que se reía con desdén, sin tomarse la molestia de ir a ver los sucesos, limitándose a decir que todo eran accidentes nerviosos. Entre las personas incrédulas se hallaba el Doctor Dozous, que viendo que se le presentaba un curioso caso patológico, no quiso perder la ocasión de estudiarlo, y no sólo fué a la gruta, sino que se colocó al lado de la vidente, observando atentamente su pulso y respiración, y nos ha dejado el testimonio escrito de que nada anormal notó en ella. Cuando el doctor preguntó a la niña la razón de los cambios de expresión de su semblante, y principalmente la de haber llorado durante el éxtasis, le contestó Bernardita que la Señora, dirigiendo la mirada a lo lejos, le había dicho:

—Ruega por los pobres pecadores. Ruega por el mundo, que está corrompido.

El semblante de la Madre de los pecadores, al pronunciar

estas palabras, revelaba tan profunda tristeza, por la desgracia eterna que les espera a los que se apartan de su divino Hijo, que Bernardita lloraba emocionada al ver tan grande expresión de dolor.

* * *

La actitud de las autoridades civiles fué tal vez la causa de que no hubiese aparición el día 22. Era entonces Procurador Imperial en Lourdes el señor Dutour, caballero cristiano, que, después de interrogar a la niña, no se atrevió a prohibirle que fuese a la gruta; pues aunque juzgó a Bernardita víctima de alucinación, no le pareció que fuese una impostora. Quien prohibió a la vidente que fuese a Massabielle fué el Comisario de Policía don Domingo Jacomet, que empeñó todo su talento y actividad, que eran grandes, en acabar con las apariciones. Con ello se hizo tristemente célebre su nombre, juntamente con el del Barón de Massy, Prefecto del Departamento, que tenía toda su confianza puesta en Jacomet, y se encontraba, a su vez, protegido en este asunto por el Ministro de Cultos. Tenía, por tanto, la pobre niña en contra suya a la Autoridad civil en todos sus grados. Ya veremos también el desdén que encontró al principio en la Autoridad eclesiástica.

La relación del primer interrogatorio que hizo Jacomet a Bernardita nos ha quedado admirablemente escrita por el Recaudador de contribuciones, Mr. Estrade. Era este señor un hombre muy culto; era además íntimo amigo del Comisario, porque otro amigo suyo, el señor Tabaries, Canónigo de Tarbes, le había dicho cuando fué a tomar posesión de la Recaudación: "Os recomiendo el trato del señor Jacomet; es persona que por su valer está muy por encima de su cargo de Comisario de Policía; es tan bueno en lo moral como en lo físico, y amigo del señor Cura y de las personas más respetables de Lourdes." Esta recomendación hizo que el señor Estrade, a su llegada a la ciudad, se instalase en la misma casa en que vivía el Comisario; y cuando el domingo, 21 de febrero, supo que su amigo tenía en el despacho a la vidente, entró en él para ver cómo lograba Jacomet poner en claro todo lo que pasaba con Bernardita. El Comisario se valía unas veces de halagos y otras de astucias para coger en alguna contradicción a la niña. Le leía las declaraciones introduciendo en ellas alguna modificación; pero ella rectificaba inmediatamente. El amor propio de aquel funcionario, tan hábil para interrogar a los malhechores, no pudo resistir más tiempo; y al ver el fracaso de todas sus astucias, apeló a la violencia, y cambiando de tono, no sólo dijo a Bernardita que la iba a llevar a la cárcel, sino que la amenazaba con las miradas y con los puños; pero

la niña no se prestaba a desdecirse de cuanto había afirmado. Estrade, que era entonces tan incrédulo como Jacomet, intervino para aconsejar a Bernardita que cediese y retractase sus declaraciones; pero ella no le hizo caso. No sabemos cómo habría concluido aquella escena si no hubiese entrado en aquel momento Francisco Soubirous, que estaba a la puerta muy impaciente, porque quería saber lo que pasaba con su hija. Jacomet se encaró con él, y le obligó a prometer que no dejaría a la niña volver a Massabielle.

La confidente de la Virgen no sabía a quien debía faltar en esta situación; porque ella había prometido a la Señora ir quince días a visitarla en la gruta; mas para cumplir esta palabra tenía que desobedecer a su padre. A pesar de las órdenes de éste, volvió Bernardita a Massabielle, arrastrada por el irresistible deseo que tenía de volver a ver a la Señora. No sabemos con certeza si la vidente se había aconsejado con su confesor, el señor Pomian; pero el público sólo conocía la prohibición de Jacomet y del padre de la niña, y tenía que juzgar a Bernardita como desobediente. La Reina de los Cielos no quiso que esta aparente desobediencia fuese premiada con su visita; así fué que la niña se volvió a su casa, reconociendo humildemente que la Señora no se había dignado venir a hablar con ella. Después de esto Francisco Soubirous levantó a su hija la prohibición de ir a Massabielle. Desde este momento la niña no aparecía ya como desobediente; y cuando volvió a la gruta el día 23, se presentó de nuevo la Señora.

Uno de los curiosos que estaban en esta séptima aparición era el mismo señor Estrade, que ha dejado escrita una memoria en la que nos hace la siguiente descripción (1): "Cerca de las seis de la mañana del 23 de febrero, entré por primera vez en la gruta. No había llegado aún Bernardita, y ya ciento cincuenta o doscientas personas se habían reunido debajo de la peña. Muchas mujeres rezaban de rodillas. Algo me costó contener la sonrisa que retozaba en mis labios, al ver la fe fácil y prematura de aquellas buenas cristianas. En un ángulo de la gruta había un grupo de caballeros de Lourdes, que conversaban con grande animación; eran, entre otros, los señores Dozous, médico; Dufo, abogado; de Lafitte, Intendente Militar, y el Capitán Gobernador del Castillo. Fui a juntarme con aquellos señores. Naturalmente estaba sobre el tapete la cuestión de Bernardita. Unos veían allí un fenómeno morboso; otros un efecto de espejismo; éste hablaba de influencias ocultas; aquél de fanatismo devoto; nadie soñaba siquiera en la posi-

(1) Puede verse el P. José María Cros "Nuestra Señora de Lourdes", de donde tomamos esta descripción que nos hace el señor Estrade. Página 66. Barcelona, 1906.

bilidad de una intervención celestial. Más aún, nos preguntábamos si en el hueco de la roca habría tal vez alguna extravagante figura o algún juego de luz a propósito para alucinar los ojos prevenidos de la joven. Exploramos, en consecuencia, la gruta en todos sentidos, y nos vimos obligados a reconocer que no parecía posible género alguno de ilusión óptica. Terminábamos nuestras investigaciones cuando un confuso clamoreo nos advirtió que bajaba ya la joven vidente. Atravesamos la muchedumbre y fuimos a colocarnos junto a Bernardita. Sin fijar la atención en nosotros ni en los demás, se puso de rodillas, sacó del bolsillo el rosario y pareció recogerse como si acabase de entrar en la iglesia parroquial para rezar en ella. Poco después, como quien espera algo, levantó los ojos hacia la abertura de la roca de que pendía la zarza. Hubo un momento de silencio... Mas ¡oh maravilla! súbitamente transformada, Bernardita ya no es Bernardita; es un ángel que ora, reflejando en su fisonomía todos los arrobamientos del Cielo. Seráfica sonrisa se dibujó en sus labios; inclinóse su cabeza con inefable encanto; todo el mundo comprendió que había llegado la Aparición. Muchos de los que aún permanecían en pie, se arrodillaron; nosotros, tan soberbios hasta entonces, nos inclinamos como niños y quedamos inmóviles, cautivados nuestros ojos por tan hermoso espectáculo. Los abiertos ojos de Bernardita, fijos en la roca, parecía como si temiesen perder de vista el objeto de su admiración. Un coloquio mudo, pero evidente y conmovedor, tenía lugar entre la invisible Señora y la joven privilegiada, y el rostro de Bernardita traducía todas las fases de una variada conversación: ya era la expresión ansiosa de quien suplica; ya la señal de aprobación de quien contesta; ya la atención prestada a encargos solemnes; ya los gozos y admiraciones de secretos revelados; ya la plegaria, ya la acción de gracias. Oleadas de incomparable dicha parecían esparcirse por momentos por el rostro de la niña; hubiérase dicho que su alma salía al exterior para expresar sus júbilos. El rosario se deslizaba unas veces, y otras se detenía entre sus dedos. Cuando interrumpía el rezo, parecía atender a palabras misteriosas; y estas interrupciones terminaban en saludos y sonrisas de una gracia sobrehumana. Bernardita hacía también algunas veces la señal de la cruz. Decíame yo, al alejarme de la gruta: "Si en el Cielo se hace la señal de la cruz, no puede ser sino que se haga así." Viéndola, se sentían subir las lágrimas a los ojos. El éxtasis duró cerca de una hora; cesó sin violencia alguna, y ya no se ofreció a nuestra vista sino la pastorcilla de Bartrés. Levantóse sonriente, y se alejó ignorando la admiración y entusiasmo que había excitado al rededor de sí. Ya el grueso de la multitud había abandonado a

Massabielle, y nosotros permanecíamos aún inmóviles, descubierta la cabeza, aterrados, confundidos. Nos dirigimos hacia la quebrada y subimos silenciosos. Un gran trabajo interior acababa de verificarse en nosotros; caían los prejuicios. Dando, por fin, libre curso a la emoción, hasta entonces contenida, exclamamos unos en pos de otros: "¡Es prodigioso!... ¡Es sublime!... ¡Es divino!..."

Después de leer esta magnífica descripción, en la que tan bien nos pinta el señor Estrade el escepticismo de los caballeros de Lourdes, derrotado por la celestial transformación de la pastorcilla de Bartres, debía esperarse que los testigos de esta escena no vacilasen en su fe; pero ¡qué poca firmeza tuvieron en ellos estas emociones del día veintitrés! Dos días después los volvemos a ver compadeciendo a Bernardita y juzgándola como loca, sólo porque, durante el éxtasis, la ven marchar indecisa de un lado al otro de la gruta y ejecutar acciones cuya finalidad no pueden explicarse; y he aquí que éste era precisamente el día en el que iba a tener lugar el mayor de los prodigios; era el día 25 de febrero, célebre por el nacimiento de la Fuente.

No nos detendremos a hablar de la aparición del día 24, en la que el corazón de la Reina de los Cielos volvió a inundarse de pena por las muchas almas que se pierden a causa de no quererse acoger a su amparo maternal y hacer penitencia de sus pecados; este sentimiento se apoderó también de la joven vidente, que, dominada por él, exclamó por tres veces, repitiendo lo que decía la Señora: "¡Penitencia!... ¡Penitencia!... ¡Penitencia!..."

* * *

Veamos lo que pasó el día veinticinco. Las relaciones que se conservan de los que fueron testigos de la escena, nos dan a conocer que no quiso aquel día la Reina de los Cielos que el rostro de su confidente se iluminase con tan celestiales destellos como otras veces. Bernardita se condujo, durante el éxtasis, de una manera extraña: anduvo de rodillas, besó la tierra; se levantó, sin saber a dónde dirigirse; dió algunos pasos indecisa hacia el río Gave, y después, como si sintiese que la llamaban, se volvió hacia atrás mirando a la abertura superior de la roca en donde crecía el rosal silvestre; después se internó en la gruta y dirigió a su alrededor una mirada inquieta; hizo con la cabeza una señal de afirmación, y se encorvó, poniéndose a escarbar la tierra con las uñas, en actitud resuelta; apenas había conseguido hacer un pequeño hoyo, bajó la cara hasta el suelo, cogió una hierba que

crecía en él, la comió, y se la vió por fin levantarse con el rostro lleno de lodo. Una exclamación de lástima y de desilusión salió de casi todos los labios: "¡Pobre Bernardita! ¡Está loca!"

Veamos ahora la explicación de todos estos movimientos, que tan desfavorable impresión habían causado en los testigos de esta escena. La misma Bernardita nos lo cuenta: "Me dijo la Señora: "Ve a beber y a lavarte en la fuente". Como yo no veía ninguna fuente, me dirigí hacia el río Gave. Ella me dijo que no era allí y me enseñaba la fuente con el dedo. Fuí hacia donde me señalaba, y sólo vi un poco de agua sucia, en la que metí la mano, sin poder tomar ninguna. Escarbé la tierra y vino el agua turbia; intenté beberla por tres veces, pero tuve que tirarla; a la cuarta vez ya pude tomarla. Me mandó también la Señora que comiese de la hierba que nacía junto a la fuente."

Los espectadores más devotos se llevaron, sin embargo, alguna de esta agua cenagosa, mojando en ella sus pañuelos: el Dr. Dozous, que estaba presente, no quiso marchar de la gruta sin hacer antes un reconocimiento del suelo, y lo encontró todo él muy seco, a excepción del hoyo formado por la joven vidente. Muy pronto se formó un hilo de agua, que empezó a crecer, y al día siguiente tenía el grueso de un dedo; pocos días después era como el brazo de un niño, y continuó aumentando hasta alcanzar su enorme caudal definitivo, que es de más de cinco mil litros por hora. Este inesperado milagro desconcertó a los que se habían reído de la aparente locura de la vidente y devolvió su fe a los que habían empezado a perderla.

Desde el día del nacimiento de la fuente hasta el 3 de marzo fué todas las mañanas Bernardita a la gruta, y en todas sus visitas se le presentó la Señora. El viernes, 26, empezó por lavarse y beber del agua que había nacido el día anterior, sin mostrar admiración alguna por verla correr. El sábado la Virgen le dió el encargo de decir a los sacerdotes que quería se le hiciese una capilla en aquel lugar. En la mañana del 3 de marzo volvió Bernardita a Massabielle, esperando la décimaquinta aparición; pero, a causa del poco respeto con que habían estado algunos durante la noche en la gruta, no se presentó la Reina de los Cielos hasta que volvió por la tarde la vidente a Massabielle.

El día 4 de marzo era el último de la quincena, y había gran ansiedad por ver si la Señora decía quién era. El éxtasis de la niña duró más de una hora, y la Virgen desapareció sonriendo, sin dar a su confidente el último adiós. Bernardita se retiró deseando que la despedida no fuese defi-

nitiva, y no lo era, en efecto, pues faltaban tres apariciones muy notables, que tuvieron lugar, respectivamente, el 25 de marzo, día de la Anunciación; el 7 de abril, dentro de la semana de Pascua, y el 16 de julio, día del Carmen. Antes de referir lo ocurrido en estas tres apariciones conviene hacer ver de qué manera las Autoridades civiles, y aun el mismo clero, contribuyeron con su oposición a que se destacase con más claridad que todo lo que pasaba en Massabielle era obra de la mano de Dios.

5.—LOS ENEMIGOS DE LAS APARICIONES

Los partidarios de la realidad de las apariciones eran los humildes. La mayor parte de la gente rica e instruída se obstinaba en defender su incredulidad. Ya hemos visto que la familia de Soubirous gozaba en Lourdes de escasas consideraciones; que Bernardita era una niña sin instrucción, que sólo sabía hablar "patuá" y no tenía más atractivos personales que su misma sencillez y debilidad, y por fin, que la gruta de Massabielle era un rincón sin utilidad, frecuentado solamente por el porquero de Lourdes, que iba allí para apacentar su piara. No es extraño, por lo tanto, que los incrédulos se burlasen diciendo que no era posible que la Madre de Dios bajase del Cielo para pedirle a la señorita Soubirous que tuviese la bondad de ir a visitarla quince días a Massabielle. La señorita Estrade da cuenta de éstas y de otras bromas parecidas en sus interesantes relaciones; pero no eran éstos los únicos obstáculos que se complacía la Virgen en allanar. Además de las burlas de las personas pudientes, tenía que soportar la pobre niña la persecución de las Autoridades civiles y el desdén, casi hostil, del Cura Párroco. Le daba tanto miedo presentarse ante él que no se le borró nunca el recuerdo de sus visitas a la casa rectoral, de las cuales hacía, muchos años después, una viva descripción, imitando la voz bronca del Cura. Este temor de Bernardita se explica muy bien, porque don Domingo Peyramale, que era entonces el Párroco, era un hombre de facciones enérgicas, voz fuerte y actitudes bruscas, casi violentas, a pesar de que, debajo de esta ruda corteza, se escondía el noble corazón de un buen sacerdote. Sus feligreses lo comprendían así, y no sólo lo respetaban, sino que lo amaban, porque veían cuán grandes eran su caridad y su austeridad.

En una de las apariciones le había dicho la Virgen a Bernardita que tenía que decirle un secreto, y que quería que lo guardase. Así lo prometió ella, y lo cumplió tan fielmente

que no sabremos en este mundo cuál fué el secreto de la Madre de Dios. Después le hizo este encargo: "Ahora, hija mía, diles a los sacerdotes que quiero que se haga aquí una capilla, y que vengan en procesión". Tuvo que ir la niña con esta embajada a casa del señor Cura y allí fué objeto de burlas y amenazas: "Me han dicho que has comido hierba en la gruta, le dijo el señor Peyramale; de manera que haces como los animales. Tú vienes aquí con mentiras; no has visto nada; te voy a echar a escobazos, y voy a mandar que te prendan los gendarmes. Esa Señora ni te ha dicho quién es ni te ha dado cuartos para hacer la capilla. Dile de mi parte que, si quiere que la creamos, haga que eche flores el rosal silvestre encima del cual dices tú que se te aparece". Bernardita salió desconcertada; pero no se desdijo de ninguna de sus afirmaciones.

La ocurrencia del señor Cura pidiendo la prueba del florecimiento del rosal silvestre regocijó, aunque de muy distinto modo, a la Señora de la gruta y a los incrédulos de Lourdes. La primera se sonrió bondadosamente cuando la niña le comunicó la prueba que pedía el señor Peyramale, y realmente tenía gracia el señor Cura de Lourdes mandando recado a la Madre de Dios de lo que había de hacer para darse a conocer. En cuanto a los incrédulos, batieron palmas con la ocurrencia del Párroco, y la comentaban diciendo que había estado el Cura más oportuno que el Comisario; pues Jacomet había querido matar a la Visión, y Peyramale la obligaba a matarse a sí misma, por cuanto no podría dar la prueba que le señalaba la Autoridad eclesiástica.

El señor Cura había adoptado en su conferencia con la vidente una actitud que no respondía sin duda alguna a los sentimientos de su corazón; pero quería conocer la sinceridad de la niña, y deseaba también que, si había alguna superstición, no apareciese el clero fomentándola. Por esta razón, prohibió a los sacerdotes que dependían de él que se presentasen en las reuniones de Massabielle. La intención del Párroco era recta; pero sus formas fueron más allá de lo justo. En su corazón, sin embargo, debió quedar un interés muy grande por la pobre niña, y tuvo muy pronto ocasión de demostrarlo.

El Prefecto y el Comisario se convencieron de que no podían impedir las visitas de Bernardita a la gruta de Massabielle; comprendían que el conducirla a la cárcel era un acto de violencia muy peligroso, y les pareció más práctico que la reconociesen tres facultativos, para que la declarasen loca, y de este modo poder recluirla en un manicomio. A pesar de que los tres médicos fueron cuidadosamente elegidos,

no se atrevieron a dictaminar que la niña tuviese la razón perturbada; sólo declararon que sería conveniente separarla de aquel ambiente. Fundándose en esto, las Autoridades civiles quisieron llevar a Bernardita fuera de Lourdes; pero fué entonces cuando el señor Cura se les atravesó en el camino, con la viril energía que le era característica. Les dijo que aquella pobre niña era una oveja de su rebaño; que antes que se la quitasen y la arrebatasen a su familia, para llevarla recluída a un manicomio, tendrían que atropellarlo a él; que podían decir a los gendarmes que, cuando fuesen a separarla de sus padres, lo encontrarían a él en el umbral de la puerta, y que sólo pasando por encima de él podrían tocar ni a un cabello de la niña.

Las Autoridades tuvieron que desistir de apelar a estos medios violentos con respecto a Bernardita; pero formaron el plan de emplearlos para impedir que los fieles fuesen a la gruta, bajo el pretexto de que aquellos terrenos eran del Municipio, y podían, por lo tanto, impedir la entrada en ellos.

No hemos de seguir la larga historia de los atropellos cometidos en este camino por las Autoridades. Uno de los primeros actos de violencia fué el despojo, que hizo Jacomet en la gruta, de todos los objetos de devoción que habían llevado los fieles. En esta tarea estuvo en algún momento el Comisario a punto de ser arrollado por la indignación del público; se le vió palidecer y tuvo que decir que se veía obligado por la obediencia a ejecutar aquel acto tan contrario a sus sentimientos. Nadie quería prestarle auxilio; así fué que tuvo que rebajarse a hacer él mismo los trabajos materiales que debían hacer sus servidores; y esto a pesar de ofrecer por estos servicios cantidades desproporcionadas. Tuvo que dar treinta francos por el alquiler de una carreta, para un trabajo que se pagaba entonces con menos de cinco francos. La joven que se la alquiló cayó al día siguiente de un granero y se rompió una costilla. Necesitó el Comisario derribar una balaustrada, y no encontrando quien lo hiciese, pidió prestada un hacha para hacerlo él por su mano; no quisieron dársela los primeros a quienes se la pidió; y si bien es cierto que encontró después otro que se la prestó, también es verdad que este desgraciado sufrió, al día siguiente, la rotura de las dos piernas al querer colocar una viga.

6.—LAS TRES ULTIMAS APARICIONES

El señor Jacomet comunicaba a sus superiores que la vidente no había vuelto a Massabielle desde el día 4 hasta el 25 de marzo. Poco nos importa a nosotros comprobar la exactitud

de esta noticia, porque, aun cuando Bernardita fuese algún día a la gruta a hurtadillas de la vigilancia de la Autoridad, podemos asegurar que en estas tres semanas no tuvo lugar ninguna aparición. La Señora se había retirado el último día de la quincena sin dar a su confidente el adiós definitivo ni declarar quién era. Llegó el día en que el Arcángel San Gabriel había traído a la Virgen la embajada del Altísimo, notificándole su dignidad de Madre de Dios y llena de gracia, y en ese día quiso ella, a su vez, decir al mundo entero lo que ya había declarado Pío IX, como maestro infalible: que la Madre de Dios había sido llena de gracia desde el instante de su Concepción, sin que el diablo hubiese tenido jamás parte en ella por el pecado original.

El 24 de marzo despertó Bernardita por la noche, y sintió un gran deseo de ir a Massabielle al día siguiente. Sus padres intentaron disuadirla, porque estaba acatarrada; pero tanto insistió, que se lo consintieron al fin. Llegó a la gruta a las cuatro de la mañana; durante la aparición, la Virgen le mandó acercarse; Bernardita lo hizo así, y después le dijo: "Señora, ¿queréis tener la bondad de decirme quién sois?" Muchas veces había hecho la vidente idéntica pregunta; pero no había tenido más contestación que una amable sonrisa, porque no había llegado el momento escogido por Dios para hacer al mundo esta revelación. Este día insistió la niña en su ruego; al hacerlo por tercera vez, extendió la Virgen los brazos hacia abajo; alzó luego los ojos, mirando al Cielo, y levantando al mismo tiempo sus manos, y juntándolas sobre el pecho, dijo en "patuá": "Que suai l'Inmaculado Consepsiú" (Yo soy la Inmaculada Concepción).

Aunque en casa de Francisco Soubirous se rezaba todas las noches la jaculatoria: "¡Oh María, concebida sin pecado, rogad por nosotros, que acudimos a Vos!", y en esta plegaria va enunciado el dogma de la Inmaculada Concepción, eran, sin embargo, nuevas para la niña las palabras que acababa de oír a la Virgen; y como Bernardita quería decirle al señor Cura quién era la Señora de la gruta, para que no se le olvidasen por el camino, empezó a repetir las así que salió de su éxtasis; pero las pronunciaba mal, pues alteraba algo la palabra Consepsiú, y decía Conchetsiú. Tuvo que corregirle esta modificación la señorita Estrade; y Bernardita le preguntó entonces, con ingenuidad encantadora: "¿Y qué quiere decir: Yo soy la Inmaculada Concepción?"

Jacomet daba parte a sus superiores de que el día 25 de marzo ardían aún a las once de la noche cincuenta y dos velas en la gruta. La que había llevado aquel día Bernardita no era

suya, sino de su tía Lucila. Así que salió del éxtasis, se la pidió y fué a dejarla encendida en la gruta. La tía le preguntó por qué hacía aquello, y le dijo la niña: "Me pidió la Señora que le dejase allí alumbrado, y como era de usted, no podía hacerlo sin su permiso".

La aparición del 7 de abril es célebre por un milagro del que fueron testigos centenares de personas: Llevaba Bernardita una vela grande, que tenía encendida, como de costumbre, mientras rezaba; hubo un momento en que, para adorar a la Virgen, juntó las manos sobre la llama, que quedó en contacto con sus dedos. No daba la vidente muestras de quemarse. La multitud, asombrada, se estrechaba a su alrededor para ver mejor el prodigio; el Doctor Dozous, que estaba junto a ella, sacó su reloj; el milagro duró como un cuarto de hora. Cuando volvió la niña a su estado normal, porque se retiró la Reina de los Cielos, hubo una persona que, no pudiendo convencerse de que no había fraude en lo que había visto, le acercó una vela encendida a la mano, cuando ella no miraba; pero Bernardita la retiró inmediatamente diciéndole: "Señor, me está usted quemando".

La última aparición, que tuvo lugar el día 16 de julio, fiesta del Carmen, no fué ya en la misma gruta; no se podía ir entonces a ella a causa de la prohibición de las Autoridades. Sintió la confidente de la Virgen en aquel día un gran deseo de volver a Massabielle; pero tuvo que resignarse a rezar mirando hacia la gruta desde la orilla opuesta del Gave. Era al anochecer; empezó su oración, y muy pronto se le apareció su celestial Protectora. Fué esta la última vez que gozó de su vista en este mundo. La contemplaba en el mismo lugar de la roca, y se veía ella misma transportada al interior de la gruta, sin mediar la separación del río. La belleza de la Reina del Cielo era este día tan extraordinaria, que decía después Bernardita que nunca le había parecido tan hermosa. La Virgen no habló esta vez. Antes de desaparecer, hizo una inclinación de cabeza, con la cual se despidió de su confidente hasta el Cielo.

7.—COMO ACABARON LOS PRINCIPALES PERSONAJES DE ESTA PRIMERA PARTE

Después de las apariciones siguió Bernardita viviendo con sus padres en la precaria situación que ya conocemos. Cuando Peyramale escribía al señor Obispo, dándole cuenta del modo edificante con que había hecho la niña su primera Comunión

el 3 de junio, día de "Corpus", le añadía que había ido a visitar a Bernardita una señora extranjera, y había querido regalarle una cantidad grande de dinero, pero la niña la había rechazado avergonzada. Análoga a ésta era la conducta de su familia, dando todos ellos constantes pruebas de la resignación con que soportaban las privaciones de su angustiosa situación, sin admitir jamás regalos de ninguna clase, así fuesen de los labradores del país como de la gente rica. Solamente aceptó Francisco Soubirous que el señor Obispo le facilitase dinero para volver a arrendar un molino.

Bernardita siguió asistiendo a la escuela, confundida con las demás niñas, hasta que la recogieron, en calidad de indigente, las Religiosas del Hospicio de Lourdes, con las que vivió seis años. Un día el señor Obispo le dijo que tenía que resolver algo sobre su vida, pues no podía permanecer indefinidamente allí. Le preguntó si quería establecerse en el mundo, y ella contestó que eso de ninguna manera. No se atrevió, sin embargo, a pretender profesar como Hermana; decía humildemente que ella no valía para nada. Pero estaba en los designios de Dios que fuese Religiosa, y en julio de 1866 fué admitida en las Hermanas de la Caridad de Nevers, donde profesó con el nombre de María Bernarda.

Sería muy largo trasladar aquí un resumen de los testimonios que han quedado en los archivos de Lourdes de cuánto molestaba a la humilde religiosa el verse objeto de la veneración de las personas que venían a visitarla. Traían muchas veces rosarios, medallas y otros objetos piadosos para que ella los tocase; y cuenta la Madre que la solía acompañar al locutorio que muchas veces lloraba a lágrima viva antes de entrar en él, y tenía que animarla para que enjugase el llanto y se serenase. No demostraba el más pequeño enojo cuando las Religiosas la humillaban en público, para evitar que tantos homenajes fuesen causa de su daño espiritual. Llegaba, en cambio, a ser desconsiderada con los que la veneraban. Un día sintió que decía alguien detrás de ella: "¡Quién me diera poder cortar una reliquia de su vestido!" Su humildad no le permitió contenerse, y se volvió diciendo amablemente: "¡Qué tontos sois!" Algunas veces que le traían a firmar estampas en que estaba ella pintada, decía avergonzada al verlas: "¡Qué barbaridades hacen!"

Sufrió Bernardita toda clase de enfermedades y dolores: Reuma, vómitos de sangre, dolor de muelas y, sobre todo, ataques de asma violentísimos; casi nunca estaba sin algún sufrimiento; pero sólo se quejaba cuando eran muy grandes. Las Hermanas de la Caridad que vivían con ella observaban que los

más dolorosos ataques solía tenerlos en cuanto cometía alguna de sus ligeras faltas o era objeto de algún homenaje especial. Se conoce que quería Dios purificarla inmediatamente. Si su salud se lo hubiese permitido, hubiese sido una excelente Hermana para asistir a niños y enfermos. Dejó edificadas a las demás Religiosas su caridad con una pobre mujer, cubierta de llagas, a la que cuidó.

A pesar de esta gran humildad se tenía por soberbia. Bien lo demostró pocos días antes de morir. Al recibir los Sacramentos, hizo un gran esfuerzo para levantar la voz pidiendo perdón a la Madre Superiora y a todas las Hermanas, diciendo que lo pedía "por todas sus faltas y, sobre todo, por su orgullo".

El miércoles de Pascua de 1858 había tenido lugar la famosa aparición en que sucedió el milagro de no quemarse con la llama del cirio; y el miércoles de Pascua (16 de abril) de 1879 dió su alma a Dios, habiendo edificado antes a sus compañeras de Comunidad por la devoción que había tenido, en medio de sus dolores, a Jesús crucificado.

Actualmente está beatificada, siendo de esperar su próxima canonización, a juzgar por lo que adelanta el examen de los milagros que a su intercesión se atribuyen.

También había escogido Dios para llevar a su seno a Luisa Casterot y al Cura Párroco de Lourdes dos días distinguidos, por celebrar en ellos la Iglesia dos grandes fiestas de María. La madre de Bernardita había fallecido el día de la Purísima Concepción (8 de diciembre) de 1866, mientras se predicaba en la gruta el sermón de la primera fiesta que se celebraba en ella. Peyramale había muerto el día de la Natividad (8 de septiembre) de 1876.

Los favores de la Reina del Cielo no fueron tan sólo para los que habían sido desde el principio sus amigos. Lo que causa más admiración y demuestra mejor la misericordia de Dios y la verdad de estas apariciones y milagros es que todos los que los vieron de cerca se arrepintieron de sus errores y murieron cristianamente. Estrade y Dozous, que empezaron portándose como incrédulos, nos han dejado preciosas relaciones de los sucesos, en las que reconocen y celebran su propia derrota. Los Doctores Balencie y Diday capitularon también; el primero había redactado el informe de la comisión de facultativos que tenía por objeto alejar a Bernardita de Lourdes; el segundo, médico de gran reputación, se había distinguido por su satírico escepticismo. Sólo dejaron de rendirse los que no quisieron ver los milagros por sus propios ojos.

En cuanto a las Autoridades que persiguieron a la pobre niña, la capitulación fué completa. El Procurador Imperial, Du-

tour, y su sustituto; el Prefecto, Massy; el Alcalde, Lecade; el Comisario de Policía, Jacomet, y finalmente, el guarda rural, Callet, que tantas denuncias había presentado contra los que infringían las órdenes de los anteriormente nombrados, todos se rindieron a la gracia y murieron besando el crucifijo.

8.—NUMERO Y CALIDAD DE LAS CURACIONES MILAGROSAS DE LOURDES

Todo lo que rodea a las apariciones de la Inmaculada Concepción en Lourdes está maravillosamente dispuesto por Dios para que se vean obligados a creer cuantos estudien estos hechos con el deseo de encontrar la verdad; pero, por muy maravillosos que sean los sucesos que acabamos de narrar, es necesario reconocer que lo grande, lo inmenso, lo estupendo son las curaciones obtenidas en Lourdes, y no sólo por su número, sino por la calidad de muchas de ellas.

A principios de este siglo eran unas 2.500 las curaciones reconocidas en la "Oficina de Comprobaciones Médicas", de Lourdes; pero se debe calcular que el número de curados o mejorados milagrosamente es el doble; pues muchos de estos enfermos se vuelven a sus casas sin dar parte del milagro en la Oficina, y otros no son curados en Lourdes mismo, sino en sus casas o en otros santuarios de la misma advocación, ya sea implorando el auxilio de la Virgen de Lourdes, ya valiéndose del agua de la fuente que mana junto a la gruta.

Escojamos algunos ejemplos de estas curaciones, empezando por la de Pedro Rudder, natural de Jabbeke (Bélgica). El 16 de febrero de 1867, cuando ya contaba cincuenta y cinco años, quiso Pedro ayudar a dos leñadores a mover el tronco de un pesado árbol, que habían cortado; el tronco le cayó sobre la pierna izquierda, fracturándole la tibia y el peroné, a una misma altura, un poco más abajo de la rodilla. Prescindiendo del relato de todas las curas que se le hicieron en vano durante ocho años, nos basta consignar que en 1875 la fractura de estos dos huesos era una enorme llaga. La parte inferior de la pierna sólo estaba unida a la superior por los tejidos blandos, de modo que colgaba, moviéndose en todas direcciones. Los extremos de los huesos de una y otra parte eran perfectamente visibles, porque salían al exterior por aquella enorme llaga, en cuya descripción no nos detenemos porque pudiera para muchos ser desagradable; sólo hemos de consignar que era imposible la unión de los huesos rotos, si es que había de conservar la pierna toda su longitud, por cuanto faltaban

entre ellos los trozos que había extraído el doctor Affenaer.

La milagrosa curación de Pedro Rudder se efectuó en el santuario de Oostacker (1), dedicado a la Virgen de Lourdes, en el que hay una gruta semejante a la de Massabielle. Antes de emprender su peregrinación, reconoció al enfermo el doctor Van Hoestenberghé, y nos dice que la parte inferior de la pierna estaba tan separada que se podía doblar ésta por la mitad, llevando el talón del pie hasta el muslo, y se podía también hacer girar esta parte inferior, de modo que los dedos quedasen hacia atrás.

El día elegido por el enfermo para emprender su penoso viaje al santuario fué el 7 de abril de 1875, aniversario de la aparición en la que sucedió el milagro del cirio. Fué hasta Gante en ferrocarril. El dueño del coche que hacía el servicio desde esta estación hasta Oostacker era un mozo divertido; cogió a Rudder para bajarlo él solo del omnibus, y al ver su lamentable estado quiso hacer un chiste diciendo: "A este enfermo se le va a escapar la pierna"; pero cuando notó que estaba manchado el coche con el pus que salía en gran abundancia de la herida, se puso de muy mal humor. Era un incrédulo, y no sospechaba entonces que la curación de aquel enfermo iba a ser la causa de su conversión.

Pedro Rudder, después de beber en la gruta un vaso de agua, se sentó, para orar, en los bancos que hay allí para descanso de los peregrinos; pidió a Dios perdón de sus pecados, y se sintió impulsado a andar y a arrodillarse. Sabía que esto le era imposible, pero el impulso venía del cielo, y Pedro obedeció; echó, pues, a andar por entre los peregrinos, y se prostró ante la imagen de María. Había hecho todo esto como fuera de sí. Cuando estaba arrodillado, su mujer, que estaba presente, le gritó: "Pedro, Pedro; pero ¿qué es lo que haces?". Entonces Pedro volvió en sí; quedó admirado de verse de rodillas, y sintiéndose nacer a nueva vida, se puso en pie, lleno de asombro. No se atrevía aún a creer en aquella curación tan deseada; pero llevó las manos a la pierna rota, y ya no pudo dudar. El milagro había sido instantáneo y completo. ¡Estaba sano, perfectamente sano! No había más señal exterior de la rotura que dos cicatrices: una debajo de la rodilla y otra en el dorso del pie. Las dos piernas tenían la misma longitud, a pesar de la falta de los trozos de hueso que había extraído el doctor Affenaer.

Después de su curación, vivió aun Rudder veintitrés años. Un año después de su muerte se exhumó su cadáver, para examinar mejor el estado de los huesos, que habían sido re-

(1) Cerca de Gante (Bélgica).

entinamente unidos, y se obtuvieron fotografías, en las que aparece muy clara la señal de la fractura (1).

Este milagro en el orden de la naturaleza trajo otros milagros en el orden de la gracia; por él se convirtieron muchos incrédulos, aunque es forzoso reconocer que no todos los que lo vieron; porque, en el orden de la gracia, hay misterios impenetrables. Entre los documentos que acreditan la verdad de este suceso, es uno de los más elocuentes el que extendieron las Autoridades de Jabbeke; en él se hace constar, tanto el estado del enfermo antes del milagro como lo repentino de su curación. Firman el documento, entre otros, el Vizconde de Bus, protector de Rudder, y el señor P. de Sorge. Estos señores eran incrédulos; el segundo de ellos no se retractó de sus errores y fué enterrado civilmente.

Una de las conversiones más notables fué la del doctor Hoestenberghé, uno de los médicos que más habían asistido al enfermo. El 3 de septiembre de 1892, escribía este doctor una carta a Mr. Boissarie, jefe de la "Oficina de Comprobaciones Médicas", de Lourdes, hablándole de la milagrosa curación de su cliente. Aquel año había ido a Lourdes el célebre novelista y médico francés, Emilio Zola; suponiendo Hoestenberghé que estuviese aún allí, ponía para él esta postdata: "Sr. Zola, yo he sido incrédulo, como usted, pero el milagro de Rudder me ha abierto los ojos. La duda me ha asaltado después algunas veces; pero me he aplicado a estudiar la religión y a orar. Aseguro a usted, bajo palabra de honor, que creo cuanto enseña la Iglesia católica, y que con esta fe he hallado la paz del corazón, que antes no conocía."

Bertrín descubre las falsedades históricas que representan los personajes de la novela "Lourdes", de Zola, y cuenta que cuando el doctor Boissarie le preguntó por qué daba por muerta a alguna persona que había sido curada en Lourdes y que aun vivía, sólo pudo el novelista responderle: "Los personajes de mi novela me pertenecen y hago de ellos lo que quiero". A lo cual, como dice muy bien Bertrín, pudo contestarle Boissarie que no hay derecho a hacer de los personajes lo que se quiere cuando se ha anunciado antes, como lo había hecho Zola, que su obra había de ser rigurosamente histórica, y que había de relatar las curaciones en toda su verdad.

Creo que es conveniente a este propósito hacer aquí un ligero examen de los milagros que niega Zola en su famosa

(1) Pueden verse reproducciones de estas fotografías en muchas obras que estudian los milagros de Lourdes; algunas de ellas están en español, v. gr., la del P. Ugarte de Ercilla, S. J., y otras están traducidas del francés, como las de Le Bec y Jorge Bertrín.

novela y de la acertada refutación que hace de ella Bertrín en su magnífica "Historia Crítica de los Acontecimientos de Lourdes".

9.—LA NOVELA DE ZOLA

En agosto de 1892 hizo el célebre novelista francés su anunciado viaje a Lourdes. De este viaje había de ser producto un libro, ansiosamente esperado, en el que, según anunciaba el autor, sin alterar la verdad de los hechos en lo substancial, había de dar forma novelesca a las curaciones de que pudiese enterarse. Y quiso Dios, en efecto, que ante los ojos del escritor incrédulo se presentasen algunos enfermos que acababan de ser milagrosamente curados, de cuyos labios pudo oír las historias de sus curaciones milagrosas. Estos enfermos curados vinieron a ser los personajes con los que Zola compuso su novela; en ella aparecen modificados los nombres de los protagonistas, pero se hace, en general, una descripción exacta tanto de las enfermedades como de las escenas desarrolladas en la Oficina de Comprobaciones, al presentarse en ella los enfermos para relatar el modo como se había operado el prodigio. En lo que falta a la verdad el señor Zola es en la descripción de las curaciones y de sus resultados posteriores.

Los personajes más importantes de la obra son cuatro enfermas que recobraron la salud en Loudres de la manera más evidentemente sobrenatural y más repentina que pudiera exigirse. Hemos de valernos, para pintar sus enfermedades, de las mismas palabras del novelista.

La primera era una joven de quince años, que en la novela se llama Sofía Couteau, y cuyo verdadero nombre es Clementina Trouve. Cuando se presentó esta niña en la Oficina de Comprobaciones se hallaban allí el señor Zola y gran número de médicos, que examinaron cuidadosamente la cicatriz, que marcaba el sitio de la llaga curada. Dejemos que el mismo novelista nos describa la escena: "Abrió la puerta una joven sonriente y modesta, de grandes ojos azules, en los que brillaba la inteligencia...". Le mandaron que contase a aquel señor cómo había sido su curación, y ella entonces, "después de hacer un gracioso ademán, para indicar que le prestasen atención", dijo: "Yo tenía el pie perdido, tanto que no podía ir a la iglesia, porque lo tenía que traer envuelto en vendas, por lo mucho que supuraba. Me asistía el doctor Rivoire, y lo sajó para ver lo que había dentro, y vió que había que quitar el hueso y que yo quedaría coja. Entonces le recé mucho a la Santísima Virgen, y vine, metí el pie

en el agua y todo quedó en el agua; cuando quité el pie ya no tenía nada". Así que la joven hizo este relato, se dirigió al señor Zola el Presidente de la Oficina, doctor Boissarie, y le dijo: "Aquí tiene usted una niña que ha padecido durante tres años una llaga supurante en el talón, y que ha curado instantáneamente al meter el pie en el agua de la fuente. Le invito a usted a que empecemos una escrupulosa investigación, tanto de la realidad de la enfermedad como de lo instantáneo de la curación". Zola contestó que no tenía tiempo; pero en su novela pone en tela de juicio tanto la enfermedad como lo repentino de la curación y se empeña en negar el milagro.

Lo mismo hace con otra enferma, la señora Gordet, a quien él llama señorita de Guersaint. Esta, que es la protagonista de su novela, curó repentinamente de un tumor que tenía en el vientre. No hemos de detenernos en narrar esta curación; pues, no pudiendo hacer el relato minucioso de todos los casos, preferimos ocuparnos de otra de las cuatro enfermas, porque se trata de un caso que impresionó vivamente al señor Zola y del que tuvo ocasión de enterarse muy bien, tanto antes como después de la curación.

Era esta tercera enferma una muchacha de Caen, de diez y ocho años, que en la novela se llama Elisa Rouquet, y cuyo nombre verdadero era María Lemarchand. Tenía varios hermanos menores, y trabajaba constantemente para cuidarlos y sostener a sus padres enfermos. Un lupus horroroso vino a detenerla en estos trabajos, privando de pan a aquella desgraciada familia, y convirtiendo a la hermosa joven en un horrible monstruo. Vamos a trasladar aquí la descripción que hace el señor Zola, al que hay que reconocer que es maestro consumado en el género, y con más razón lo pudo ser en este caso, pues se trata de una enferma que le produjo indeleble impresión en su viaje de ida a Lourdes, sin sospechar que aquella horrible piltrafa humana, que tan grande repugnancia le causaba a él y a los demás viajeros, iba a ser una de las favorecidas de la Reina del Cielo. "Era una joven delgada, que tapaba su rostro con un pañuelo negro. Debajo de este pañuelo gruñía una voz bronca, y se ocultaba una llaga, cuya vista hacía estremecer de horror. Era un lupus, que se había extendido por la boca y la nariz, royéndolas poco a poco, y formando una úlcera cubierta de costras, que devoraba las mucosas. La cara de la joven había tomado una forma parecida al hocico de un perro, sobre el cual los rudos cabellos y los grandes ojos negros hacían un conjunto horroroso. La llaga había devorado los cartílagos de la nariz y había torcido la boca hacia la izquierda, por efecto de la hinchazón del labio superior, de manera que la

había convertido en una hendidura oblicua, inmunda e informe. Un sudor de sangre, mezclado con pus, manaba de aquella enorme llaga lívida"... "Uno de los viajeros se estremeció de horror al ver a Elisa Rouquet (María Lemarchand) introducir con precaución algunas migajas de pan en el sanguinolento agujero que hacía el oficio de boca"... "Todos los peregrinos experimentaban un sentimiento de repugnancia invencible cuando veían a aquella desgraciada"... "Cuando llegó el tren a Poitiers se apearon muchos para lavarse en la fuente de la estación o llenar en ella sus botijos. Allí estaba Elisa Rouquet, que ponía bajo el chorro del agua la hendidura oblicua que le servía de boca. Ante aquel espectáculo los viajeros retrocedían horrorizados, y no querían llenar sus botijos en la misma fuente en que había bebido Elisa."

Este es el horrible cuadro que nos pinta Zola en su novela "Lourdes"; pero no paraban en esto los males de María Lemarchand, o como él la llama, Elisa Rouquet. La desgraciada padecía más enfermedades aún de las que el novelista había visto; porque sufría en una pierna llagas de la misma naturaleza tuberculosa que las de la cara, y como tenía también invadidos por la misma enfermedad los pulmones, arrojaba sangre por la boca y tenía la tos y las calenturas que anuncian en los tísicos la muerte a corto plazo.

Después de haber visto este cuadro espantoso, acompañemos a María Lemarchand a la gruta de Massabielle y veamos también la transformación que hizo en ella el poder ilimitado de la Reina de los Cielos. Nos va a contar esta transformación un testigo ocular, el doctor Hombres, que a pesar de ser médico, empieza por manifestar que sintió una impresión muy viva al ver el aspecto repulsivo de la enferma, cuando se estaba lavando en la fuente de la gruta el 21 de agosto de 1892.

"Al salir de la piscina, dice el doctor Hombres, me dirigí al hospital, detrás de esta mujer, a la cual reconocí allí, a pesar de que su cara había cambiado por completo. En vez de la horrible llaga, que acababa de ver, segregando un pus muy abundante, tenía una piel seca y con el color sonrosado propio de las cicatrizaciones recientes. Las vendas, que cubrían antes la llaga, estaban a su lado cubiertas aún de pus. Lo mismo que la llaga de la cara, se había secado la que tenía en una pierna." El doctor Hombres quiso acompañar a María a la Oficina de Comprobaciones. Llegaron en un momento en que la sala estaba llena de médicos. Uno de ellos era don Emilio Zola. El presidente, doctor Boissarie, se dirige a él y le dice: "Aquí tenéis, señor Zola, el milagro que andabais buscando." No era posible replicar, y el célebre novelista rehuyó la cuestión con este chiste: "Prefiero no mirarla, porque todavía está muy fea."

Algo había de verdad en esto; pues la Virgen Inmaculada, que quiso devolver a María la salud repentinamente, la hizo, en cambio, esperar algunos días, antes de que recobrase, aumentada, su anterior belleza. De este modo el milagro se hacía más visible, por no ser instantáneo en todos sus efectos.

Refiere en su preciosa obra Jorge Bertrín que en noviembre de 1893 asistió él a una conferencia del doctor Boissarie, en el Círculo de Luxemburgo, sobre la novela de Zola, y dice: "Me acuerdo bien de la profunda emoción que embargaba en aquellos momentos a toda la concurrencia. El doctor había hecho venir, desde los lugares donde residían, a la mayor parte de los milagrosamente curados, de quienes debía hablar a su auditorio, y que estaban sentados a su alrededor en el estrado. Cuando hubo leído el texto, brutalmente expresivo, donde Mr. Zola describe el desdichado rostro de Elisa Rouquet, añadió: "Elisa Rouquet, bien lo sabéis, es María Lemarchand. Acabáis de ver cuál era su estado. Pues bien—dijo volviéndose a un lado del estrado—, levantaos, hija mía, mostrad a esta Asamblea lo que ha obrado con vos la Santísima Virgen."

Entonces, escribe un testigo, todavía bajo la impresión de este recuerdo, se vió aparecer "la pálida figura de una joven idealmente hermosa, bajo sus negros vestidos". Una especie de escalofrío recorrió la sala, redoblándose la emoción cuando se vió que la pobre niña lloraba. Es que antes no conocía lo que acababa de leerse, y hasta ignoraba que el novelista se hubiese ocupado de ella. Así que, al oír de improviso el duro texto en que se la trataba de monstruo y a su cabeza se la calificaba de "cabeza de perro de hocico roído", se sintió dominada de una gran vergüenza ante todas aquellas miradas que en ella se fijaban, llenándose sus ojos de lágrimas. Para todos los asistentes, el contraste de las brutales palabras que acababan de citarse con el semblante gracioso de la joven, dulce y puro como una flor, daba al milagro un brillo particular; vivos aplausos salieron espontáneamente de todos los lados, y lágrimas furtivas se desprendían de muchos ojos. Ningún vestigio quedaba ya del mal horrible que quince meses antes la desfiguraba."

Dice también Jorge Bertrín que, cuando estaba imprimiendo la octava edición de su obra, supo la dirección de María Lemarchand, y le escribió preguntándole si se encontraba buena. La carta en que María contesta tiene fecha de 1.º de diciembre de 1905; en ella dice que goza de perfecta salud; que tiene cuatro robustos hijos y espera pronto el quinto; que es completamente exacto todo lo que Bertrín dice en su hermosa obra "Historia crítica de los acontecimientos de Lourdes"; que su curación había sido tan repentina que, al quitarse las vendas y pasar la mano por el sitio que ocupaban antes las dolorosí-

simas llagas, no sentía ya molestia alguna; que a su lado estaba en aquellos momentos su cariñosa madre, para compartir con ella su felicidad e ir a dar ambas las gracias a la Virgen, y que para hacerlo fué ella a pie hacia la gruta, después de haber pasado tres años y medio sin poder andar. Insiste María en lo repentino de su curación, tal vez para protestar de lo que dice Zola, el cual quiere suponer que, al lavarse la enferma en la fuente, se le cayeron las costras de la llaga, y que, como ésta se hallaba ya en vías de curación, desapareció después de algún tiempo.

La cuarta enferma de la novela de Zola es María Lebranchú, a la cual él llama la Grivotte. Era una tísica en tercer grado, que curó también instantáneamente y de un modo completo y definitivo. Al hablar de ella en la novela, no sólo la hace recaer en su enfermedad, sino que la da por muerta, siendo así que gozaba de perfecta salud. De esta falsedad se quejó a Zola el doctor Boissarie en cierta ocasión en que se encontraron juntos. Ya dejamos consignada más arriba la descarada respuesta del novelista.

¡Pobre Zola! Algunos años después se acostó un día en su cama lleno de salud; dejó en la habitación un brasero mal arreglado, y el óxido de carbono producido por la combustión defectuosa, le ocasionó la muerte probablemente durante el sueño. Se durmió en este mundo y despertó en la eternidad. ¡Qué muerte tan dulce la suya si no existiese otra vida después de ésta! Pero, ¡qué horrible sorpresa la que le habría esperado si no estaba arrepentido del mal que había hecho y dispuesto para comparecer ante Dios! Todos los males de María Lemarchand serían envidiables comparados con la suerte eterna merecida por una incredulidad obstinada.

10.—ESCRITOS DE OTROS MEDICOS CONTRARIOS A LOS DE ZOLA

Los llamamos contrarios no porque se propongan refutar los escritos del novelista, sino porque son médicos que, reconociendo la verdad, han puesto su ciencia al servicio de ella. Son muy numerosos, pero la mayor parte han escrito en francés o en otros idiomas extranjeros, y sus obras no están traducidas al español; por eso vamos a limitarnos a hablar de una que lo está, por si alguno de nuestros lectores desea consultar este libro que trata de las curaciones de Lourdes con la extensión y el criterio científico que merecen; advirtiendo, por otra parte, que en la "Historia Crítica", de Bertrín, encontrará cuanto desee el más exigente.

La obra a que nos referimos es la del doctor Le Bec, titulada "Demostración del milagro". Tiene una primera parte destinada a sentar los principios científicos convenientes para dictaminar si un hecho es necesariamente milagroso; en la segunda parte estudia detenidamente, por vía de ejemplos, doce curaciones evidentemente sobrenaturales, de las cuales hemos de hacer una reseña muy extractada.

Empieza Le Bec diciendo que algunos médicos pretenden, al parecer, que Dios se ponga a sus órdenes para hacer el milagro en forma de experimento científico, y que el hombre no tiene derecho a llamar ante su tribunal en esa forma a su Creador. No le falta razón a Le Bec para su aserto; pero también es verdad que muchas veces Dios concede al hombre esto que no tiene derecho a pedir, y que en Lourdes se lo ha concedido a veces de un modo maravilloso. No han faltado médicos que para ver por sus propios ojos hasta qué punto era verdad lo que se contaba de las curaciones de Lourdes, han examinado a muchos enfermos antes de que fuesen a la fuente milagrosa, y han comprobado de antemano que sólo podían curar por evidente milagro. Entre estos doctores hay uno que ha publicado un folleto titulado "Une observation médicale presque en forme d'expérience". Dice el doctor en este opúsculo que el primer año de actuación examinó a doce enfermos, de los cuales no curó ninguno; pero que no desistió, y al segundo año se le dió el caso de una curación repentina y absoluta en una joven de veintiséis años, Emilia Cailleux, que padecía mal de Pott. Reconoce el autor lo evidente que es el milagro, describe minuciosamente sus observaciones y reproduce la fotografía de la columna vertebral de la enferma.

Le Bec, en la primera parte de su citada obra, se ocupa del pretendido milagro atribuido a la intercesión del famoso hereje jansenista, el diácono Paris. Este pseudomilagro, que ha sido cuidadosamente estudiado por el célebre Charcot, consistió en la cicatrización, en un plazo de dieciocho días, de una llaga que tenía en el pecho la señorita Coirin, a causa del golpe recibido al caerse de un caballo. Charcot quiere comparar esta curación a las de Lourdes, y de esta manera, queriendo combatir los milagros de la verdadera religión, ha prestado a ésta un gran servicio; pues ha demostrado que el milagro de los jansenistas tiene explicación científica, aunque el plazo de dieciocho días parezca corto; pero nada ha podido demostrar contra lo milagroso de las curaciones de Lourdes, verificadas instantáneamente.

Se extiende además Le Bec en muchas consideraciones de carácter científico, y entre ellas llega a demostrar que el no

darse contagio alguno en Lourdes es evidentemente milagroso, dada la forma en que se bañan los enfermos en las piscinas.

En la segunda parte de su obra desciende Le Bec al estudio de casos concretos, y sólo escoge doce curaciones, entre los centenares de que podría disponer. En esta elección ha preferido aquellas enfermedades que, además de ser muy fáciles de apreciar a simple vista, es más evidente que no pueden curar de modo tan repentino como curaron en los casos que él examina, que son los doce siguientes:

Uno de úlceras y varices enormes en las piernas; otro de fractura supurada de una pierna, que es el caso de Pedro Rudder de que hemos hablado; otro de fractura del hueso del muslo, sin llaga al exterior; tuberculosis de la columna vertebral (mal de Pott); úlcera en una pierna, teniendo la llaga 32 centímetros de largo por 15 de ancho; lupus en la cara, a consecuencia del cual tenía la enferma una perforación en el paladar y otra en una mejilla por la cual se metía el dedo, de modo que tenía que llevar allí un tapón, para que al comer no saliesen los alimentos al exterior; pies zambos, hasta el extremo de que no se podía tener la enferma sobre las piernas; peritonitis tuberculosa, que había ya causado una perforación por la que salían las sustancias que estaban en el intestino delgado; tuberculosis intestinal, con seis perforaciones análogas a la del caso anterior; dos casos de cáncer, uno en la cara y otro en la base de la lengua; el primero era de tamaño de un huevo de gallina, y el segundo tenía ya cortada la mitad de la lengua, según puede verse en la fotografía; finalmente, un caso de tuberculosis pulmonar, con hemoptisis, que producía a la enferma síncope de tal gravedad que sólo se le permitió el baño en la piscina de Lourdes por la intransigencia con que lo exigía; tenía además la paciente una úlcera en una cadera, que curó también instantáneamente en el baño.

Todas las enfermedades a que se refieren los doce casos enumerados son de muy difícil curación, y el más profano comprende que es absolutamente imposible que se dé en ellos una curación instantánea no siendo por milagro. Pues bien; si se exceptúa la fractura del hueso del muslo, que tardó cuarenta y ocho horas en curar, todas las demás curaron repentinamente. En el caso de las seis perforaciones intestinales no quiso la Reina de los Cielos curarlas todas en un mismo día: en el baño que tomó la enferma el 21 de agosto de 1917 se cerraron cuatro; las dos que quedaban cerraron instantáneamente el día 22, y el 23 desapareció en el tercer baño la contracción muscular que no había desaparecido en los dos primeros.

Nada falta en la obra de Le Bec en cuanto a la demostra-

ción del milagro, pues trae copias de certificados absolutamente fehacientes, y en varios de ellos, las fotografías (1).

11.—GABRIEL GARGAM (Herido en un choque de trenes)

Las curaciones de que hablan los autores que acabamos de citar vienen acreditadas con documentos de médicos y testigos, muchas veces incrédulos; pero la que vamos a estudiar ahora tiene además, como medios de prueba, dos sentencias. Una de ellas fué dictada por el Tribunal Civil de Angulema, en 20 de febrero de 1901; en uno de los considerandos se dice que la Compañía ferroviaria ha reducido a Gargam al más miserable estado, convirtiéndolo en un verdadero desecho humano, en el que sólo resta la inteligencia sin apagarse. En el fallo se condena a la Compañía de los Ferrocarriles de París a Orleans a pagar a Gargam una pensión anual vitalicia de 6.000 francos, y una indemnización de 60.000. Al verse condenada la Compañía, echó sus cuentas muy atinadamente, y comprendiendo que al demandante le quedaba muy poco tiempo de vida, trató de proponerle que la pensión anual fuese de 12.000 francos, a cambio de que él renunciase a la indemnización de 60.000. No llegó a efectuarse este convenio, y entonces la Compañía apeló ante la Audiencia de Burdeos, la cual recargó la condena del Tribunal de Angulema, disponiendo que la pensión se pagase desde el día del choque de trenes y no desde la interposición de la demanda, como había mandado la sentencia apelada, y que, además de esto, no estuviera sujeta a descuento alguno esta pensión aunque el lesionado obtuviese alguna otra.

Veamos ahora en qué forma había ocurrido la catástrofe que redujo a Gargam a tan miserable estado. Era empleado de Correos; en el desempeño de su cargo, tomó el tren rápido de Burdeos a París, a las diez y media de la noche del 17 de diciembre de 1899. La oficina ambulante de Correos, en la que él iba, estaba instalada en el penúltimo vagón. Al llegar cerca de Angulema, debía el tren subir una pendiente muy acentuada, en la que la vía describe una pronunciada curva. Los empleados de Correos notaron que el tren no podía subir y quedaba parado en mitad de la cuesta. Detrás de ellos venía el expreso de Burdeos, que había salido diez minutos más tarde. Pronto oyeron su ruido sordo y aterradora.

(1) No es el libro de Le Bec el único que hay escrito en español con todas las pruebas que puede exigir el más desconfiado para demostrar lo milagroso de las curaciones. Pueden verse también la obra del P. Ugarte de Ercilla "La epopeya de Lourdes", la de Mons. Segur "Ciento cincuenta milagros admirables de Nuestra Señora de Lourdes" y la tantas veces citada de Jorge Bertrín "Historia crítica de los acontecimientos de Lourdes".

dor, pero ya no había tiempo de hacer nada. Era media noche, y la curva que hacía la línea era causa de que el maquinista del expreso no pudiese ver los faroles de cola del tren que se hallaba parado. Apenas tuvo nadie tiempo de pensar en la muerte que se le echaba encima. Sobrevino el choque... Los recuerdos de Gargam concluyen en este momento. Los cuatro empleados de Correos fueron lanzados lejos de la vía con horrorosas heridas. Gargam quedó medio enterrado en la nieve, a dieciocho metros de la vía, y allí estaba todavía sin sentido a las siete de la mañana.

No hemos de seguir la descripción de la enfermedad causada por las heridas, pues bastante nos han dicho las palabras copiadas del "Considerando" del Tribunal Civil de Angulema; pero puede añadirse que, a pesar de que el herido era de elevada estatura, se había reducido su peso a solos 36 kilos, y que en cierta ocasión en que su enfermero notó que tenía color negro en las puntas de los dedos de los pies, y quiso limpiarlos, pensando que provenía de falta de aseo, se le quedó la piel en las manos, porque el color negro era de la gangrena.

En este estado fué llevado Gargam a Lourdes el 20 de agosto de 1901. El relato de su viaje lo hace muy bien un testigo incrédulo, que iba a Lourdes llevado sólo por la curiosidad de ver algún milagro. Era el señor M. V., concejal radical de una ciudad del centro de Francia. Los que llevaron hasta el tren la camilla con ruedas en que iba Gargam, la acomodaron en el mismo departamento en que iba el señor M. V., el cual, a la vista de aquella especie de ataúd, del que se desprendía un violento olor a yodoformo, recibió tan desagradable impresión, que cogió su sombrero y se mudó al departamento contiguo. A través del cristal de la ventanilla, que había en el tabique que separaba los dos departamentos, veía perfectamente la camilla y el enfermo, al que acompañaban su madre, una amiga de la familia y un enfermero.

Gargam había prometido que comulgaría en Lourdes, y aunque era hombre de muy poca fe, cumplió su palabra; pero se tuvo la precaución de darle solamente un trozo de la sagrada Partícula, por la gran dificultad que sentía para pasar alimentos. Después fué llevado a las piscinas, en donde ninguna mejoría notó, a pesar de que hizo, al tomar el baño, las invocaciones acostumbradas a la Virgen, que eran casi sus primeras oraciones. Había de curar a la presencia del Santísimo Sacramento, como sucede con un número muy grande de enfermos.

A las cuatro de la tarde fué colocado en las filas de los que esperan el paso de Jesús Sacramentado en la solemne

procesión. Así que lo pusieron allí, los que le acompañaban pensaron que se moría, y estaban ya dispuestos a retirarlo; pero una persona de las que estaban cerca les rogó que lo dejasen quedar, indicándoles que, si fallecía, podría taparsele la cara para que nadie se asustase. Cuando llegó el Santísimo Sacramento frente a la camilla de Gabriel Gargam, se vió que de aquella especie de ataúd se levantaba un hombre como un esqueleto, que envuelto solamente con una sábana, empezaba a andar detrás de la Custodia. La emoción del público fué asombrosa; la gente se agolpaba para ver el milagro, y fué necesario obligar a Gabriel a que volviese a su camilla. Al concluir la procesión fué Gargam a la Oficina de Comprobaciones médicas; su entrada en la sala fué un espectáculo conmovedor y solemne, pues había en ella en aquel momento sesenta médicos, y la muchedumbre sitiaba la Oficina, haciendo temer que las puertas cediesen al empuje de aquella ola humana, que se agitaba dominada por el entusiasmo. Es verdad que Gargam parecía todavía un esqueleto, pero la enfermedad había desaparecido completamente, y a pesar de que había pasado veinte meses en cama y que sólo tenía en las piernas la piel y los huesos, faltando casi por completo los músculos, no sólo se sostenía en pie, sino que andaba solo, sin apoyarse en nada, según lo asegura su compañero de viaje el señor M. V., que afirma que se fijó muy bien en este detalle. Aquella noche ya se encontró Gargam con buen apetito para la cena, y si bien es cierto que ésta fué muy escasa, no hubo ya necesidad de guardar tantas precauciones en las comidas siguientes; con lo cual recobró muy pronto sus carnes y su anterior robustez.

Otro beneficio, mayor que la salud de su cuerpo, recibió Gargam de la Reina de los Cielos, y fué la salud de su alma. Su reconocimiento por el favor recibido de la que es Madre de Pecadores, le movió a establecerse en Lourdes, como hospitalero; allí quedó como modelo de caridad con los enfermos, de agradecimiento a su celestial Bienhechora y como vivo testimonio del milagro que había obrado con él la Inmaculada Concepción.

Al hablar de la curación de Pedro Rudder, hemos visto que uno de los firmantes del documento extendido en Jabbeke para testimoniar el milagro era el librepensador Mr. P. de Sorge, el cual, no obstante, fué enterrado civilmente. Zola también vió algunos milagros y tampoco creyó. Pues bien, el señor M. V., que presenció tan de cerca la curación de Gargam, continuó, asimismo en sus errores, diciendo que él no creía en milagros. Alguna vez le preguntaron: "¿Entonces, cómo se explica usted la curación de Gargam?", y tuvo que

contestar: "Aunque no creo en los milagros, ya no puedo sostener que no los haya".

Estos ejemplos demuestran cuán acertadas son las consideraciones con las que concluye Bertrín su excelente libro, diciendo que, aunque ha escrito pensando en los que dudan, tiene que reconocer que, para convencerlos, no bastan los milagros; que, además de ellos, son necesarios otros dos factores: Dios y la voluntad del hombre. Dios da a todos las gracias suficientes, pero estas gracias no siempre son eficaces. El que quiera descubrir la verdad tiene que empezar por reconocer que se perderá si se fía sólo de la luz de su inteligencia. Por muy clara que sea una verdad, nada podremos hacer sin la gracia de Dios, ésta es necesario que la pidamos, y ninguna intercesora mejor que la Madre de Pecadores, a la cual debemos empezar por pedirle que cure las llagas de nuestro corazón, que son las que turban nuestra inteligencia, y hacen que, viendo, no veamos.

12.—EL MILAGRO DE MANRESA

En nuestro plán de preferir siempre los milagros modernos a los antiguos, nos hemos limitado a narrar los de Lourdes, como demostración del dogma de la Inmaculada Concepción; pero no queremos resistir al deseo de hablar de otro milagro antiguo, del cual se ocupó el Concilio de Basilea (año 1430), como de suceso entonces muy reciente.

Fué el caso que el día 8 de septiembre, fiesta de la Natividad de Nuestra Señora, falleció en Manresa el Canónigo don Francisco Mulet, a consecuencia de unas heridas. Había sido en vida muy devoto de la Santísima Virgen; pero como no estaba definido en aquella época el dogma de la Inmaculada, podía profesarse entonces, como lo hacía nuestro Canónigo, la opinión de que la Virgen había sido concebida en pecado original, sin que por ello se incurriese en herejía.

Después de haber estado tres horas muerto, resucitó el señor Mulet y dijo que viviría otras nueve horas, que era el plazo que le había concedido Dios para retractarse de su opinión. Declaró que había estado en el Purgatorio; se confesó y, después de pasadas las nueve horas, volvió a morir.

Este hecho no tiene la censura de la Sede Romana declarándolo milagroso, pero "Juan Serrano, Obispo Acernense (De Conceptione, 1635, lib. II, Cap. XIII), con confesar que ignoraba el día, mes y año del raro suceso, afirma que le consta su realidad, de auténticos escritos, de la tradición manresana, de las pinturas conservadas en una iglesia de la ciudad y de la fiesta solemne celebrada anualmente en dicho

templo de Manresa" (1). También lo confirma la información jurídica, firmada por el Obispo Martín, de Barcelona, el año 1653.

Nuestro propósito de prescindir de los relatos antiguos, obedece al deseo de que al lector no le quede el reparo de no poder examinar los documentos originales en que constan los hechos y comprobar que sus autores, ni se engañaban ni querían engañar a los demás. Tal desconfianza puede ser razonable en casos como el que acabamos de referir, pero no lo sería si la llevásemos hasta el extremo de impedirnos hablar de lo que constituye el principal fundamento de nuestra fe, que son las obras de Nuestro Señor Jesucristo. Por esta causa, hemos de demostrar cumplidamente que nos han quedado documentos indubitables de ellas, como son los Evangelios, escritos por cuatro autores que conocían perfectamente los hechos que narraban y que, al sellar sus escritos con la sangre del martirio, nos dejan testimonio indudable de que eran incapaces de falsear la verdad por móviles terrenales.

Hemos de demostrar que los cuatro Evangelios se difundieron inmediatamente por todos los ámbitos del mundo adonde llegó el cristianismo en los primeros siglos, esto es, por casi todo el Imperio romano y los países más cultos, y veremos que en la época en que vivían aún muchos testigos de la vida de Cristo, ya se habían divulgado los tres primeros Evangelios escritos por San Mateo, San Marcos y San Lucas.

(1) P. Juan Mir, S. J. "El Milagro", tomo 1.º, página 364. En esta eruditísima obra puede ver el lector un estudio crítico de las pruebas de este milagro y de otros muchos de todas las épocas de la Iglesia. En este primer tomo se estudia el milagro en general y su fuerza probatoria; en el segundo, los milagros que han ocurrido en los diversos siglos y las pruebas de su verdad histórica, y en el tercero, el milagro en apariencia, es decir, los hechos que parecen milagrosos y no lo son, por ser fenómenos naturales o prodigios satánicos.

Publicaciones de la A. C. de P.

1. Encíclica de S. S. Pío XI, *Mens Nostra...*, sobre los Ejercicios Espirituales.

Encíclica de S. S. Pío XI, *Divini illius...*, sobre la Educación cristiana de la juventud.

Precio: 25 céntimos.

2. Encíclica de S. S. Pío XI, *Casti connubii...*, sobre el Matrimonio cristiano.

Precio: 20 céntimos.

3. Encíclica de S. S. León XIII, *Rerum novarum...*, sobre la cuestión social.

Precio: 25 céntimos.

4. Encíclica de S. S. Pío XI, *Quadragesimo anno...*, sobre la restauración del orden social.

Precio: 20 céntimos.

5. Declaración colectiva del Episcopado español sobre el espíritu y actuación de los católicos en las presentes circunstancias.

Precio: 15 céntimos.

6. Dos encíclicas de S. S. León XIII:
Arcanum..., sobre el matrimonio cristiano.
Sapientiae christianae..., acerca de las obligaciones de los cristianos.

Precio: 20 céntimos.

7. Dos encíclicas de S. S. León XIII:

Quod apostolici muneris..., contra las sectas socialistas.

Libertas..., acerca de la libertad humana.

Precio: 20 céntimos.

8. Tres encíclicas de S. S. León XIII:

Diuturnum..., sobre el origen del Poder.

Cum multa..., recomendando a los católicos españoles la más íntima unión con el Episcopado.

Immortale Dei..., sobre la constitución cristiana de los Estados.

Precio: 20 céntimos.

9. Encíclica *Caritate Christi...*, sobre las oraciones y sacrificios que debemos ofrecer al Sacratísimo Corazón de Jesús ante las actuales calamidades que aquejan al género humano.

Precio: 15 céntimos.

10. *La posición de la Derecha española en la política actual.* (Discurso pronunciado por D. Angel Herrera, director de *El Debate*, en Valencia el 21 de diciembre de 1931.)

Precio: 10 céntimos.

11. *La enseñanza de la Doctrina Cristiana.*—Encíclica *Acerbo nimis...* y otros documentos apostólicos.

Precio: 15 céntimos

Pedidos a la Secretaría General de la Asociación Católica de Propagandistas.—Alfonso XI, 4.—Madrid.

Venta al por menor en todas las librerías religiosas.

Descuentos en pedidos superiores a 100 ejemplares.

**LA INJUSTA CONDICION CREADA A LA IGLESIA
CATOLICA EN ESPAÑA.** — Encíclica *Dilectissima
Nobis*, de S. S. Pío XI.

Precio de cada ejemplar, en número menor de cien,
20 céntimos. De 100 a 500 ejemplares, 18 pesetas el ciento.
De 500 a 1.000, 16 pesetas el ciento. De 1.000 en adelante,
15 pesetas el ciento. A las librerías, 20 por 100 de descuento
hasta 500 ejemplares. Para mayor número, los precios mar-
cados.

**DECLARACION COLECTIVA DEL EPISCOPADO CON
MOTIVO DE LA LEY DE CONFESIONES Y CON-
GREGACIONES RELIGIOSAS.** — Edición especial en
folleto.

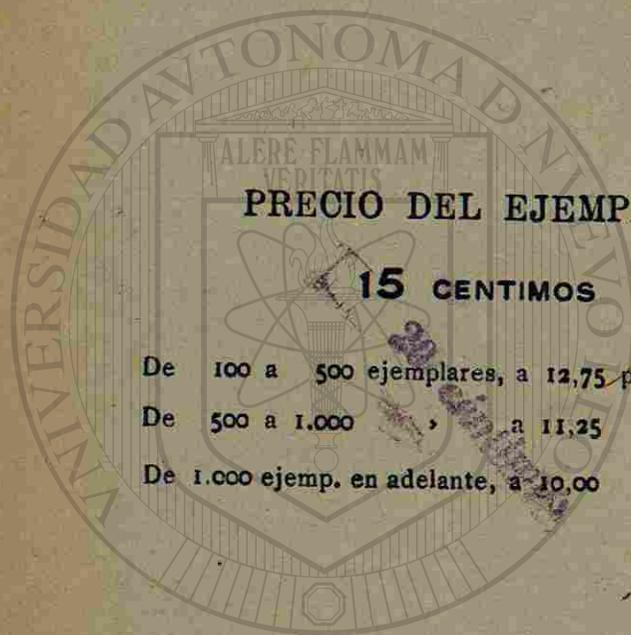
Precio de cada ejemplar, en número menor de cien,
30 céntimos. De 100 a 500 ejemplares, 25 pesetas el ciento.
De 500 a 1.000, 24 pesetas el ciento. De 1.000 en adelante,
20 pesetas el ciento. A las librerías, descuento del 20 por 100
hasta 500 ejemplares. Para mayor número, los precios mar-
cados.

LA PROMESA DEL SEÑOR EN EL PARAISO. — Vol. I.

*Los milagros de Lourdes como demostración del dog-
ma de la Inmaculada Concepción.*

Un folleto de 44 páginas, a 15 céntimos el ejemplar. En
pedidos de 100 a 500 ejemplares, 12,75 pesetas el ciento.
De 500 a 1.000 ejemplares, 11,25 pesetas el ciento. De 1.000
ejemplares en adelante, a 10 pesetas el ciento.

De venta, al por menor, en todas las librerías, y al
por mayor, en estas y en la Secretaría de A. C. de P.,
Alfonso XI, 4. — Madrid.



PRECIO DEL EJEMPLAR

15 CENTIMOS

- De 100 a 500 ejemplares, a 12,75 ptas. el ciento.
De 500 a 1.000 » » a 11,25 » »
De 1.000 ejemp. en adelante, a 10,00 » »

APOLOGETICA
M A R I A N A

LA PROMESA
DEL SEÑOR EN
EL PARAISO

Vol. II

Milagros más directamente
conexos con el dogma de la
Maternidad divina de María

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

1934



APOLOGÉTICA MARIANA

LA PROMESA DEL SEÑOR
EN EL PARAISO

Vol. II

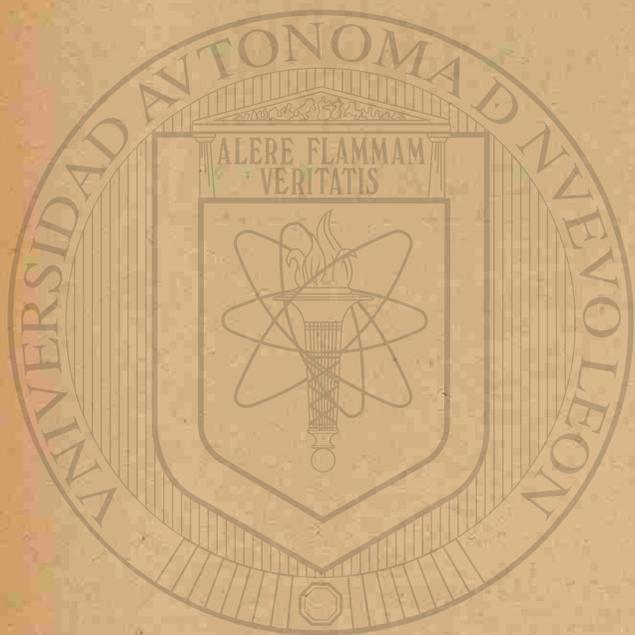
Milagros más directamente
conexos con el dogma de la
Marternidad divina de María

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

1934

BIBLIOTECA CENTRAL



Nihil obstat

P. Ignacio Martín, C. M. F.,

Censor.

Madrid, 15 de septiembre de 1934.

U A N L

Imprimase

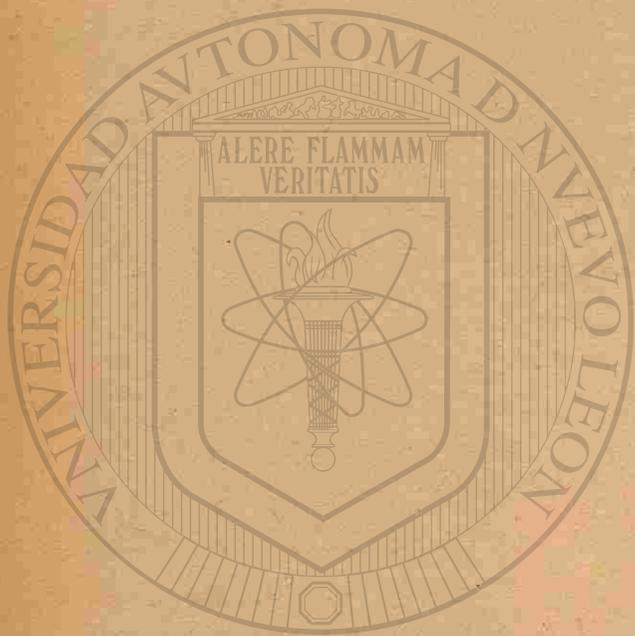
Dr. J. Francisco Morán,

Vic. Gen.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

CAPITULO SEGUNDO

La Madre de Dios

- 1.—Razón de método. 2.—Qué es la maternidad divina. 3.—Las profecías. 4.—Los Evangelios. 5.—La Resurrección. 6.—Los estigmatizados. 7.—Teresa Neumann: Curación de sus enfermedades. Estigmatización. Extasis. 8.—La Eucaristía.

1.—RAZON DE METODO

Los principales pueblos que han habitado la tierra han tomado, como principio de la numeración para contar los años, el suceso más memorable de su historia. Esta serie de años numerados por cada pueblo formó la *era* propia de cada uno de ellos, hasta que hubo una que, tomando como principio el hecho más grande que ha tenido lugar desde que el mundo existe, se impuso a todas las demás *eras* usadas por los pueblos cultos, y terminará por ser la única que use todo el linaje humano para contar los años.

Este hecho extraordinario, punto de partida de la era cristiana, fué el siguiente: Hace ya más de diecinueve siglos, y en cierto día de invierno, recorría las calles de la pequeña ciudad de Belén un pobre matrimonio buscando hospedaje, y como, a pesar de que la esposa estaba en los últimos días de su embarazo, no encontraron quien se compadeciese de ellos, tuvieron que alojarse en una choza que, para guarecer los ganados, había en las afueras del pueblo. Allí nació un Niño que, después de llevar durante treinta y tantos años una vida humilde, murió ignominiosamente ajusticiado, clavado en una cruz, en medio de dos malhechores. Pero es que aquel niño, que había de ser el centro de la humanidad y de la historia, no era un hombre cualquiera; no era un simple hombre; era Hombre, pero era también Dios.

La vida pobre de este Hombre-Dios, llamado Jesús, hijo de María de Nazaret, que empezó de modo tan obscuro y concluyó con muerte tan ignominiosa, constituye el tema o argumento de los cuatro Evangelios. Y estos Evangelios nos refieren que el

hijo de María aseguraba que su Padre era el mismo Dios, con el que tenía identidad de Naturaleza: "Mi Padre y Yo, decía, somos una misma cosa" (S. Juan. X-30). A los que dudaban de la verdad de sus palabras, les respondía: "Si Yo no hiciese las obras de mi Padre que hago, no estaríais obligados a creerme; pero, aunque a Mí no me queráis creer, tenéis que convenceros por los milagros que obro" (Id. 37 y 38). Y no se retractó de estas afirmaciones cuando habían de costarle la vida; antes bien, la ocasión en que más solemnemente declaró su Naturaleza Divina fué, precisamente, aquella en que tal declaración iba a servir de pretexto para condenarlo a muerte.

Jesucristo, pues, afirmó pública y paladinamente su divinidad; pero no se limitó a afirmarla de un modo gratuito, sino que demostró su afirmación con pruebas, con argumentos no falseables, con el sello que Dios no puede poner sino para garantizar la verdad: con los milagros.

Todos los milagros obrados en la Iglesia vienen a demostrar directa o indirectamente, de manera inmediata o remota, la divinidad de Jesucristo. Todos ellos, por consiguiente, vienen a confirmar también, en igual modo, que la Virgen María, Madre de Jesús, es asimismo Madre de Dios.

Pero hay algunos prodigios que, de un modo directo o expreso, fueron ordenados por Dios para la demostración de la divinidad de Jesús, verdad fundamental del cristianismo. Tales son el cumplimiento en Cristo de las profecías vaticinadas sobre el Mesías, los milagros realizados en vida por el mismo Jesús, y muy especialmente el milagro de los milagros, el prodigio supremo de su resurrección gloriosa, piedra angular de la fe y de la esperanza del cristiano. Todos estos milagros vienen, por tanto, a probar también de un modo más directo y conexo el dogma de la Maternidad Divina de María.

Habiéndonos, pues, propuesto examinar en este segundo capítulo de nuestra obra los milagros y prodigios más relacionados con tan excelsa prerrogativa de Nuestra Señora, expondremos los argumentos que más directamente prueban la divinidad de Jesucristo, examinándolos por este orden: Cumplimiento de las Profecías que anunciaban la venida de Cristo al mundo; autenticidad y veracidad de los Evangelios, en que se nos cuentan los prodigios que Jesús obró para demostrar la veracidad de sus asertos, y cumplimiento de su promesa de resucitar al tercer día.

Luego, considerándolos como una proyección y renovación de los misterios de la Pasión en posteriores tiempos históricos y aun en los contemporáneos, hablaremos de los maravillosos casos de estigmatización de algunas personas en las que se

reproducen y se hacen actuales, en cierto modo, los padecimientos del Señor.

Para terminar, narraremos algún milagro eucarístico, toda vez que la Eucaristía es la renovación mística de la Pasión divina.

Pero, antes que nada, hemos de exponer en el párrafo inmediato en qué consiste la maternidad divina y cómo la Virgen María fué proclamada en la Iglesia solemnemente Madre de Dios.

2.—EN QUÉ CONSISTE LA DIVINA MATERNIDAD DE MARIA

Debemos empezar planteando esta cuestión: ¿De la Divinidad de Jesús se deduce que María es Madre de Dios? Para responder a esta pregunta necesitamos acudir a la autoridad de la Iglesia, a la que su Fundador hizo maestra infalible, porque nada nos aprovecharían las divinas enseñanzas si nosotros fuésemos incapaces de entenderlas en su recto sentido.

Pues bien; como si Dios quisiese valerse de sus mismos enemigos como de instrumentos de la realización de sus planes, permitió que a principios del siglo V, al morir el obispo de Constantinopla, Sisinio, se suscitasen competencias por la sucesión en el cargo. Para dirimirlas, los emperadores tuvieron que prescindir de los pretendientes de la capital del imperio, y fué elegido obispo el presbítero antioqueno Nestorio, hombre de palabra fácil y sonora, pero de escasa formación teológica.

Llevó consigo Nestorio a otro presbítero, llamado Anastasio, al que estimaba mucho, el cual se atrevió a predicar un día que "nadie llamase a María Madre de Dios, porque María es pura criatura humana, y de criatura humana no puede nacer Dios". Admiráronse los fieles con doctrina tan nueva; pero Nestorio acudió en defensa de lo que había predicado su protegido, y de este modo creció el escándalo.

El error de Nestorio consistía en creer que para que María fuese Madre de Dios, tenía que serlo de la Divinidad; cosa que también tenemos los católicos por absurda. Pero no es necesario que María sea madre de la Divinidad, para que con toda propiedad sea Madre de Dios; basta que, como madre, haya dado la humana Naturaleza a la Divina Persona del Verbo, para que pueda llamarse por esto Madre de Dios, y verdaderamente lo sea.

En vista de la pertinacia de Nestorio en defender sus errores, tuvo la Iglesia que convocar el Concilio de Efeso, y en el año 431 declaró herética la doctrina nestoriana. El entusiasmo

del pueblo ante este dogma de fe fué enorme, y unido a los Obispos invocó a la Santísima Virgen con estas palabras, que, añadidas a la salutación angélica, forman el Ave María: "Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros los pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte".

En conmemoración del décimoquinto aniversario de este Concilio, publicó Pío XI, el año 1931, una encíclica, de la que copiamos estas palabras: "Para entender bien la cuestión, conviene indicar brevemente los principales puntos de la herejía nestoriana. Aquel hombre arrogante, juzgando que dos hipóstasis perfectas, es decir, la humana de Jesús y la divina del Verbo, se habían reunido en una persona común, o "prosopo", como él decía, negó aquella admirable unión substancial de las dos naturalezas, que llamamos hipostática, y por tanto enseñó que el Unigénito Verbo de Dios no se había hecho hombre, sino que se encontraba presente en la carne humana por habitar en ella por su beneplácito y con la virtud de su operación. De aquí que Jesús no debía llamarse Dios, sino Teóforo, o sea, "que lleva a Dios en sí"; del modo parecido que los profetas y otros Santos pueden llamarse "Deíferos", esto es, por la gracia divina que les fué concedida".

Más adelante, como si quisiese entonar un himno a la dignidad de la Virgen, añade Pío XI estas palabras: "De este dogma de la divina maternidad, como de surtidor de oculto manantial, proceden la gracia singularísima de María, y su dignidad suprema después de Dios. Más aun: como admirablemente escribe Santo Tomás de Aquino, "la Bienaventurada Virgen María, en cuanto es Madre de Dios, posee cierta dignidad infinita, por ser Dios un bien infinito". (Sum. Teol. III, a. 6.) Lo cual explica y desarrolla más extensamente Cornelio de Lápide, con estas palabras: "La Santísima Virgen es Madre de Dios: luego posee una excelencia superior a la de todos los Angeles, aun de los serafines y querubines. Es Madre de Dios: luego es purísima y santísima, y tanto que después de Dios no puede imaginarse mayor pureza y santidad. Es Madre de Dios: luego cualquier privilegio concedido a cualquier Santo en el orden de la gracia santificante, lo posee Ella mejor que nadie". (A. Mat. I, 6.)

3.—LAS PROFECIAS

Parece cosa muy puesta en razón que, antes de realizarse el suceso más maravilloso y trascendental en la historia del linaje humano, hiciese Dios algún anuncio y preparación de obra tan extraordinaria; y así fué, en efecto.

La promesa hecha en el Paraíso fué el primer anuncio de esta gracia, de la que se habían mostrado indignos nuestros primeros padres: "Yo pondré, dijo Dios a la serpiente, enemistad entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya. Esta te quebrantará la cabeza; al paso que tú solo podrás poner asechanzas a su talón". (Génesis, III, 15.) Esta descendencia de otra mujer, que había de reparar la desgracia de la descendencia de Eva, es Cristo.

No sabemos cuánta luz daría Dios a nuestros primeros padres para comprender todo el alcance de lo que les prometía; pero esta promesa la fué renovando el Señor a todos los grandes personajes del pueblo que había elegido para que de él naciese el Cristo. Y así encontramos alusiones a ella, hechas a Noé y a Abraham.

A la muerte de Jacob, cuyos doce hijos habían de ser los troncos de las doce tribus de Israel, vemos nuevamente reiterada la promesa. Jacob moribundo fué hablando a todos ellos, y al llegar a Judá, del que había de descender Jesucristo, le dijo: "No se apartará de Judá el cetro ni de su posteridad la vara de mando hasta que venga Aquel a quien está reservada. A éste se dirigirá la ansiosa expectación de todos los pueblos".

Moisés anuncia también al pueblo escogido que Dios suscitará en él un profeta al cual deberá oír.

A David le dice el profeta Natán: "Tu casa y tu reino serán firmes perpetuamente". Este vaticinio lo entendió con tanto acierto el pueblo israelita que, cuando aclamaba a Jesús el día de Ramos, le llamaba "hijo de David".

Después de esta profecía, vinieron todas las de los Salmos, escritos por el mismo David, por su hijo Salomón y por los hijos de Coré. En los Salmos son tantas las señales que se nos dan del futuro Cristo, que puede decirse que en ellos están anunciadas la Pasión con todos sus detalles, la Resurrección, la Ascensión y la unión de todas las gentes en la Iglesia universal que Cristo había de fundar.

Después de los autores de los Salmos hablaron los demás profetas, y tantos son los datos que sobre Jesús nos suministran, muchos siglos antes de su venida, que podría ya entonces escribirse su biografía. Miqueas dijo que nacería en Belén; Malaquías, que había de precederle otro enviado de Dios (el Bautista); Isaías afirmó que empezaría por predicar en Galilea, y enumera los milagros que había de hacer; Zacarías vaticinó que entraría en Jerusalén montado en un pollino y que sería vendido por treinta monedas, con las cuales se compraría el campo de un alfarero.

Pero lo que más minuciosamente está profetizado, tanto en los Salmos como en los profetas, y sobre todo en Isaías, es la Pasión de Jesús. El salmo XXI predice que atravesarán sus pies y sus manos, dividirán sus vestidos y sortearán su túnica; el XVIII, que le darán vinagre para apagar su sed; y en cuanto a Isaías, son tantos los detalles que da de la Pasión, que parece una historia de ella: Profetiza que será confundido con los malhechores, que será muerto para librarnos de nuestras iniquidades; que caminará a la muerte sin exhalar una queja, como ovejuela que es llevada al matadero; que su sepulcro será glorioso y con su inmolación adquirirá gloriosa descendencia espiritual. El "Eclesiástico" describe con exactitud y colorido las maquinaciones de los enemigos de Jesús y cita con precisión maravillosa las burlas que le dirigirán al verlo moribundo y al pasar junto a la Cruz.

Estaba anunciada igualmente su vida en Nazaret, su entrada en el nuevo templo de Jerusalén, su Resurrección, la propagación de su reinado por todo el mundo y la celebración de la Misa en todo él.

Si fuésemos a hacer una enumeración completa de todas las profecías referentes a Cristo, necesitaríamos una obra entera.

Hay, sin embargo, una profecía que merece especial mención, y es la de Daniel, porque determina por medio de septenios, o semanas de años, el año preciso de la muerte de Cristo. Daniel, siguiendo la costumbre de los judíos, cuenta los años por semanas. Hace Daniel su profecía cuando está en el cautiverio de Babilonia, y se halla destruída la ciudad de Jerusalén. Vaticina que habrá un decreto por el que se permitirá la reedificación de Jerusalén; que pasarán desde entonces siete semanas de años, más otras sesenta y dos, y que promediada la semana setenta, a contar desde dicho decreto, "no será más suyo el pueblo que le negará; y un pueblo con un caudillo que vendrá destruirá la ciudad y el santuario; y su fin, estrago; y después del fin de la guerra, vendrá la desolación decretada". (Dan. IX, 26 y 27.)

Todo se cumplió como Daniel lo había predicho: Salió el decreto de reedificación de Jerusalén, empresa en la que se pasaron los primeros siete septenios; pasaron otros sesenta y dos septenios, y empezó Jesús su vida pública; y a la mitad del septenio siguiente, fué muerto en la cruz, a petición del pueblo que hasta entonces había sido suyo, y que en aquel día dejó de serlo. Fué destruída luego Jerusalén por el ejército de Tito, y la desolación del Templo durará hasta el fin de los siglos.

De regreso de la cautividad de Babilonia, los ancianos de Israel, que habían visto la magnificencia del templo de Salo-

món, lloraban al contemplar el construído por Nehemías. Al ver su pena el profeta Ageo, los consoló con este vaticinio: "Vendrá el Deseado de todas las gentes y llenará este templo de gloria". (Cap. II, v. 8) Después de Ageo, el profeta Malaquías volvió a prometer la misma ventura, anunciando además la venida del Precursor: "Preparará el camino ante mi faz y luego vendrá a su Templo el Dominador a quien vosotros buscáis". (Cap. III, v. 1.)

Ahora bien; este segundo templo no recibió, fuera de Jesucristo, la visita de ningún personaje ilustre. Juan Bautista fué el Precursor anunciado por Malaquías, y sólo en Jesucristo han tenido cumplimiento el vaticinio de este profeta y el de Ageo.

Estas dos profecías, juntamente con las de Jacob y de Daniel, son las que han puesto en mayor aprieto a los judíos que se han obstinado en negar a Cristo su condición de Mesías, enviado de Dios. Por eso en el Talmud, después de confesar que han pasado todos los tiempos señalados para su venida, exclaman desesperados: "Malditos sean los que calculen el tiempo del Mesías".

Compadezcámonos de su ceguedad y escarmentemos en ella.

No fueron solamente los profetas quienes anunciaron lo que había de acontecer con el Mesías; todo el Antiguo Testamento está lleno de hechos simbólicamente proféticos relativos a su vida: José vendido por sus hermanos y después libertador de su pueblo, representa a Jesús vendido por Judas y libertador del pueblo cristiano; Isaac, subiendo al monte con el haz de leña con que había de ser sacrificado, es figura de Cristo subiendo al Calvario con la cruz a cuestas; el Cordero Pascual, con cuya sangre se tiñeron las puertas de los israelitas en Egipto, era también figura del verdadero Cordero de Dios, que había de ser sacrificado en aquella misma Pascua, en la que Jesús, después de comer en compañía de sus discípulos el cordero ritual, dió por terminada la edad de los símbolos representativos de lo que en aquel momento empezaba a ser realidad; y podemos, finalmente, decir que el mismo pueblo judío, con sus cautividades en Egipto y Babilonia y con sus ritos y ceremonias, estaba sirviendo de símbolo del pueblo cristiano, que es el verdadero pueblo escogido de Dios, cautivo bajo el yugo del pecado hasta que es libertado por Cristo.

No necesitamos prolongar esta enumeración de vaticinios de los Profetas y de hechos simbólicos de la verdadera Redención; pero nos interesa contestar a un reparo que podría ofrecerse a muchos a la vista de tan claros anuncios de que Jesús era el Mesías prometido. Parece, en efecto, que estos vaticinios debían detener la mano de los sacerdotes, tan conocedores de las Sa-

gradas Escrituras, haciéndoles comprender que iban a ser ellos los ejecutores del horrible pecado de clavar en cruz al Cristo que durante tantos siglos había sido ansiosamente esperado por el pueblo de Dios. Hasta es posible que, a la vista de tantas y tales profecías como las que acabamos de enumerar, se diga alguno: "O estas profecías han sido inventadas por los cristianos, o los Evangelistas acomodaron la vida de Jesucristo a los vaticinios de los Profetas, o bien habrá que buscar una tercera explicación en que la obscuridad del sentido de las Escrituras era tan grande que sólo después de acaecidos los hechos ha sido posible comprender lo que había de profético en el Antiguo Testamento".

En esta tercera suposición hay una parte de verdad. En las dos primeras, ninguna; porque todo el pueblo judío, con sus sacerdotes a la cabeza, protestaría si los Evangelistas hubiesen introducido en los libros sagrados frases nuevas, o se burlaría si se hubiesen inventado episodios de la vida de Jesús para acomodarlos a lo que estaba escrito en dichos libros sagrados.

Tenemos que decir, en cambio, que en la tercera explicación, o sea, en la obscuridad de las Profecías del Antiguo Testamento, hay una parte de verdad; pero eso no impide que fuese fácil reconocer en Jesucristo al enviado de Dios, al que se esperaba en el pueblo de Israel. Cuando las multitudes preguntaron a San Juan Bautista si él era el esperado por el pueblo de Dios, mandó que fuesen a visitar a Jesús, para que en El reconociesen al Mesías prometido. Jesús hizo en presencia de ellos varios milagros que daban cumplimiento a los anunciados por los profetas como señales de su misión divina, y Juan predicó a todo el pueblo que Jesús era el Cordero de Dios que venía a perdonar los pecados del mundo.

No era, sin embargo, tan grande esta obscuridad de la Sagrada Escritura, que no se desprendiese de ella luz suficiente para iluminar las inteligencias de quienes quisieran saber si aquel hombre que arrastraba detrás de sí las multitudes con sus predicaciones, sus milagros y sus virtudes, era el Mesías prometido, según había asegurado el Bautista; porque, si bien es cierto que cada profecía, considerada aisladamente, puede dejar muchas veces en el ánimo la duda sobre la persona a quien se refiere, no es posible tal duda si se consideran todas en conjunto, pues se ve claramente que se refieren todas ellas a una misma persona augusta y bienhechora de la humanidad y esperada con ansia, como libertadora de todas las gentes. Los sacerdotes y los letrados no quisieron humillar su orgullo ante las enseñanzas de Jesús; estaban enterados de sus milagros; podían ver cómo se cumplían en El las profecías; pero, lejos de confesar la verdad,

se encargaron, sin pretenderlo, de que tuviesen su más exacto cumplimiento todos los detalles vaticinados por los Profetas sobre la Pasión del Señor.

Lo que sucedía en el pueblo escogido, entonces, era imagen de lo que sucede hoy en el pueblo cristiano: Hay muchos que siguen a Jesús; pero también vemos a Cristo perseguido en su Iglesia y en las Ordenes Religiosas, que son su mejor fruto. Los caudillos de esta campaña tienen noticia de que se obran actualmente milagros, como en los tiempos del Mesías; pueden enterarse del cumplimiento de las profecías, pero prefieren imitar la conducta de los que, delante de Pilatos, incitaban al pueblo para que gritase: "¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!"

4.—LOS EVANGELIOS

La verdadera base de la apologética la forman los milagros que hizo Nuestro Señor para demostrar su divinidad, y entre ellos, de un modo especial, el milagro de su Resurrección. En este libro, sin embargo, trataremos con más extensión los milagros modernos; porque, según hemos dicho, no cabe contra ellos el recurso de poner en duda la autenticidad o la veracidad de las fuentes de información de donde están tomados; recurso a que apelan algunos contra los libros del Nuevo Testamento en los que se refieren las prodigiosas obras con que nuestro Redentor demostró su divinidad.

También preferimos el estudio de los milagros modernos, deteniéndonos poco en los de Nuestro Señor Jesucristo, por la misma razón que nos mueve a ser breves en discursos filosóficos, a saber: porque estas dos clases de argumentos son las que se exponen más extensamente en la mayor parte de las obras apologéticas, y por lo mismo son las que encierran menos novedad para quienes hayan leído algo de esta ciencia en otros autores. Esto, sin embargo, no debe excusarnos de probar que la autenticidad y veracidad de los Evangelios y demás libros del Nuevo Testamento son indiscutibles.

En los primeros siglos de la era cristiana se extendían los escritos en *papiros*, que eran unas cintas preparadas con la medula de una planta de Egipto que llevaba este nombre. Probablemente los Evangelios y las Cartas de los Apóstoles fueron escritos en *papiros*, y posteriormente se hicieron copias en pergaminos, o sea, en pieles preparadas para la escritura. De estas copias hay muchas y muy antiguas, como son las que se conservan en el Vaticano, en el Museo Británico, en la Biblioteca Nacional de París y la que había en San Petersburgo, casi coetánea de la vaticana, que data del año 350.

Es verdad que no existen ya los originales de los Evangelios, pues los papiros difícilmente resistían la acción del tiempo; pero no depende de la existencia de los originales la demostración de la autenticidad de tales escritos; y por otra parte, aunque se conservasen, habría la misma dificultad para probar su identidad, puesto que nuestros adversarios siempre podrían alegar la desconfianza de una falsificación.

Es imposible, en cambio, que puedan ponerse argumentos serios contra la autenticidad de las copias, si podemos probar que desde los tiempos apostólicos se repartían éstas por las más diversas ciudades y que tales copias son iguales a sus originales. Ambas cosas vamos a demostrarlas ahora.

Como el nacimiento de Jesús es el principio de la era cristiana, y su vida duró próximamente un tercio de siglo, vino a acaecer su muerte entre los años 28 y 34 de nuestra era. Antes del año 70 del primer siglo escribieron la vida de Jesús los tres primeros Evangelistas: San Mateo, San Marcos y San Lucas. El último, San Juan, la escribió después del año 80.

La vida de Jesucristo, aunque se tratase de un hombre muy pobre, fué muy pública en sus últimos años, y su muerte en el patíbulo de la cruz la presenciaron muchos miles de personas que habían acudido a Jerusalén para asistir a la fiesta de la Pascua. Las doctrinas y milagros del Crucificado fueron entonces la preocupación de aquellos pueblos, y poco después lo fueron de todo el mundo, en tal forma que si los Evangelistas hubiesen alterado algo de las predicaciones o de los milagros de su Maestro, hubiesen sido públicamente desmentidos.

Los Apóstoles se repartieron el mundo entonces conocido para difundir por todo él las enseñanzas del Redentor. Merced a estas predicaciones empezó la transformación de la sociedad pagana, con tan prodigiosa rapidez que pronto hubo cristiandades en todas las provincias del Imperio Romano. Pues bien; cuando aún vivían los que habían sido testigos de los prodigios de Jesucristo, las copias de los Evangelios se habían repartido entre las cristiandades fundadas por los Apóstoles y por sus discípulos, y estas copias se iban multiplicando y extendiendo cada vez más, de manera que, al acudir ahora nosotros a los escritores de los primeros siglos de la era cristiana, vemos que están sus obras llenas de alusiones a los Evangelios y de frases y pasajes copiados de ellos. Sirvan de ejemplo: Taciano, en Siria; Clemente de Alejandría, en Egipto; Tertuliano, en Cartago, y San Ireneo, en las Galias; todos ellos del siglo segundo. Y todavía tenemos otros escritos anteriores a esos,

como son: los de San Justino, en Roma; los de San Policarpo, de Esmirna; de San Ignacio, mártir, y de Papias, Obispo de Hierápolis; la Epístola de San Clemente; el libro del Pastor, de Hermas; la carta llamada de Bernabé, y la Didajé, o Doctrina de los Doce Apóstoles. Todos estos escritos se remontan a tiempos tan próximos a los Evangelistas que alguno de sus autores, como San Clemente Romano, hacia el año 95 de nuestra era, habla varias veces de los tres primeros Evangelistas en una época en que probablemente no había escrito aún su Evangelio San Juan.

No hay otro caso parecido a éste en lo tocante al proceso con que ha podido llegar hasta nosotros una obra de escritores de la antigüedad. De ninguno de ellos existen ni tantos manuscritos, ni tan segura identidad, ni tanta proximidad a la época de los originales.

Todo el mundo acepta como auténticas, por ejemplo, las obras de Homero, a pesar de que el manuscrito más antiguo de ellas será, a los más, del siglo XIII. No se nos diga que el estilo y mérito literario de las obras de los grandes maestros de la literatura profana son garantía de su autenticidad; porque tan difícil como pueda ser, por esta razón, la suplantación en sus escritos, lo es en las obras de los Evangelistas. El estilo, con las palabras y frases que se usaban entonces, el modo de narrar los sucesos, el de reflejar el estado de ánimo de quien había sido testigo de los mismos y la natural sencillez de la narración son cualidades que a la sagacidad de los críticos que los han estudiado han convencido de la autenticidad de los Evangelios.

Cualquiera que hubiese escrito un Evangelio falso, con posterioridad a la destrucción de Jerusalén, hubiese sido incapaz de dar a su obra el sello inconfundible que se descubre ahora en los escritos de los Apóstoles.

Era además imposible, no sólo para hombres sin letras como los Evangelistas, sino para el novelista más hábil, crear un personaje comparable a Jesús. Al hacer esta afirmación no nos referimos al juicio que de El han formado muchos hombres de talento, quienes han expresado su asombro con un criterio puramente humano. Rousseau decía: "Si la muerte de Sócrates es propia de un sabio, la vida y la muerte de Jesús son la vida y la muerte de un Dios". Renán y Strauss, los dos impíos que tanto han escrito contra la divinidad de Jesucristo, tenían que rendirse, llenos de admiración, ante El. Renán decía: "Para milares de años el mundo va a estar pendiente de ti... Entre ti y Dios no se hará distinción". Strauss expresaba su emoción con estas palabras: "Jamás en ningún tiempo será posible ele-

vase encima de El ni concebir alguien que le sea siquiera igual".

No nos hemos de meter a discutir si sería posible para un gran literato crear un personaje como el que ven en Jesús de Nazaret los escritores profanos. Lo que afirmamos es que no hay ingenio de novelista capaz de inventar el Dios hecho Hombre que los Evangelistas nos describen, y cuya grandeza sobrehumana se nos va descubriendo en los libros de los escritores místicos.

Después de meditar en compañía de San Agustín, de Santa Teresa, de San Ignacio, de los Padres Granada, La Puente, Luis de León, y de muchos otros Santos y escritores, ya no es posible dudar de que no sólo a los Evangelistas, que carecían de dotes literarias, sino a cualquier otro escritor que las tuviese, le sería imposible idear una vida en la que resplandeciese, como en la vida de Jesús, la voluntad del Eterno Padre mandando a su Divino Hijo para que sirviese de modelo a todos los hombres y para que, practicando todas las virtudes, llevase a cabo la obra redentora con una perfección de la que sólo Dios es capaz.

Como el desarrollo de este argumento nos obligaría a copiar aquí muchas de las consideraciones de los escritores místicos, rogamos al lector, deseoso de conocer su valor demostrativo, que se detenga en las que se refieren al Lavatorio de los pies, o a las respuestas de Jesús ante los tribunales en que fué juzgado, o a las palabras que habló en la cruz. Podríamos citar otras muchas; pero escogemos éstas por referirse a pasajes que no estaban explícitamente profetizados y que, además de ser de los que mejor nos revelan la divina misión de Jesucristo, sería más imposible que fuesen frutos de la imaginación de ningún ingenio humano.

Pasemos de este argumento intrínseco al extrínseco, tomado de la conducta de los que vivieron en los primeros tiempos del cristianismo, tanto de los que siguieron las enseñanzas evangélicas como de los que se apartaron de ellas y las combatieron.

Es justo que empecemos por los Apóstoles. Ninguna prueba mejor puede darse de la veracidad de los Evangelistas que el hecho de que, no sólo ellos, sino también todos los Apóstoles, sufriesen el martirio en confirmación de unos escritos en que tan mal parada quedaba muchas veces su propia conducta. Los hijos del Zebedeo nunca protestaron del relato de su ambición, ni Pedro de sus negaciones, ni los demás Apóstoles de su cobardía al abandonar a su Maestro cuando lo vieron preso, ni de su poca fe al dudar de que hubiera de resucitar el crucificado. Durante los largos años que supervivieron a su Maestro perseveraron en la fidelidad a sus enseñanzas: ninguno de ellos

desertó; dispersos por las más apartadas regiones, siguieron predicando todos ellos la misma doctrina hasta que, unos en una ciudad y otros en otra, ganaron todos ellos, sin excepción alguna, la gloriosa palma del martirio.

Al testimonio de los Apóstoles se debe agregar el de todos los que se convirtieron al cristianismo en los primeros tiempos, cuando vivían aún muchos testigos de los hechos que se relataban en los Evangelios. Estos primeros cristianos eran perseguidos y muchas veces martirizados. No nos puede quedar, por tanto, sospecha de que obrasen por móviles humanos; como no podían obrar en tal forma aquellos otros que habían empezado por mirar los milagros de Cristo con mala voluntad; entre los que pueden contarse hombres ilustres y escritores de los primeros siglos de la Iglesia, como Teófilo, Panteno, Aristides y Cuadrato.

Los mismos enemigos del cristianismo reconocieron en los primeros tiempos la verdad de los milagros de Jesús. El Emperador Juliano el Apóstata, tan encarnizado perseguidor del cristianismo, declaraba que los milagros de Jesús eran verdad y, cuando quería negar su omnipotencia, alegaba que no era capaz de convertir a todos los hombres.

Hay un testimonio entre todos los contemporáneos del Mesías que sería suficiente él sólo para demostrar la verdad de los Evangelios. Es el de un escritor eminente, cuyas cartas se repartían y se leían en público, cuando aún vivían los Apóstoles, en todos los parajes en que eran más conocidas las enseñanzas, los milagros y la muerte de Jesús. Empezó este hombre ilustre siendo enemigo y perseguidor de los cristianos, y acabó su vida con la corona del martirio, sufriendo antes todo género de persecuciones durante los largos años en que se dedicó a ayudar a los Apóstoles.

No es posible negar, por lo tanto, ni su conocimiento de los hechos de aquel tiempo, ni la autenticidad de sus célebres epístolas, repartidas y conservadas en todos los lugares de la cristiandad. No necesitamos decir que nos referimos a San Pablo. Había tomado parte, siendo joven, en el martirio de San Esteban. Conocida es su conversión cuando se dirigía a Damasco, con amplios poderes para encarcelar a los cristianos. Se le apareció entonces Jesús, con cuya presencia, aterrado y ciego, cayó del caballo en que iba montado. Milagrosamente volvió a recobrar la vista y llegó a ser el Apóstol que más almas convirtió al cristianismo.

Aunque ninguno de los que derramaron entonces su sangre por Cristo haya alcanzado la celebridad de San Pablo, fueron

muchos los que siguieron su camino, convertidos tantos de la religión judaica como del paganismo.

En los primeros siglos nadie negaba la verdad de los Evangelios; pero el deseo que sienten los incrédulos de rechazar todas las pruebas de la verdad del cristianismo los ha llevado al extremo de afirmar que son idealizaciones o leyendas compuestas en época posterior a aquella en que tantos mártires derramaron su sangre en defensa de la fe que tenían en ellos.

Tarde se han acordado estos incrédulos para que sus negativas tengan valor. Si los judíos del tiempo de los Evangelistas hubiesen desmentido a éstos, tendrían mucha fuerza sus reproches; pero el pueblo judío, que ha servido de archivero de las profecías contenidas en los libros sagrados del Antiguo Testamento, ha servido también providencialmente de fiscal para garantizar con su silencio la verdad de cuanto afirmaron los Evangelistas en el Nuevo. Es, en efecto, ridículo sostener que son falsos unos escritos que refiriendo sucesos presenciados por muchos millones de personas, y difundidos por todo el mundo entonces civilizado, no fueron desmentidos por nadie, a pesar de que los cristianos que creían en ellos eran perseguidos por las autoridades y los elementos más poderosos de aquel tiempo.

Digamos finalmente que, así como se ha valido Dios del mayor enemigo del catolicismo, el pueblo judío, para que fuese irrecusable archivero de las profecías del Antiguo Testamento y fiscal de la autenticidad del Nuevo, ha querido también que los modernos enemigos del catolicismo, los racionalistas, en unión con los más eminentes críticos, sean en esta contienda los que dicten sentencia favorable.

Nadie más autorizado entre los racionalistas que Renán y Harnack, si se trata de la vida de Jesucristo. Pues bien, el primero de ellos nos dice: "En suma, admito como auténticos los cuatro Evangelios canónicos". De Harnack son estas palabras: "El carácter absolutamente único de los Evangelios es hoy día universalmente reconocido por la crítica". La exactitud de esta afirmación está demostrada no sólo por el gran crítico inglés Streeter, sino por Hort, que está conceptuado como el más seguro de los críticos textuales del siglo XIX.

A estos testimonios ha venido a sumarse el de los arqueólogos. La célebre colección de papiros de Chester Beatty ha sido enriquecida recientemente con la adquisición de 190 hojas en las que están escritos trozos del Antiguo y Nuevo Testamento. Las pertenecientes al Nuevo debieron ser, según Federico Kenyon, unas 110; pero sólo quedan 30, en las que hay trozos de los cuatro Evangelios y de los Hechos de los Apóstoles. La an-

tigüedad de estos documentos se remonta a fines del siglo segundo o principios del tercero.

5.—LA RESURRECCION

La semana de los judíos concluía con el día festivo del sábado, que tan rigurosamente guardaban. Con la muerte de Jesús dejaría de ser el sábado el día grande de la semana, y lo sería en adelante el que entonces era el primero de la misma y se había de llamar en lo sucesivo día del Señor, "dies Domini", de donde vino el nombre de *domingo*.

El sábado que pasó en el sepulcro el cuerpo de Jesús fué un día feliz para los justos que lo habían esperado en el Limbo y que tuvieron entonces en su compañía el alma del Señor, separada del cuerpo con el que pronto volvería a juntarse; pero fué también un día muy triste para los Apóstoles, que, olvidados de las promesas de la Resurrección o no habiendo podido entenderlas en su verdadero significado, daban por fracasadas todas las ilusiones y, temiendo correr una suerte parecida a la de su Maestro, estuvieron escondidos en la casa del Cenáculo.

Más valerosas que ellos las piadosas mujeres, se disponían, pasado el sábado, a embalsamar el cuerpo del Crucificado, que había sido retirado de la cruz el viernes a la caída de la tarde, momentos antes de la hora en que comenzaba la obligación de guardar el descanso sabatino, y que por tal razón no había podido ser amortajado debidamente por José de Arimatea y Nicodemus. Verdad es que éstos habían ungido el sagrado cadáver con abundantes aromas y lo habían envuelto en lienzo y colocado en un sepulcro nuevo que, en forma de cueva tallada en la roca, tenía José en un huerto de su propiedad a unos 30 metros del Calvario; pero las piadosas mujeres querían tributarle nuevos honores.

Según nos dicen los Evangelistas, iban éstas el domingo de madrugada hacia el sepulcro, pensando en lo difícil que les sería mover la enorme piedra que lo cerraba. No sabían, sin duda, que los sacerdotes habían puesto guardia de soldados con el pretexto de que, habiendo dicho Jesucristo que resucitaría, querían evitar que los discípulos, para simular la Resurrección, robasen el cadáver.

Al llegar ellas al huerto de José, vieron con sorpresa que la gran piedra, que tanto las preocupaba, había sido removida y se podía entrar en el sepulcro. Nadie les impedía hacerlo en

aquel momento, puesto que los soldados habían huído y la finca estaba solitaria. ¿Qué había pasado?

* * *

Cuando los centinelas del sepulcro se alegraban de ver despuntar el nuevo día, porque el frío y la obscuridad de la noche hacían la guardia muy penosa, sintieron estremecerse la tierra y vieron que un ángel resplandeciente quitaba la gran piedra que cerraba el sepulcro. Su presencia les causó tal espanto, que quedaron como muertos.

Dominados por el terror los centinelas corrieron a dar cuenta a los sacerdotes de lo que había pasado; y éstos, no sólo les prohibieron contar la verdad, sino que les dieron una cantidad grande de dinero para que dijese que los discípulos habían robado el cadáver, mientras ellos dormían. Poco a poco, sin embargo, se fué extendiendo la noticia de tan burda trama; por eso, cuando algunos años más tarde escribía San Mateo su Evangelio, termina la narración de este episodio diciendo: "Este suceso se divulgó entre los judíos y dura hasta hoy todavía".

Cuentan los Evangelistas los sucesos de este domingo memorable con completo candor y sinceridad, sin tratar de disculpar la conducta cobarde y la incredulidad de los Apóstoles. Se palpa en su relato la verdad de la narración; pero hay cierta falta de método que ha obligado a los comentaristas a poner orden y precisar la forma en que sucedieron algunas de las escenas que nos describen.

* * *

Llegaron, pues, las piadosas mujeres al sepulcro; vieron con sorpresa que estaba removida la piedra y miraron lo que había dentro. El ángel estaba acompañado de otro, y les dijo: "No temáis vosotras. Sé que buscáis a Jesús Nazareno; pero ¿por qué buscáis al vivo entre los muertos?"

Después de demostrarles que todo aquello debía haber sucedido para que se cumpliesen las Profecías, les mandó que diesen la noticia a los discípulos, especialmente a Pedro, y que les anunciaran que volverían a ver a Jesús en Galilea, donde por tanto tiempo habían sido sus compañeros en vida. Esto era, en efecto, lo que estaba anunciado por los Profetas.

Apresuráronse ellas a cumplir el mandato, y Pedro y Juan fueron corriendo a cerciorarse de cosa tan asombrosa. Juan, que era mucho más joven, corría más, pero no se atrevió a entrar en el sepulcro hasta que llegó Pedro; entró éste el primero, y ambos comprobaron la verdad de cuanto les había di-

cho María. Regresaron ambos para dar la noticia a los demás discípulos, y debió de quedar la Magdalena sola en el huerto; pues no acertaba a separarse del lugar en que había sido sepultado su Maestro. Jesús quiso premiar esta prueba del grande afecto que le profesaba la antigua pecadora, y le dispensó la gracia de que fuese ella la primera persona humana de quien los Evangelistas cuentan que se le apareciese el Señor resucitado.

No puede haber duda de que, antes que a ella, se apareciese Jesús a su Santísima Madre; pero a María Magdalena se le presentó cuando había quedado sola, y le dijo: "Vete a mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios". Después se apareció a las demás piadosas mujeres que volvían del sepulcro.

* * *

Pronto había de aparecerseles el Maestro a los once Apóstoles; pero antes quiso mandarles otros dos recados.

Para uno de ellos se valió de dos discípulos, de los cuales se supone que uno fué el mismo San Lucas, que es quien lo refiere más detalladamente en esta forma: "En el mismo día iban dos discípulos a un lugar llamado Emaús, que dista de Jerusalén unos sesenta estadios (10 kilómetros). Y hablaba uno con otro de todas aquellas cosas que habían sucedido.

"Cuando iban hablando y discutiendo entre sí, se les acercó Jesús, que caminaba al lado de ellos; pero no lo conocían, pues sus ojos estaban para esto entorpecidos. Y les dijo: ¿Qué conversación es esa que lleváis entre vosotros, por el camino, y por qué estáis tristes?"

"Respondió uno, que se llamaba Cleofás, y le dijo: ¿Tú sólo eres tan forastero en Jerusalén que no sabes las cosas que han pasado allí en estos días?"

"¿Qué cosas?—les dijo El.

"Y le respondieron: Lo de Jesús Nazareno, que fué un profeta poderoso en obras y en palabras, delante de Dios y de todo el pueblo; y los sumos sacerdotes y nuestros magistrados lo han entregado para que fuese condenado a muerte y lo han crucificado. Nosotros esperábamos que había de redimir a Israel; pero ya estamos pasando el tercer día desde que sucedió todo esto.

"Y aun algunas mujeres de las que estaban entre nosotros nos han espantado, porque fueron al sepulcro hoy de madrugada, y no habiendo hallado su cuerpo, volvieron diciendo que habían tenido una visión de ángeles que afirmaban que estaba vivo. Algunos de los nuestros han ido al sepulcro y

hallaron todo como lo decían las mujeres; pero a Jesús no lo han visto.

"Y les dijo El: ¡Oh, necios y tardos de corazón para creer todo lo que anunciaron los Profetas! ¿Por ventura no era necesario que el Cristo padeciera todas estas cosas y entrase así en la gloria?

"Y comenzando por Moisés y por todos los Profetas, les iba interpretando en todas las Escrituras las cosas que se referían a El.

"En esto llegaron a la aldea a donde iban, y El dió muestras de ir más lejos; pero le hicieron fuerza diciendo: Quédate con nosotros, porque ya se hace tarde y va muriendo el día.

"Y entró con ellos; y estando juntos en la mesa, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dió a ellos.

"Entonces se les abrieron los ojos, y lo conocieron; pero El desapareció de su vista; y se decían uno a otro: ¿No es verdad que nuestro corazón ardía dentro de nosotros cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?

"Y levantándose al punto, volvieron a Jerusalén."

Habían comulgado de manos del Señor y querían dar la noticia a los demás.

Como los sesenta estadios se pueden andar a pie en cosa de hora y media, podían llegar al empezar la noche a Jerusalén. Parece lo más probable que encontraron a los Apóstoles, excepto a Tomás, en el Cenáculo, en el momento en que concluían una cena que no había sido tan triste como las de los días anteriores; porque a la noticia de la Resurrección, dada por las mujeres, se juntaba la de Pedro, que aseguraba que también a él se le había aparecido el Señor, aunque no cuentan los Evangelistas cómo se verificó esta aparición.

No sabemos cuánto crédito darían los Apóstoles a las afirmaciones de Pedro, que venían a confirmar lo dicho por las mujeres; pero pequeña debió de ser la confianza que pusieron en todos ellos, por cuanto afirma el mismo San Lucas, que ni a los mismos que venían de Emaús quisieron creerlos. Y continúa el Evangelista su relación en esta forma:

"Mientras hablaban estas cosas, se presentó Jesús en medio de ellos y les dijo:

"La paz sea con vosotros. Soy yo; no temáis.

"Pero ellos, llenos de turbación y de espanto, pensaban que estaban viendo un fantasma.

"Y El les dijo: ¿Porqué estáis turbados y por qué se levantan esos pensamientos dentro de vosotros? Ved mis manos y mis pies. Soy yo mismo; palpád y ved. Los fantasmas no tienen carne y hueso, como véis que tengo yo.

"Después de decir ésto, les mostró las manos y los pies. Y era tanto su gozo y admiración, que aun no querían creer que fuese verdad; y entonces les dijo:

"¿Tenéis alguna cosa que comer?

"Ellos le presentaron un pedazo de pez asado y un panal de miel. Y habiendo comido delante de ellos, tomó las sobras y se las dió."

* * *

No sabemos por qué razón estaba ausente Tomás cuando tuvo lugar esta escena. No nos atrevemos a pensar que fuese porque, suponiendo completamente fracasada la empresa de su Maestro, se decidiese a separarse de los demás discípulos; tenemos en contra un pasaje evangélico que nos revela su carácter impetuoso, inclinado a resoluciones decisivas en defensa de Jesús. Ello sucedió cuando Cristo les anunció que iba a casa de Marta y María, para resucitar a Lázaro. Sabían los Apóstoles que los sacerdotes maquinaban entonces contra la vida del Maestro, y, temerosos, recelaban acompañarle; pero Tomás se volvió a sus condiscípulos y les dijo:

"Vamos también nosotros a morir con El."

No vacilaron ya los demás desde este momento. Marcharon con Jesús al lugar donde había sido enterrado Lázaro, y presenciaron cómo éste, obedeciendo a la voz de Cristo, salía vivo del sepulcro, al cuarto día de estar enterrado en él.

¿Creía ahora Tomás que no era capaz de resucitarse a sí mismo quien había resucitado a otros muertos?

No podemos asegurarlo; pero no cabe dudar que su repugnancia en creer la Resurrección era muy grande; tal vez mayor que la de ninguno de los demás Apóstoles; por eso quiso Jesús que Tomás fuese uno de los testigos que más fuerza había de hacer a los incrédulos de todos los siglos.

Pasaron los once en Jerusalén la semana de Pascua, a pesar de que el Señor los había invitado a que volvieresen a Galilea para reunirse con ellos resucitado en los mismos lugares en que había sido su compañero en vida mortal. Como eran forasteros en la ciudad, se albergaban, sin duda, en la casa del Cenáculo que tan generosamente les había facilitado su dueño.

Los Apóstoles y discípulos se apresuraron a dar a Tomás la noticia de la aparición de Jesús resucitado; pero éste, cuyo carácter impulsivo conocemos, les dijo:

"Si no veo en sus manos las llagas de los clavos y meto mi dedo en ellas y mi mano en la herida de la lanza, no creeré".

Veamos cómo refiere San Juan la escena en que Jesús se dignó complacer al discípulo incrédulo:

"Y ocho días después (del domingo de Pascua) estaban otra vez los discípulos dentro (del Cenáculo) y Tomás con ellos; y vino Jesús, estando cerradas las puertas, y puesto en medio, les dijo:

"—La paz sea con vosotros; y en seguida dijo a Tomás:

"—Mete aquí tu dedo y mira mis manos; y trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino fiel.

"Respondió Tomás y díjole: —¡Señor mío y Dios mío!

"Díjole Jesús: —Tomás; porque has visto has creído. ¡Bienaventurados aquellos que no vieron y creyeron!

* * *

Aunque no hubiese más pruebas de la Resurrección que las que acabamos de narrar, eran suficientes para fundar en ellas nuestra fe, puesto que nos las suministran los Apóstoles, que no podían equivocarse; porque, como dice San Juan, atestiguan lo que habían visto con sus ojos y palpado con sus manos.

A estas pruebas debemos añadir lo que refiere San Mateo acerca del soborno de los centinelas; pues fué un episodio que no deja lugar a dudas sobre la manera milagrosa con que fué apartada la piedra que cerraba el sepulcro. Pero la demostración más firme la encontramos en los sucesos que acaecieren en Galilea, desde la octava de Pascua hasta el día de la Ascensión.

Jesús había anunciado a sus discípulos que después de resucitado iría, precediéndoles, a Galilea. La orden de marchar a aquella región, reiterada por conducto de las mujeres a quienes Jesús se había aparecido, tenía que ser muy del agrado de los Apóstoles, porque desaparecido ya Judas Iscariote, que era de Judea, todos los restantes eran galileos. Podían andar el camino, desde Jerusalén, en dos o tres jornadas; y es de creer que regresarían juntos y alegres a sus pobres casas, cansados ya de permanecer en la ciudad deicida, en donde el miedo los tenía recluidos y donde no contaban con otros medios de vida que la caridad del dueño del Cenáculo o de algún otro amigo del Señor.

No tenemos noticia completa de todas las ocasiones en que el Señor se les hubo de aparecer en su tierra, hasta la despedida del día de la Ascensión, que tuvo lugar en Jerusalén; pero nos dice San Lucas, en el libro de los "Hechos de los Apóstoles", que "Jesús, después de haber padecido, se mostró vivo a sus discípulos con muchas pruebas, por espacio de cuarenta días, hablándoles de las cosas tocantes al reino de Dios". Estas cosas se cree que fueron los principales misterios de la religión, sobre todo, los Sacramentos.

Hay entre estas apariciones una, que nos refiere San Juan, en

la que vamos a detenernos, porque disipa toda sospecha de que hubiese alucinación por parte de los Apóstoles. Como sucedió en la aparición a los dos discípulos que iban a Emaús, vemos en esta otra a San Pedro y a sus compañeros que conversan con el Señor antes de conocerlo y lo tienen por compañero de mesa después de haberlo conocido. También nos servirá de ejemplo esta aparición para comprender la imposibilidad de que los Evangelistas atribuyesen al Salvador episodios inventados por ellos, puesto que no puede ser efecto de la casualidad ni del ingenio la significación que los escritores místicos han encontrado después en tales episodios.

"Estaban juntos Simón Pedro y Tomás, llamado Dídimo, y Natanael, que era de Caná de Galilea, y los hijos del Zebedeo y otros dos. —Díceles Simón Pedro: *Voy a pescar.* —Dícenle: *Vamos también nosotros contigo.* Y salieron y subieron a la barca, y en aquella noche nada cogieron. Llegada la mañana, presentóse Jesús en la orilla; pero los discípulos no conocieron que era Jesús. —Díjoles, pues, Jesús: *Chicos, ¿tenéis algo que comer?* —Respondieronle: *No.* —Díceles El: *Echad la red a la mano derecha de la lancha y hallaréis.* —Echáronla, pues, y no la podían sacar por la cantidad de peces. —Dijo, pues, a Pedro el discípulo a quien amaba Jesús: *Es el Señor.* —Simón Pedro, en cuanto oyó que era el Señor, se ciñó la túnica, porque estaba desnudo, y se echó al mar. Mas los otros discípulos vinieron en la lancha tirando de la red de los peces, porque no estaban lejos de la orilla, sino como unos 200 codos. En cuanto saltaron a la tierra vieron unas brasas arregladas y encima sobrepuesto un pez y un pan. —Díceles Jesús: *Traed de los peces que habéis cogido ahora.* Subió Simón Pedro y trajo a tierra la red llena de 153 peces grandes. Y siendo tantos, no se rompió la red. —Díjoles Jesús: *Venid a comer*". (San Juan, cap. 21, v. 1 a 14.)

Muchas consideraciones de provecho hacen los escritores místicos sobre los misterios que se encierran en las circunstancias de esta pesca nocturna, en la que los discípulos del Señor trabajaban unidos como hermanos; pero sólo nos fijaremos en la comparación que hacen con aquella otra pesca que hizo San Pedro en su primera vocación:

"Aquella fué figura de la pesca de las almas para entrar en la Iglesia y creer en Cristo Nuestro Señor y recibir su ley, y así, no se hizo echando la red a la diestra del navío, sino a todas manos, diestra y siniestra, recogiendo buenos y malos, peces grandes y pequeños, y de ella se hincheron dos navíos, figura de los dos pueblos hebreo y gentil, debajo de una cabeza, Cristo, y su Vicario Pedro, y la red en que se cogieron se iba

rompiendo, porque en esta vida padece cismas y quiebras la Iglesia y la predicación de Cristo; pero la pesca de este día fué la pesca de los predestinados y escogidos para entrar en el cielo, y por eso se hace a la diestra del navío y no a la siniestra, porque los escogidos han de estar a la mano derecha del Juez; todos son peces grandes en santidad y pureza de vida, porque en el cielo ninguno es pequeño; la red se trae a la tierra donde está Cristo, que es la tierra de los vivos, y no se rompe, porque no habrá entonces disensiones, ni cismas, ni cosa que lo perturbe, pues ya los ángeles habrán apartado los malos de los buenos, como dijo el Señor en la parábola de la red". (P. Garzón. "Meditaciones Espirituales", tomo 3.º, pág. 202.)

Pero entre todas las apariciones que tuvieron lugar en Galilea hay una que bastaría ella sola para no dejar duda sobre la verdad de la Resurrección.

Hubo de esta aparición más de quinientos testigos, y tenemos noticia de ella en forma a la que no puede poner reparo el crítico más exigente en lo tocante a la veracidad de las fuentes de información; porque el que nos habla de ella es San Pablo en su primera carta a los Corintios, que fué escrita y públicamente leída cuando vivían aún muchos de aquellos quinientos testigos, según el mismo Apóstol afirma: "Posteriormente se dejó ver de más de quinientos hermanos juntos: de los cuales, aunque han muerto algunos, la mayor parte viven todavía". (I. Cor. cap. XV, v. 6.)

Con mucha razón escribe Papini (1): "Corinto estaba a las puertas de Asia, poblado por muchos asiáticos, en relaciones continuas con la Judea, y las epístolas paulinas eran mensajes públicos que se leían públicamente en las reuniones, y de las que se hacían copias para mandarlas a las demás iglesias. El solemne y específico testimonio de Paulo podía llegar y llegó ciertamente a Jerusalén, donde los enemigos de Jesús, vivos parte de ellos todavía, hubieran podido impugnarlo con otros testimonios. Si Pablo hubiese creído posible una refutación eficaz, nunca se atreviera a escribir aquellas palabras".

* * *

La más notable de todas las apariciones de Jesús resucitado fué la del día de la Ascensión.

Además de la Pascua, en la que confluía a Jerusalén el pueblo judío en masa, había otra fiesta menos solemne que, por celebrarse cincuenta días después, se llamaba de "Pentecostés".

(1) Giovanni Papini, "Historia de Cristo", tomo 2.º, pág. 400. Madrid, 1925.

Los Apóstoles regresaron a la ciudad santa quince días antes de esta fiesta, sin duda por habérselo ordenado así el Señor, que quería despedirse de ellos, resucitado, en el mismo lugar donde se había despedido para ir a padecer y morir; y había dispuesto también que la solemnidad de esta segunda Pascua sirviese para que el pueblo judío viese transformados a sus Apóstoles por la venida del Espíritu Santo.

Un jueves, diez días antes de Pentecostés, se reunieron todos en el Cenáculo y celebraron, en compañía del Maestro, una última comida que recordaba la cena del Jueves Santo. Ni en una ni en otra supieron los discípulos hasta qué punto tenían ambas el carácter de despedida. El Maestro les volvió a explicar en esta segunda cena los misterios de las Profecías que estaban anunciadas sobre el Mesías, y salió después con ellos al campo.

Volvieron a dirigirse hacia el Monte de los Olivos, siguiendo el camino que les era tan conocido. Era el camino que conducía a la casa de Marta y María; el mismo que habían seguido después de la cena del Jueves Santo. Pasaron junto a Getsemaní; llegaron a lo alto del monte; allí Jesús los bendijo; pusieron todos en sus ojos, sin saber lo que iba a hacer; y entonces empezó a elevarse suavemente en el aire, hasta que una nube resplandeciente lo ocultó a sus miradas.

No acertaban los discípulos a separarse de aquel sitio; pero bajaron del cielo dos ángeles para anunciarles que ya no volvería su Maestro a este mundo, hasta que bajase, con toda majestad, para juzgarlo.

* * *

Si a alguno le quedasen todavía dudas sobre la verdad de la Resurrección, puede disiparlas estudiando la historia de los primeros años del cristianismo.

Verá que San Pedro, pocos días después de la Ascensión, convierte a tres mil judíos la primera vez que predica en público, y que poco después obra un milagro que contribuye a que, con su segundo sermón, se conviertan cinco mil.

Los sacerdotes y magistrados del pueblo, al ver los prodigios que San Pedro hacía, lo metieron en la cárcel juntamente con sus compañeros, porque predicaban a Cristo resucitado; y Pedro entonces los hace callar presentándoles al enfermo milagrosamente curado y diciéndoles: "En nombre de Nuestro Señor Jesucristo, a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de entre los muertos, este hombre ha recibido la salud".

Nada tuvieron que responder los magistrados. Nadie tampoco se atrevió a impugnar la Resurrección en los primeros

años de la Iglesia. No la negaron los judíos ni los gentiles; ni desmintieron tampoco los sacerdotes el soborno de los centinelas del sepulcro, desde que la verdad se fué abriendo camino y era ya imposible atajarla.

Veremos entre los primeros cristianos aparecer cismas y herejías, y que algunos se apartan de la verdad dudando de un misterio y otros de otro; pero la Resurrección no la negó nadie. Hace falta que pasen siglos y aparezcan hombres resueltos a negar a todo trance todo milagro, para que el de la Resurrección se vea puesto en tela de juicio.

6.—LOS ESTIGMATIZADOS

Queda dicho que en el primer siglo de la era cristiana no fué posible dudar de la autenticidad y veracidad de los Evangelios y de las Epístolas de los Apóstoles; pero, a medida que trascurrieron los siglos, fueron apareciendo los incrédulos.

Estamos en una época en que la fotografía, la imprenta y otros inventos científicos sirven para dejar una documentación de los hechos cual no puede pedirse sobre los sucesos del tiempo de Jesucristo. Nos hemos acostumbrado a ver en los periódicos ilustrados, a los pocos días o a las pocas horas de haber tenido lugar un acontecimiento importante, las fotografías que lo reproducen ante nuestros ojos, y nos gustaría tener idéntica documentación sobre los milagros con los que Jesús demostró su divinidad.

Pues bien; no ha querido Dios que los incrédulos modernos quedasen autorizados para preguntar: ¿por qué en una época en que los medios de publicidad eran tan escasos se verificaron tantos prodigios, y no se repiten en estos tiempos en que los medios de difusión y comprobación dejan tan abundantes documentos de los sucesos que ya no sería posible que surgieran dudas en tiempos futuros?

Este argumento tendría razón de ser si hubiesen cesado los milagros en la Iglesia; pero estamos viendo que no es así. Lo que sucede es que a cada época deben corresponder aquellos milagros que confirmen dogmas o verdades religiosas cuya demostración o conocimiento sea entonces particularmente conveniente o necesaria. Así vemos los milagros de Lourdes como confirmación del dogma de la Inmaculada Concepción, proclamado pocos años antes por Pío IX. Pero, tratándose de la obra más grande que pudo hacer Dios, cual fué la Redención, así como quiso que el misterio se renovase todos los días en la santa Misa, quiso también que existie-

sen, en todos los siglos de la vida de la Iglesia, algunas almas afortunadas, a las que pudiera hacer partícipes de sus sufrimientos; y lo mismo que se compadeció de la incredulidad de su apóstol Tomás, y le enseñó sus heridas, se compadece de los "Tomases" de estos tiempos y les enseña las llagas milagrosas que causa el amor del Crucificado en algunas personas que tienen la dicha de haber sido asociadas a su obra redentora.

Vamos a prescindir de otras clases de prodigios que, por referirse a la Cruz o a algún otro emblema o recuerdo de la Pasión, se pueden considerar como confirmación del drama de nuestra Redención en el Calvario, y vamos a ocuparnos solamente de las llagas milagrosas de los estigmatizados.

* * *

El doctor Antonio Imbert, sabio profesor de la Escuela de Medicina de Clermont, hizo un estudio de estos casos, y encontró 321, en los cuales la inmensa mayoría de los pacientes eran Religiosas.

Los que se empeñan en negar el milagro a todo trance, por evidente que sea, quieren buscar la explicación de todos estos fenómenos en el histerismo. No puede negarse que hay excitaciones nerviosas capaces de producir rubicundez en la piel y hasta de llegar a provocar la pérdida de sangre a través de los poros; pero muchos de los casos de estigmatización son inconfundibles con estos fenómenos nerviosos; porque no se trata de simples hemorragias, sino, algunas veces, de verdaderas llagas que aparecen semanalmente los viernes y están curadas los sábados; otras veces, como sucedía con San Francisco de Asís, se forma dentro de la llaga la reproducción de los clavos, y, en muchos casos, aparece la estigmatización acompañada de otros prodigios, con los que nos hace ver Dios el carácter sobrenatural de los hechos.

Como tratamos solamente de estudiar las estigmatizaciones modernas, nos apartaríamos de nuestro intento si discuriésemos sobre si había sido San Pablo el primer estigmatizado. Lo cierto es que, desde los tiempos apostólicos hasta el siglo XIII, o no se dignó Dios dispensar esta gracia a nadie, o lo que es más probable, la ocultaron quienes fueron favorecidos con ella; y esto último es lo que debemos suponer, dada la humildad y recato con que siempre han procedido los verdaderos estigmatizados.

Esta ocultación, sin embargo, era imposible cuando las llagas revestían caracteres tan extraordinarios como las de San Francisco de Asís, que recibió los estigmas dos años antes

de morir. La llaga del costado era profunda y tenía tres dedos de larga. En las de las manos y los pies, además de la herida, se había formado un clavo de carne de color negro, que tenía cabeza por un lado mientras por el otro salía la punta retorcida hacia adentro, en forma que se podía meter un dedo entre este extremo del clavo y la llaga.

El Santo ocultaba, cuanto podía, sus estigmas; pero después de su muerte pudieron examinarlos con toda libertad y detención numerosos testigos, entre ellos el Papa Alejandro IV, muchos Cardenales, más de cincuenta frailes Franciscanos y monjas, entre las cuales estaba Santa Clara, que, al ver que los clavos se movían, metió el dedo y tiró cuanto pudo, para llevarse uno como recuerdo, pero sólo consiguió que brotase sangre de la herida.

Como era éste el primer caso de estigmatización conocido públicamente en la Iglesia, fué objeto de controversias desde un principio, y de este modo nos ha quedado abundante documentación del suceso, en la que figuran las deposiciones de testigos presenciales tan dignos de crédito que nada le queda que pedir al crítico más exigente.

Desde entonces fueron cada vez más frecuentes los casos de estigmatización, y por esto se les ha dado cada día menos importancia. Nosotros hemos de fijarnos tan sólo en los muy modernos e indiscutibles.

Francisco Spirago, en su interesante obra sobre Teresa Neumann (1), inserta una larga lista de estigmatizados modernos, entre los cuales es muy notable el caso de Luisa Lateau, que tiene gran parecido con el de Teresa Neumann, del cual hemos de ocuparnos luego con más extensión.

Luisa Lateau vivió en Bois d'Hain, cerca de Bruselas, y falleció el año 1883, cuando contaba treinta y tres y medio de edad. Era hija de padres pobres, y, por esta razón, tuvo que criarse en medio de trabajos y privaciones.

El año 1866, en que se dedicó a atender a los enfermos del cólera, empezaron a manifestársele las llagas; aparecían éstas los viernes y le producían abundantes hemorragias, que duraban alguna vez veinticuatro horas, sin que las medicinas diesen resultado alguno para contenerlas. A este fenómeno acompañaba el de los éxtasis, en los que, privada del uso de los sentidos, contemplaba los sufrimientos de Jesús durante la Pasión.

Desde que se le presentaron los estigmas de las manos y

(1) "La doncella estigmatizada", págs. 191 y siguientes. Barcelona, 1931.

los pies, perdió el apetito y hasta la posibilidad de comer, tanto que, si lo intentaba, se le presentaban vómitos con grandes dolores.

A esta primera estigmatización siguió la de la cabeza, como reproducción de las heridas que causó la corona de espinas al Redentor, y, desde esta segunda estigmatización, la paciente dejó de dormir. No sentía frío ni calor, ni experimentaba debilidad, a pesar de que perdía cada semana un litro de sangre en sus éxtasis de los viernes. Después de ellos, volvía a trabajar y se encontraba fuerte.

Duraron estos fenómenos los quince años que tardó en morir, siendo completamente falsas las afirmaciones en contrario de algunos periódicos socialistas y ateos, como lo demuestra muy bien el profesor de Medicina Imbert Coubeyre en su obra sobre la estigmatización (1).

Era imposible que hubiese superchería en el caso de Luisa Lateau, puesto que, durante dos años, fué examinada por una comisión de médicos, al frente de los cuales estaba un profesor de la Universidad de Lovaina.

7.—TERESA NEUMANN

Es muy frecuente que, cuando un hombre incrédulo se encuentra frente a un fenómeno que no tiene explicación natural, como lo es el que una persona viva años enteros sin comer ni beber, empiece dando por supuesto que todo es pura superchería. Por eso es de gran interés que nos detengamos a relatar lo que pasó con Teresa en los dos o tres años que precedieron a su estigmatización, porque en este período preparatorio se pone de manifiesto la imposibilidad de que, tanto ella como su familia, estén representando una comedia.

Sólo un loco puede sospechar que se hayan puesto de acuerdo Teresa, sus familiares, el párroco, los médicos y los habitantes de la aldea, para inventar las milagrosas curaciones que fueron el prólogo de los prodigios que después presenciaron, y siguen presenciando, tantos miles de personas, y que han llegado a ser objeto de apasionadas discusiones en el mundo entero.

Konnorsreuth es una aldea de mil habitantes sita en el Palatinado Superior (Baviera); está enclavada en una región fría y cubierta de bosques, cerca del extremo Noroeste, en el que la frontera checoslovaca avanza hacia el interior de Alemania. No tiene fábrica ni industria alguna; pero posee la

(1) París, 1894.

mejor de las riquezas: la piedad de los vecinos, que son casi todos católicos.

En todas las casas hallaréis el Crucifijo y la pila de agua bendita, y se ve con frecuencia que los que no pueden asistir a la Misa, cuando oyen el toque de elevación de la Hostia, interrumpen sus ocupaciones para arrodillarse.

En una pequeña plaza, plantada de tilos, pobre y sin ningún atractivo, se encuentra la iglesia; cerca de ella están la casa rectoral y la del sastre del pueblo, Fernando Neumann, padre de once hijos, de los que la mayor, Teresa, tuvo que ganar el sustento fuera de casa cuando no había cumplido aún los catorce años, pues el oficio de su padre no producía lo bastante para los gastos de tan numerosa familia.

Era entonces Teresa una niña hermosa y robusta, de carácter afectuoso, sencilla y muy trabajadora. Al separarse de sus padres, entró de sirvienta en casa de un labrador, vecino de la aldea, llamado Martín Neumann.

Dos años después se declaró la guerra, y como faltaban los hombres, fué necesario que Teresa desempeñase las labores más penosas. Su robustez le permitía labrar, segar, conducir el carro, trabajar con las máquinas agrícolas y cuidar de la casa; siempre alegre, cantando con frecuencia, y sin quejarse nunca. Se recuerda que subía con facilidad sacos de setenta y cinco kilos al desván de la casa.

Su piedad era sencilla, sin nada de extraordinario; no le gustaban las singularidades ni tenía muchos libros de devoción; sólo sentía particular afición al ejercicio del Viacrucis y le conmovía mucho pensar en la Pasión del Señor, porque su carácter era muy compasivo. Aunque era alegre sin enojamiento, no le gustaban los bailes y diversiones mundanas; antes bien, su deseo de servir a Dios y a los prójimos le hizo formar el designio de entrar en una Orden religiosa, con preferencia en alguna de las que se dedican a misiones en tierras de infieles. Dios, sin embargo, tenía otros designios sobre ella.

* * *

El 10 de marzo de 1918 se declaró un incendio en la casa contigua a la de Martín Neumann, en la que, como hemos dicho, estaba Teresa sirviendo. Para inundar de agua las habitaciones inmediatas al fuego, se encaramó un hombre sobre una escalera. Teresa, subida a una silla, recogía los cubos de agua que traían los vecinos y se los pasaba a este hombre. Esta labor penosa, continuada durante más de dos horas, juntamente con la excitación febril con que se traba-

ja en estos casos, no sólo agotó sus fuerzas, sino que parece que le causó una lesión en la medula. Sintió una punzada en la región lumbar, resbaló el cubo de sus manos, y cayó desplomada.

Los dolores en la espalda continuaron con tal intensidad desde aquel día, que Teresa era casi inútil para el trabajo; pero no se resignaba a llevar una vida de inválida y continuó ocupándose en las faenas que exigían menos esfuerzo. Fuese que pretendía hacer más de lo que podía, o fuese que la enfermedad continuaba avanzando, lo cierto es que, en una ocasión en que se hallaba, durante el verano, trabajando con los brazos levantados, volvió a sentir dolor en los riñones y cayó de espaldas.

En octubre se recrudeció el mal, hasta el punto de iniciarse la parálisis, por lo que fué preciso llevarla al hospital de Waldsassen, en el que permaneció dos meses. En lugar de mejorar, se le presentaron tan fuertes calambres, que se echaba fuera de la cama, retorciéndose de dolor, y batía los dientes en forma que llegó a romperse los de la mandíbula superior, que actualmente hacen contraste con los de la inferior, en la que conserva su hermosa dentadura.

No terminaron con esto las pruebas que Dios le mandaba. Sobre la pena de verse postrada en cama, sufriendo tantos dolores y siendo una carga para los de su casa, de la que, como hemos dicho, había tenido que salir, porque el padre no ganaba para sostener a sus numerosos hijos, le esperaban aún nuevos trabajos.

En marzo de 1919 le acometió una afección a la vista que la dejó en breve completamente ciega. En diciembre de 1922 se le formó un tumor en el cuello, que le causaba grandes molestias aun para tragar agua sola. Además de esto, se le formaron llagas fétidas y purulentas en la espalda, y, sobre todo, una tan profunda en el pie izquierdo, que puso el hueso al descubierto.

Teresa había sido asistida por cinco médicos: Goebel, de Tirschenreuth; Burkhardt, de Hohenberg; Hitzelsberg, de Mitterteich; Franch, de Waldsassen, y Seidl, del hospital de esta misma ciudad. El doctor Ewal estudió, durante quince meses, su enfermedad nerviosa; y durante el curso de ella la visitaron cerca de trescientos médicos, muchos de los cuales tomaron fotografías. No puede, por tanto, quedarnos duda alguna de la existencia de todas estas enfermedades, que iban a ser curadas por una serie de milagros.

Ciega, paralítica, cubierta de tumores y sufriendo dolores horribles, ocupaba Teresa una cama en la bohardilla de su

casa; su situación, según el modo de ver las cosas de los que no tienen fe, apenas podía ser más desesperada; pero Dios la colmaba de bienes espirituales en la misma medida en que le quitaba los temporales. Era tan grande su conformidad con la voluntad de su Criador, que ni siquiera le pedía recobrar la salud; y ahora que se ve sana y llena de honores, siente pena por ser objeto de la admiración del público, y pide a Dios que la vuelva a su anterior ceguera.

Nadie podía sospechar entonces que aquella piltrafa humana había de ser, poco tiempo después, el objeto de la preocupación del mundo entero, y que la aldea de Konnersreuth, que sólo era visitada por los vecinos de los pueblos cercanos, se iba a hacer famosa en todo el mundo y había de ser frecuentada por miles de personas, ansiosas de presenciar los prodigios de que sería protagonista aquella pobre muchacha, que había empezado su carrera en este mundo siendo criada de un labrador y había tenido que dejar este pobre modo de vivir, para caer en una cama convertida en un monstruo cuyo aspecto inspiraba horror, en la edad de la vida en que la mayor ilusión de la mujer es tener un aspecto agradable.

Parece que Dios quiso poner este prólogo en la vida de Teresa, para hacer más patente que todo cuanto pasa en Konnersreuth sucede para que abran los ojos del alma los que tienen muerta la fe. Y así como la humildad de nuestra protagonista es garantía de que no se trata de una impostora que busque honores, así también el desinterés de su familia, que no quiere admitir un céntimo de nadie, a pesar de su situación precaria, es demostración palpable de que no buscan otra cosa que cumplir la voluntad de Dios. Entre las muchas proposiciones que se les han hecho, y que han rechazado siempre, han figurado ofertas de cantidades fabulosas por el permiso de filmar uno de los éxtasis de cada viernes.

Antes de empezar la narración de la serie de sucesos prodigiosos que comenzaron el 29 de abril de 1923, debemos explicar el origen de una devoción especial que tenía la enferma. En agosto de 1914 adquirió Fernando Neumann, en Waldsassen, dos estampas de la monja carmelita Teresa de Lisieux, célebre ya entonces por sus milagros, y conocida universalmente, ahora que está canonizada, con el nombre de Santa Teresita del Niño Jesús.

La gloriosa monjita de Lisieux y la pobre enferma de Konnersreuth llevaban el nombre de la gran mística española, reformadora de la Orden del Carmelo. Teresa concibió particular devoción hacia la monjita su tocaya; fué a Waldsassen a comprar más estampas como las que había traído su

padre, y las Religiosas le dieron, además, un ejemplar de la obra "Historia de un alma", en la que resplandecen con tanta claridad las virtudes de la Carmelita que pronto iba a ser canonizada.

Cuando la enfermedad hubo dejado a Teresa ciega y postrada en el lecho, sus hermanas le leían pasajes de esta "Historia de un alma", y ella, con la ayuda de su confesor, aprendió a imitar las virtudes de la Santa, sometiéndose a las duras pruebas que Dios le mandaba. Un Religioso de la misma Orden del Carmelo, que había admirado esta devoción de la enferma, le regaló un cabello de la monjita de Lisieux.

* * *

La primera curación de Teresa tuvo lugar el día en que se celebraban en Roma las fiestas de beatificación de Santa Teresita, 29 de abril de 1923. Vamos a transcribir el relato que ella nos hace de la curación de su ceguera, en el que emplea los nombres familiares "Resl" y "Zenl", con que las llamaban en casa a ella y a su hermana Crescencia, respectivamente:

"Eran las seis de la mañana. Mi padre tenía que hacer un corto viaje y se acercó a mi cama para despedirse de mí. Yo estaba despierta, pero no podía verle, aunque estaba a mi lado. Salió de casa hacia Mitterreich, para tomar el tren. Habría pasado media hora, cuando abrí los ojos. Vi mis manos y mi chambra blanca; pensé que estaba soñando; me restregué los ojos; miré en torno mío, y vi mis estampas, contemplándolas como antiguos amigos, tras larga separación.

"Entró una muchacha en mi cuarto; no sabía quién era, pero al oír su metal de voz conocí que era mi hermana pequeña Zenl. Había crecido mucho en los cuatro años que hacía que no la había visto. Fué a llamar a mi madre, y le dije al verla: "Madre, veo muy bien"; pero ella no podía creerlo, y me dijo: Resl, estás delirando". Me presentó un florero y quise cogerlo, para tocar las flores. Fueron a buscar a mi segunda hermana; al verla, quedamos las dos sorprendidas, y le dije: "Otilia, ¡cuánto has crecido". Todas llorábamos de alegría."

Por la tarde regresó de su viaje Fernando Neumann, y al día siguiente vino el médico, que quedó tan maravillado como los de la familia.

* * *

Segunda curación.—Aunque Teresa había recobrado la vista, seguía paralítica y cubierta de llagas. La del pie izquierdo era tan profunda y supuraba de tal manera, que se hacía

necesaria la amputación. La enferma veía a su madre llena de congoja, y esto le daba más pena que sus mismos males; por lo cual se decidió a suplicar a su protectora, Santa Teresita, que intercediera por ella. Cuando le mudaron las vendas, hizo que le pusiesen tres hojas de rosa benditas que habían sido tocadas a la tumba de la Santa. Pocos minutos después había cesado el dolor; se retiró el vendaje, y se vio que había desaparecido la llaga, y que estaba cubierto ya de piel el sitio que ocupaba. A los pocos días la cicatrización era absoluta.

* * *

Tercera curación.—Pasaron dos semanas y llegó el día en que Santa Teresita iba a ser solemnemente canonizada en Roma. Nuestra enferma había empezado también una novena en honor de su protectora; pero sin la menor intención de pedir en ella por su salud, a pesar de que llevaba seis años y medio inmóvil en cama. Es verdad que ya no estaba ciega y que había curado del pie, que se suponía había de ser necesario amputarlo; pero seguía con la misma inmovilidad de la columna vertebral y de la pierna izquierda, que estaba contraída debajo de la derecha.

Era el domingo 17 de mayo de 1925 cuando Roma estaba llena de forasteros que habían acudido a presenciar la majestuosa solemnidad de la canonización. En la olvidada aldea de Konnersreuth se reunían a las dos de la tarde los feligreses con el párroco, Rvdo. Naber, para honrar a la Virgen María con el ejercicio de las flores de mayo. Los padres de Teresa acostumbraban a asistir a esta práctica piadosa; pero aquel día se habían quedado en casa. La enferma, sola en su lecho, estaba rezando los misterios gloriosos del rosario, cuando, de repente, la envolvió una luz más hermosa que la del sol; dió un grito y acudieron sus padres.

Así que llegaron, exclamó: "Madre, ¿dónde está el señor Cura?" Corrieron a buscarle, y cuando el párroco llegó, encontró a Teresa en actitud de hablar con una persona invisible, a la que hacía graciosas reverencias. Movía los labios, pero apenas se percibían sus palabras. Se incorporó en la cama, cosa que hacía seis años que le era imposible realizar, porque la columna vertebral estaba como rota, sin permitirle hacer esfuerzo alguno sobre ella. Así que estuvo algunos momentos sentada en el lecho, volvió a acostarse, conociéndose en la alegría de su semblante que seguía contemplando la visión con la que estaba departiendo. Pronto, sin embargo, debió de cesar esta dicha, puesto que la enferma rompió a llorar y volvió en sí. Se sentó nuevamente en la cama, cogió

el bastón que tenía a mano para llamar a los de casa, y dijo: "Ahora puedo andar".

Quiso vestirse; pero fué necesario buscar ropa prestada, porque la suya la habían regalado, suponiendo que nunca volvería a usarla.

Cuando se le preguntó quién era la persona invisible con la que hablaba antes de sanar, se supo, con asombro, que era la milagrosa monjita de Lisieux, la misma que tenía en aquel día absorta la atención del mundo entero, porque su solemne canonización tenía congregados en Roma a los más altos dignatarios de la Iglesia y a innumerables devotos que habían acudido a la capital del orbe cristiano para tomar parte en los honores que le rendía el Sumo Pontífice declarándola Santa.

Teresa no veía a nadie; sólo percibía la luz hermosísima que tanta dicha le causaba; pero oía una voz que salía de la luz y que le preguntó si deseaba curarse, a lo que ella respondió: "Para mí está bien todo lo que venga de Dios, tanto que sea curar como seguir enferma o morir". La voz insistió: "¿No te alegraría sentir algún alivio, para salir de la cama y andar?" A esto contestó Teresa que todo lo que le mandase Dios la alegraba.

Entonces la voz le mandó que probase a sentarse y andar. Obedeció fácilmente, pues conoció que una mano le ayudaba. La voz siguió diciéndole que sufriría mucho todavía, y que ningún médico podría curarla; y terminó diciendo: "Ya lo escribí yo una vez: "Se salvan más almas por el dolor que por los más brillantes sermones". Estas palabras son las que escribió Santa Teresita en su sexta carta a los misioneros, y por ellas conocemos que el milagro fué uno de los muchos realizados por su celestial protectora; pero, en este caso, sin duda quiso que la curación total de su protegida se verificase mediante varios milagros, y por eso no fué completa, puesto que la enferma necesitaba todavía apoyarse en un bastón para andar.

* * *

Cuarta curación.—En aquel mismo año, el 30 de septiembre, aniversario de la muerte de Santa Teresita, estaba su protegida, a la una de la mañana, en la cama, con la luz encendida, rezando las letanías de su santa protectora, cuando ésta volvió a hablarle con la misma voz e idéntico resplandor.

Teresa relata el suceso en esta forma: "Poco pensaba yo en lo que iba a ocurrir, cuando, de pronto, vi delante de mí la misma claridad que cuando me curé de la parálisis. Presentóse también esta vez de repente, como el rayo. La luz

eléctrica era oscura comparada con ella... Yo miraba y contemplaba aquello: Era una luminosidad sin forma ni figura... Volvió entonces a hablarme la misma voz, y me dijo: "Podrás andar sin que nadie te ayude; disminuirá la enfermedad de los ojos; pero vendrá otra enfermedad más dolorosa. Exhorta a la gente a que confíe en Dios". "Pero yo ignoro, le respondí, si lo hago todo mal o si me hallo en el buen camino. Muchos están enfadados de mí y otros dicen que todo es impostura; por eso no sé si hago bien las cosas." La voz, entonces, me contestó: "Confíale todo a tu confesor y obedece ciegamente. Despréndete del propio "yo", y sigue siendo tan inocente e infantil". Con esto calló la voz y desapareció la luz.

Teresa entonces se restregó los ojos y miró alrededor, para convencerse de que no soñaba. Después se levantó y vió que podía andar sin bastón. Convencida ya de que podía caminar sin ayuda alguna, esperó el toque de oración y fué sola a la iglesia, por primera vez después de siete años de enfermedad.

* * *

Quinta curación.—Dejemos que nos la cuente el señor cura párroco, Rvdo. Naber:

"El 7 de noviembre de 1925 tuvo Teresa que guardar cama otra vez. Estuvo durante tres días sufriendo tan grandes dolores, que ya no podía abrir los ojos, por lo débil que había quedado. Por fin, el 13 de dicho mes se decidieron a avisar al doctor Seild, de Waldsassen, que, después de un detenido examen, diagnosticó una apendicitis y ordenó el inmediato traslado de la paciente al hospital de Waldsassen, porque no se atrevía a responder del aplazamiento de la operación ni aun por veinticuatro horas. Aunque el doctor Seild es una autoridad en enfermedades del apéndice, creían los padres que me pondría yo de su parte para que no fuese llevada al hospital, y me llamaron; pero yo, después de conferenciar con el doctor, les mandé que viesen en todo la voluntad de Dios y no se opusiesen. Corrió entonces el padre a buscar un coche, y se puso la madre a preparar la ropa. La enferma me preguntó si podría pedir a Santa Teresita que la curase sin operación si así era la voluntad de Dios, no porque ella rechazase la operación, sino por lo muy desolada que estaba su madre.

"Viendo que estaba yo conforme con su proposición, hizo que le pusiesen sobre la parte enferma una reliquia de la Santa. Mientras dirigían los presentes sus oraciones a Santa Teresa del Niño Jesús, se retorció la enferma en el lecho como

un gusano, y sólo mentalmente era capaz de orar, diciéndole con el corazón a Santa Teresa: "Sé que puedes aliviarme; a mí todo me está igual; pero compadécete de los lamentos de mi pobre madre".

"Después de esto, se incorporó de pronto en el lecho, y, con el semblante transfigurado, abrió los ojos, levantó las manos, tendiéndolas hacia una persona invisible, y exclamó: "Sí". Acabó de sentarse bien en la cama, apretó varias veces la parte enferma, y volvió a decir: "Es verdad".

"Al preguntarle si la había visitado su protectora, respondió que sí y que le había mandado que fuese "de contado" a la iglesia. Dirigiéndose a su madre, le dijo: "Tráeme mi vestido". A su padre le dijo que había visto una mano como la que tiene Santa Teresita en las estampas, y añadió que la voz le había dicho también: "Para que el mundo reconozca que hay una intervención superior, no será necesario que te operes".

"Su madre no se atrevía a dejarla ir a la iglesia, porque eran las siete de la tarde, que, a mediados de noviembre, en una comarca tan fría de un país tan norteño, no son horas en las que un convaleciente pueda salir a la calle; pero yo resolví la duda con esta observación: "Si Santa Teresa estuvo aquí para curarte, vamos en seguida a cumplir sus órdenes".

"Eramos diez los que estábamos presentes y nos encaminamos a la iglesia, formando una pequeña procesión. La noticia corrió pronto por el pueblo, y se presentó en masa el vecindario de Konnersreuth a visitar la casa de Neumann. Durante la noche salió, naturalmente, el pus que había producido la apendicitis; y a la mañana siguiente, después de haber comulgado, fué Teresa a Waldsassen, para que el doctor Seild pudiese comprobar el prodigio."

* * *

Con estas cinco portentosas curaciones, consideramos como concluido el prólogo de la historia de la estigmatizada. No fué, sin embargo, la del 13 de noviembre, que acabamos de contar, la última vez que Teresa curó de un modo que carece de explicación natural; pero vamos a prescindir de las curaciones posteriores a ésta, porque, a partir de ella, empiezan los fenómenos de estigmatización que dejan relativamente empuñados los prodigios que acabamos de narrar.

No queremos con esto aminorar el valor que tienen tales hechos, naturalmente, inexplicables; ni podemos tampoco hacerlo, puesto que la misma Santa Teresita le dijo a la enferma

que sucedía todo aquello "para que el mundo reconociese que existe una intervención superior". Pero los fenómenos de la estigmatización y otros que los acompañan han llamado tanto la atención del mundo y han sido tan rigurosamente comprobados, que alcanzan un valor apologético, al lado del cual parece empequeñecido el de las curaciones antes narradas.

No es esto sólo lo que nos hace considerarlas como prólogo de la estigmatización; es que el conjunto de los sucesos de Konnersreuth se nos presenta como un mensaje divino en el que, siendo cada suceso un portentoso, vienen a formar un todo dándose mutuamente fuerza unos a otros, para que no podamos dudar de la verdad de los sufrimientos de un Dios cuyo "Corazón ha amado tanto a los hombres y que sólo recibe de ellos ingratitudes y desprecios".

* * *

Éxtasis.—En la noche que precedió a uno de los primeros viernes de la cuaresma de 1926, se hallaba Teresa en cama, sufriendo dolores que no le permitían fijar su atención en idea ninguna, cuando repentinamente tuvo una visión que ella misma nos describe en esta forma: "Se me presentó el Salvador en el Huerto de los Olivos, que era una especie de jardín del que percibía yo claramente los árboles y las rocas. Allí estaban los tres discípulos; pero no dormían, sino que estaban abatidos, como si les faltasen las fuerzas, recostados contra las piedras. Mientras contemplaba al Salvador, sentí un dolor tan fuerte en el costado que pensé que había llegado la hora de mi muerte; conocí que me corría sobre la piel una cosa caliente y comprendí que era sangre que me manaba del costado. Esto duró hasta el mediodía del siguiente día. Después estuve tranquila toda la semana."

Zenl (Crescencia) ayudó en esta ocasión a su hermana a ocultar lo sucedido, y nada supieron sus padres hasta el día de Viernes Santo, en el que comenzaron a hacerse públicas las manifestaciones que el Redentor hacía de su Pasión, siendo Teresa el instrumento elegido para ellas.

La visión de este primer éxtasis corresponde al primero de los misterios dolorosos del rosario. En la noche del jueves al viernes siguiente, contempló la Flagelación, que es el segundo misterio; a la semana siguiente el tercero, o sea la Coronación de espinas; en la cuarta semana, el cuarto misterio: el Señor cargado con la cruz a cuestas. En la noche correspondiente a la quinta semana, que era la noche del jueves al viernes santo, le correspondía tener el éxtasis de la Crucifixión, que es el quinto misterio doloroso; mas para este día solemne

le preparaba el Salvador una visión completa de toda la Pasión; de manera que Teresa volvió a tener durante la noche del jueves la visión de la Oración en el Huerto, y el día de viernes santo fué tan intenso el éxtasis y salía en tal abundancia la sangre por el costado y por los ojos, que se enteraron los padres, se alarmaron pensando que iba a morir su hija, y llamaron al Párroco, que, creyendo que las fuerzas de la vidente no podían soportar tantos sufrimientos, le administró el sacramento de la Extremaunción.

No pudo ya ocultarse desde este momento ninguno de los estigmas de Teresa. En cuanto a los de las manos y los pies, dice ella: "A punto fijo no sé cuándo me han venido. Sólo sé que el viernes santo por la noche los tenía ya; pero aquel día no podía pensar en mí; sólo atendía a la contemplación de la Pasión del Señor. Además de eso, la sangre que me salía por los ojos no me dejaba mirar y acabó por dejármelos pegados, de modo que no los podía abrir; pero el dolor que sentía en las manos y en los pies era tan grande, que tuve que pedir a Crescencia que mirase lo que tenía en ellos."

El Reverendo Naber confiesa que cuando vió los estigmas quedó tan turbado, que durante un rato no fué dueño de recobrar su equilibrio espiritual; y añade: "Cuando la visité el viernes santo, después de comer, iba yo en compañía de otro sacerdote. Teresa parecía una mártir; tenía los ojos pegados con la sangre que salía de ellos y corría por su cara, lívida como la de un moribundo. Hasta la hora de la muerte del Señor, cerca de las tres de la tarde, estuvo sufriendo horribles tormentos; después se tranquilizó. Vió en aquel día desarrollarse el espantoso drama de la Pasión y tomó parte en él, sufriendo con el Redentor hasta llegar al abandono de la cruz. Durante este éxtasis sintió grandes dolores en los sitios en que aparecen ahora las llagas, abiertas y redondas, de las que sólo sale sangre pura".

* * *

Estas visiones dolorosas se renovaron desde aquel día todos los viernes del año, excepto durante el tiempo pascual y el período de Navidad.

Suelen empezar los éxtasis antes de las doce de la noche del jueves y concluyen hacia la una de la tarde del viernes. Si se tiene en cuenta que la hora de Jerusalén va adelantada respecto a la de Konnersreuth en ciento diez minutos, por razón de la diferencia de meridianos, vemos que Teresa tiene sus visiones a las mismas horas en que el Redentor fué sufriendo en Jerusalén cada uno de los pasos de la Pasión; puesto que la agonía del Huerto debió de empezar después de la media

hoye, y la muerte en la cruz sobrevino a las tres menos cuarto, que corresponden a las doce y 55 minutos de Konnersreuth, que es la hora en que la contempla la vidente.

Los sucesos de Konnersreuth han llegado a ser motivo de peregrinaciones que han cambiado el aspecto de la aldea, invadida frecuentemente por "autos" en que llegan viajeros de todas clases. Entre ellos no faltan los periodistas; porque Teresa es, desde hace años, uno de los temas que con más avidez buscan los lectores.

Véase la información que publicó un periodista en el "*Münchener Zeitung*", del 5 de agosto de 1927:

"Llegué a Konnersreuth a las diez de la mañana del viernes 29 (?) de julio. La afluencia de "autos" delante de la casa del sastre Neumann era comparable a la que se ve algunos días frente al Teatro Nacional. Los que más abundaban eran los extranjeros. Los había de Karslbad, Marienbad, Reichenberg, Eger, Teplitz, Wurzburg y de otras ciudades. De Bohemia había venido un camión lleno de gente.

"La multitud esperaba impaciente el momento de entrar en la casa; pero un guardia, apostado en la puerta, cuidaba del orden y sólo permitía la entrada por grupos de diez personas, a las cuales tan sólo se les dejaba estar dos minutos en la habitación de la estigmatizada. Así se va renovando la gente desde las seis y media de la mañana hasta las once y cuarto, a cuya hora se cierra la puerta y no se deja entrar a nadie. A las once y media empieza el éxtasis de la crucifixión del Señor, al cual sólo se permite asistir a los sacerdotes. A los seculares se les prohíbe la entrada; pero un sacerdote de Checoslovaquia hizo que también fuese yo admitido.

"En el momento en que subíamos por la escalera de madera que conduce a la habitación de la estigmatizada, se cerró la puerta y tuvimos que esperar. Había empezado el éxtasis de la crucifixión y estaban las Religiosas fotografiando a Teresa; porque la comprobación de los fenómenos, que lleva el Obispo de la diócesis, se extiende a todos los detalles. La Iglesia quiere dejar fuera de duda si los hechos proceden de Dios, y es muy exigente para evitar errores en estas materias delicadas y de tanta trascendencia. Los jueves y los viernes son días en que la estigmatizada y su familia han de soportar a todo el mundo y no tienen libertad ni aun para disponer de las cosas de su casa. El trabajo de fotografiar a Teresa es muy penoso para las monjas, porque no está quieta en la cama.

"Llegó, por fin, el momento en que se nos permitió entrar. Yo me había propuesto observarlo todo, para hacer un juicio crítico imparcial. Estaba completamente abierta la puerta de

la habitación, a la que daban luz dos ventanas bajas con cortinillas, detrás de las que se veían las encendidas flores de los geranios. A cada lado de la puerta hay una cama; en la de la izquierda está Teresa. Entre las dos ventanas había un altarcito adornado con flores y plantas. En las paredes se ven estampas de santos y en un ángulo hay un crucifijo. A la cabecera de la cama tiene la estigmatizada la imagen de su protectora Santa Teresita.

"El altar, en que brillaba la trémula llama de una mariposa, y todo el conjunto hacía una impresión profunda como si fuese la habitación de un moribundo. La madre de Teresa estaba junto a la puerta con una cofia en la cabeza; una Religiosa tomaba notas a la cabecera de la cama y otra estaba en pie a su lado. Todos guardábamos respetuoso silencio, sin apartar la vista de la enferma. Yo tenía confianza en que mi corazón sería fuerte, pero no fué así.

"Al ver sus brazos que se agitaban como los de un fantasma, las llagas, el color de las manos, blancas como la nieve, los dedos separados y temblorosos y los estigmas rojos e hinchados..., si no me hubiesen sostenido, hubiera caído en el suelo. Tenía Teresa la cabeza cubierta con un velo monjil e inclinada hacia atrás, como un cadáver, sin estar completamente echada ni sentada; los ojos, con los párpados hundidos, estaban pálidos como los de una persona muy enferma y manaban sangre, que se deslizaba por sus mejillas. Me hacía terrible impresión ver que tenía las apariencias de una persona de sesenta años que luchaba con la muerte.

"Dieron las doce en el campanario de la aldea y los Prelados se arrodillaron, para rezar las Avemarías. Mientras nosotros contemplábamos los dolores de la crucifixión, se oían las bocinas de los numerosos "autos" que habían venido; pero para la extasiada pasaba todo inadvertido. Sólo absorbe su atención la escena del Calvario, que está contemplando. Cuando Jesús extiende los brazos en la cruz, los extiende ella también, y su faz ensangrentada se desfigura más aún con horribles contorsiones; sus labios blancos se estremecen, y se agita, como si quisiese auxiliar al Señor en sus dolores cuando lo elevan en la cruz. Al contemplar que le traspasan la mano derecha también ella dobla las suyas con expresión de espantoso sufrimiento y de sus ojos salen gruesas lágrimas mezcladas con sangre.

"Yo no pude resistir más; se me oprimía la garganta, sentía un martilleo en el corazón y una congoja tan grande, que me vi obligado a prorrumpir en llanto. ¿Fué debilidad de mis nervios?... No; porque los Prelados que estaban a mi lado llora-

ban también, a pesar de su costumbre de asistir a los moribundos. Era que la escena que presenciábamos era emocionante y aterradora, pues veíamos en la estigmatizada las diferentes fases de la crucifixión de Jesucristo.

"Teresa lloraba, compadeciendo al Crucificado; pedía ayuda para El; cerraba los puños y revolvió convulsivamente las manos... Después se dibujaba una sonrisa en su boca sanguinolenta, porque Jesús la había mirado con dulzura. Pero inmediatamente vuelve a sacudirse su cuerpo, presa de excesivo dolor, y se escapan gemidos de sus labios; porque el Salvador sufre horriblemente, sin que ella le pueda ayudar.

"Yo no era capaz de soportar más tiempo esta escena desgarradora; ya mis fuerzas se iban agotando, cuando observé la llaga del costado, cubierta con una tela que se había empapado en sangre, y vi que de los estigmas producidos por la corona de espinas salía también abundante sangre... No pude resistir más..., me persigné y tuve que salir de la habitación en la que acababa de ver cosas misteriosas e increíbles, escenas de dolor crueles, sublimes y conmovedoras.

"No me extraña que no lo quieran creer los que nunca lo han presenciado; pues es verdaderamente incomprensible ver reproducirse en Teresa todos los viernes el espantoso drama del Calvario.

"Tiene momentos en los que contesta a las preguntas, porque contempla los lugares de Jerusalén y los pasos y personajes de la Pasión; pero su atención y su interés se concentran en la persona del Salvador."

* * *

Simón Arbellot, enviado especial de "Figaro", de París, publicó los días 10 y 12 de noviembre de 1927 dos interesantes crónicas de sus impresiones en Konnersreuth. En aquel tiempo se trasladaba Teresa los jueves a la casa rectoral y allí estaba hasta que cesaba el éxtasis.

Prescindiendo, por tanto, de la descripción que hace de la habitación y de lo que dice del frío, pues estaba el pueblo cubierto de nieve, son sus impresiones idénticas a las del periodista alemán que acabamos de copiar. Le impacienta encontrar tan impenetrables al Reverendo Naber y a la madre de Teresa, que no se prestan a satisfacer toda su curiosidad. Su asombro ante los sufrimientos de la extasiada es tan grande, que duda de la realidad de lo que ven sus ojos, se pregunta si se volverá loco y termina diciendo: "Por espacio de una hora entera he permanecido delante de la cama donde se torcía convulsionada Teresa Neumann. He visto desfilar la multitud de peregrinos, de los cuales ni uno se atrevió a pasar del um-

bral de la puerta. Y estas gentes, que iban dispuestas a presenciar un espectáculo maravilloso, permanecían abismadas ante su repentina aparición. Las mujeres desfallecían y lloraban; otras salían como extasiadas; los sacerdotes juntaban las manos; las facciones sencillas y grandes de los turistas alemanes, tomaban una expresión cómica: mezcla de temor y de admiración.

"Durante el día Teresa ha vuelto a su casa, y al escribir estas líneas descansa en su cuarto, bajo la imagen de la Carmelita de Lisieux, lejos de las miradas indiscretas.

"El jueves, su cama de dolor la aguardará en casa del cura, y nuevos peregrinos tomarán el camino de Konnersreuth e invadirán los albergues.

"Aquí el milagro es semanal" (1).

El Reverendo E. Reichemberger hace también una relación de su visita, en la que dice: "He asistido junto al lecho de muerte de muchas personas; pero debo confesar que jamás he visto imagen semejante de sufrimiento y de dolor" (2).

Las descripciones del éxtasis que acabamos de copiar, aunque muy interesantes, no dan idea completa de las maravillas de Konnersreuth. Es necesario que, para completar estas descripciones, digamos algo sobre el lenguaje que oye hablar Teresa a los personajes que intervienen en la Pasión del Señor, y que nos ocupemos también del más inexplicable de todos los fenómenos que suceden con la estigmatizada, cual es el de vivir, desde hace varios años, sin comer ni beber.

* * *

Lenguaje de la Pasión.—"Lo corriente, por no decir universal, en mística es que al escuchar los contemplativos palabras o discursos en los éxtasis, los entiendan; sea que los perciben en la propia lengua, sea que Dios les concede inteligencia de otras, sea también que se hagan dichas manifestaciones directamente al entendimiento. A Teresa Neumann, sin embargo, no se le ha dado inteligencia de las palabras de la Pasión, en el sentido que se dió a Santa Brígida, Santa Matilde, la Venerable Madre Agreda, a Catalina Emmerich y a otras muchas almas. Mas si en esta parte aparece la estigmatizada de Konnersreuth menos favorecida que esas almas místicas, por otra parte

(1) Reverendo Moisés Alujas, "Teresa Neumann", pág. 75. Barcelona, 1929. En esta interesante obra pueden verse otras muchas descripciones de las visitas hechas por periodistas y toda clase de escritores.

(2) Idem, pág. 59.

ofrece con este dato una prueba irrefragable de la verdad de sus visiones" (1).

Hemos de citar detalles por los que se ve que las palabras que oye Teresa son las mismas que se pronunciaron en la Pasión. Empecemos por recordar que el pueblo judío, antes de la cautividad de Babilonia usaba el idioma en el que están escritos casi todos los libros del Antiguo Testamento, que es el hebreo; pero desde dicha cautividad, seis siglos antes de Nuestro Señor Jesucristo, se fué mezclando su lenguaje con palabras de Siria y de Caldea, de modo que llegó a formarse un nuevo idioma, que se conoce hoy con el nombre de arameo. Este idioma es hoy tan poco estudiado que, según dice Spirago, "contados especialistas poseen en Alemania la lengua aramea", y entre ellos sólo cita cuatro, uno de los cuales es el doctor Francisco Wutz, del que luego hablaremos.

Teresa suele ver en éxtasis, no sólo las escenas de la Pasión, sino otros pasajes de la vida del Señor y de los Santos. En sus visiones de los viernes escuchaba palabras que no llegaba a entender con precisión; pero que, después de haberlas oído muchas veces, llegó a pronunciarlas con exactitud. Se las repitió al párroco; pero como éste no las entendiese, llamó a su amigo el ya citado doctor Wutz, que se presentó algunos días después de la Nochebuena de 1926, en la que Teresa contempló el nacimiento del Señor, oyendo los cánticos de los ángeles, aunque sin entenderlos. Trató Wutz de averiguar lo que había de verdad en las manifestaciones de la vidente y le fué citando en varios idiomas las palabras: "Gloria a Dios en las alturas..." Teresa contestaba siempre que no era así como ella lo oía, hasta que las dijo en arameo, y entonces exclamó: "Sí, era de ese modo".

En otras ocasiones no ha sido necesario que se adelantase nadie a decirle las palabras arameas, sino que ella misma, por haberlas oído varias veces en sus éxtasis, las repetía con una exactitud que asombraba a los conocedores del idioma. Con la particularidad de que, al repetir las, no sólo se amolda al dialecto del que habla, sino que sabe imitar el acento de cada región, de tal modo que se distingue perfectamente el galileo de San Pedro, el judío de los habitantes de Jerusalén, el romano de Pilatos, etc.

Pero no para aquí todavía la demostración que el lenguaje nos proporciona de que sus éxtasis no tienen explicación natural;

(3) P. Basilio, C. P. Núm. 180 de "El Pasionario", pág. 532. Santander, 1-XII-1930.

puesto que, si se pretendiese que el conocimiento que Teresa tiene de este lenguaje es un fenómeno de transmisión del pensamiento, nos hallaríamos ante la imposibilidad de encontrar explicación alguna en los casos en que ella enmendó a los profesores que la examinaban; y como ellos no quisieran convencerse de lo que la vidente aseguraba, volvieron a estudiar los libros o documentos en que habían aprendido el arameo, y tuvieron que rendirse, asombrados, ante la verdad de que eran ellos, y no Teresa, los que se engañaban.

No dicen los Evangelistas cuáles fueron las palabras que los Apóstoles dirigieron a Judas cuando vino con los soldados a prender a Nuestro Señor; pero Catalina Emmerich, que tuvo también en sus éxtasis la visión de esta escena, oía que le llamaban "ladrón y traidor". Catalina, que era de Westfalia, lo oiría en alemán, puesto que lo entendía. Teresa, en cambio, oye las palabras arameas "gannaba, galapa", que significan también, respectivamente, ladrón y traidor, en arameo.

En la crucifixión, cuando el Salvador se queja a su Eterno Padre del abandono en que lo tenía, Teresa le oye decir: "Eloi, Eloi, ¿lamma sabacthani?"; que son las palabras que usa San Marcos (XV-34).

Esta particularidad que se da en los éxtasis de Teresa, de percibir el idioma original que usaron los personajes de la escena contemplada, se manifiesta cualquiera que sea la lengua que aquéllos hubieran hablado. Y así, cuando presencié un pasaje de la vida de San Antonio, le oía hablar en portugués.

* * *

Abstinencia de alimentos.—En alguna de las ocasiones en que declaró Nuestro Redentor que su carne y su sangre serían nuestro alimento, se escandalizaron sus oyentes y se apartaron de El, pensando que se refería al alimento corporal. Todos los cristianos sabemos que se trata de un alimento espiritual; pero no todos saben que en las personas contemplativas es también en muchos casos alimento del cuerpo, hasta el punto de que muchas de ellas han pasado varios años de su vida sin tomar otra cosa que la Sagrada Comunión y un poco de agua; y algunos, ni siquiera agua.

Ejemplos de esto son Santa Catalina de Sena y Santa Lidwigina, las Beatas Isabel de Reuthe y Angela Foligno y el Beato Nicolás de Flue. El caso de éste último fué objeto de riguroso examen oficial por parte del Gobierno Provincial de Berna, que lo declaró verídico.

Viniendo a tiempos más modernos, tenemos en el siglo XIX a Catalina Emmerich, que sólo se alimentó de agua fresca desde el año 1812 al 1824, en que murió; y lo mismo sucedió, también

por espacio de varios años, con Gemma Galgani, hasta su muerte, que tuvo lugar en 1903. Luisa Lateau, que desde 1871 hasta 1883, en que falleció, no tomó más que la Sagrada Comunión, fué objeto de un riguroso examen de la Real Academia de Medicina de Bruselas, que tuvo que reconocer la verdad del hecho.

En uno de los hermosos artículos que publicó en "El Pasionario" el P. Basilio, C. P. (enero de 1931), escribe lo siguiente:

"Bien puede afirmarse que Teresa Neumann recibe el insigne favor de ser alimentada corporalmente por la sagrada Eucaristía desde hace más de ocho años.

"Hacia las Navidades de 1922 aceptó sufrir una grave afección a la garganta, en sustitución a un sacerdote que hacía tiempo la venía padeciendo. La afección consistió en un tumor al cuello, con parálisis en los órganos de la deglución. Desde esa fecha ya no le fué posible tomar alimentos sólidos. Su alimentación consistió en café, té y agua de frambuesas, puesto que ni siquiera podía ingerir líquidos nutritivos, como leche y caldo.

"Al cabo de dos años se le formaron unos abscesos al cuello, que materialmente la asfixiaban y acabaron por hacer imposible siguiera tomando los líquidos que constituían (si así puede decirse) su alimento.

"Las dos últimas semanas de la cuaresma de 1925 no pudo ingerir ni siquiera una gota de agua, viniendo a quedar tan extenuada, que se hizo preciso administrarle los últimos Sacramentos. Al cabo de quince días reaccionó un poco, y ayudándose con una paja, pudo absorber algo de líquido. Siguió en esta forma algún tiempo, hasta que a principios de agosto de 1926 la obstrucción del esófago fué tal, que a duras penas pudo tomar, con la partecita de hostia que recibe para comulgar, media cucharadita de agua.

"Desde el mes de septiembre se suprimieron también estas gotas de agua, viviendo, consiguientemente, desde esa fecha sin más alimento que la sagrada Eucaristía.

"Quede advertido que, entre los diversos autores que tengo a la vista (Ritter de Lama, Waitz, Link-Juan Vicente, Hynek, Alujas), hay alguna divergencia en las fechas que acabo de citar; pero afectan muy poco a la sustancia de los hechos. ¿Qué más da, por ejemplo, que se supriman las ocho o diez gotas de agua en Pascua de Resurrección, como lo hace Ritter de Lama, en septiembre del mismo año, como lo asegura Hynek, aduciendo el testimonio del párroco, o en fecha algo posterior, según deja entender el señor Alujas? Lo incontestable es que Teresa Neumann no toma alimentos sólidos desde el año 1922; desde 1925 apenas unas gotas de agua, y desde 1927, fuera de la sagrada Comunión, absolutamente nada.

"Y es lo raro que, a pesar de tan prolongado ayuno, no disminuye en un kilo el peso de la estigmatizada. Hasta 1927, en que cesó por completo de tomar líquido, fué descendiendo lentamente; pero en dicha fecha se estacionó en los 55 kilos. Para colmo de maravilla, en los éxtasis de los viernes pierde Teresa de cuatro a cinco kilos, que los recupera indefectiblemente durante la semana. A pesar de su martirio semanal, del derramamiento de sangre que le acompaña y de tan prolongado ayuno, Teresa se encuentra bien de salud y sin ganas ni necesidad de alimentarse."

La curia eclesiástica de Ratisbona dió toda clase de facilidades a médicos de todas las creencias para que pudieran estudiar este caso, y no contenta con esto, ordenó una comprobación científica, bajo la dirección del doctor Ewald, catedrático de la Universidad de Erlangen, el cual escogió cuatro Hermanas Franciscanas, enfermeras diplomadas y de toda su confianza, para que, en unión con el doctor Seidl, vigilasen a Teresa con todo rigor, por espacio de quince días, que fueron desde el 14 al 29 de julio de 1927. Después de este examen publicó la Curia Episcopal de Ratisbona el siguiente informe:

"Las Hermanas prestaron juramento ante el Comisario episcopal, comprometiéndose a cumplir su misión con toda conciencia, y sólo ajustándose a las instrucciones del médico doctor Seidl, de Waldsassen, permaneciendo luego dos días en dicha población, donde el médico citado las instruyó principalmente para su cometido, que iniciaron acto seguido con una inspección detenida de la habitación de la Neumann. Dos de las Hermanas no la perdían un punto de vista, la pesaban con regularidad, medían antes y después del uso el agua con que se enjuagaba la boca; se recogió la sangre de las llagas y de una pequeña incisión practicada en el lóbulo de la oreja, que se mandó a un laboratorio de fuera de la población para analizar si era sangre causada por el hambre.

"Además se procedió a otros estudios químicos. Se habían emprendido, pues, varios caminos, que todos condujeron al mismo resultado: *que había abstención total de alimento...* El médico doctor Seidl hizo nueve visitas durante estos quince días, dos de ellas por la noche, presentándose sin previo aviso en Konnersreuth para inspeccionar la situación. Algunas veces llegó acompañado del catedrático doctor Ewald, de Erlangen. Después de terminada su misión, las cuatro Hermanas, cuya irreprochable conducta en el cumplimiento de la misma mereció las más altas alabanzas por parte del médico, volvieron a prestar juramento. El extenso informe detallado del doctor Seidl, con un pasaje escrito de propia mano por el doctor Ewald, en

unión de los dos, redactados por cada uno de los grupos de las cuatro religiosas, nos llevan al convencimiento de que la observación en un hospital o clínica, intentada en un principio, pero que no fué posible realizar, no podía dar mejores resultados."

El informe del doctor Ewald, a que hace referencia la anterior declaración, es este:

"Lo que ingirió Teresa durante la observación fué lo siguiente:

a) En la comunión diaria se le dió una pequeña partícula, poco más o menos la octava parte de una hostia. Suponiendo que desde el 14 hasta el 28 de julio hubiera tomado tres hostias, el peso total de ellas sólo sería de 39 centigramos.

b) Para poder tragar la partícula de hostia, se le dió agua en cantidad de tres centímetros cúbicos cada vez. El total de agua ingerida del 14 al 28 fué de cuarenta y cinco centímetros cúbicos, que corresponde a tres cucharadas de agua.

c) Según se había ordenado en la instrucción, cada vez que Teresa Neumann quería enjuagarse la boca le fué pesada el agua previamente medida; y después de usada era vaciada en una fuente y pesada de nuevo. Hubo diferencia antes y después del uso solamente dos veces en muy pequeña cantidad. Según las tablas de Vierords y Volkmann, el organismo pierde por la sola aspiración, en veinticuatro horas, 400 gramos de agua. En los doscientos días de abstinencia (25 de diciembre de 1926 a 28 de julio de 1927) que lleva Teresa Neumann, su cuerpo habría perdido 80.000 gramos de agua, o sea 80 kilos de peso; pero Teresa pesa sólo 55 kilos..."

* * *

¿Cuál es la conducta de la Iglesia ante tantos prodigios? La que siguió siempre: Extremar la prudencia. Sobran en su historia los milagros que demuestran su carácter divino, y no necesita precipitarse para aumentar su número. Por eso no debe extrañarnos que vea con gusto la libertad con la que escritores católicos publican artículos de crítica, en uno de los cuales, debido a la pluma del docto P. Thurston, S. J., se leen estas palabras (1): "Lo que yo he dudado aceptar no es el hecho, sino la consecuencia de que sea milagroso. Tampoco he dudado que pudiera muy bien ser milagroso; solamente he insistido en que ante casos como el de Mollie Fancher y otros que se presenten a nuestros propios ojos, haríamos muy bien en suspender nuestro juicio hasta que la ciencia médica esté en situación de pro-

(1) Los artículos del P. Thurston fueron publicados en "The Month", revista de los PP. Jesuitas ingleses, en diciembre de 1930 y en números sucesivos.

nunciarse más definitivamente sobre las facultades anormales de los sujetos paralíticos con complicaciones neuróticas".

Este caso de Mollie Fancher, a que se refiere el P. Thurston en su artículo, es el de una paralítica de Brooklyn, que pasó muchos años casi sin comer ni beber, hasta el punto de que los médicos que la asistían afirmaban que durante seis años no había tomado el sustento necesario para alimentar a un niño durante una semana.

Es verdad que hay plantas, v. gr., algunos *cactus*, que, suspendidas de un hilo, se tienen como adorno de habitaciones o como curiosidad botánica, porque viven sin tierra alguna, alimentándose sólo de aire. Es una vida sin lozanía, como la de la paralítica de Brooklyn, que ni siquiera tenía evacuaciones; muy distinta de la de Teresa Neumann, que durante la semana hace la misma vida que una persona sana y tiene abundantes hemorragias los viernes.

Esta diferencia debiera bastarnos para juzgar como milagro el caso de Teresa, aunque no tuviese este carácter el de Mollie Fancher. Pero hay otra razón, más importante a nuestro juicio, y es la serie de curaciones milagrosas de Teresa, que forman un prólogo con el que Dios parece haber querido decirnos: "Todo lo que pasa aquí es obra mía".

No tenemos competencia científica suficiente para decir si se pueden dar en los hombres modos de vivir sin alimento sólido o líquido, como en los *cactus*; pero en el capítulo cuarto de esta obra hemos de ocuparnos del ayuno maravilloso de los faquires indios, que permanecen semanas y hasta meses metidos en un ataúd, bajo tierra, en la que se siembra trigo, que tiene ya mediano desarrollo cuando "resucita" el enterrado. Hemos de ver también lo difícil que es distinguir ciertos prodigios meramente naturales de otros transcendentales; y, finalmente, examinaremos la intervención que tiene el inconsciente en fenómenos que parecen milagrosos y no lo son. Este estudio nos servirá para distinguir y reconocer las obras de Dios, como creemos que lo son las de Konnersreuth, que se apartan de los fenómenos metapsíquicos por su belleza espiritual y sus frutos de santidad.

El P. Thurston se ocupa también en sus artículos de otros dos casos de abstinencia de alimentos. Uno de ellos, el de Juliana Weis Kircher, una estigmatizada, a lo que parece, en la que este divino carisma cesó cuando fué trasladada a un hospital. Lo mismo sucedía con la Beata Gemma Galgani, y así lo anunció ella cuando le dijeron que iba a ser examinada por los médicos. Otro de los casos, el de María Futner, no podemos juzgarlo. En el capítulo cuarto hemos de ver las hazañas que permite Dios al diablo, para demostrarnos así su existencia, y hasta tal vez

para poner a prueba nuestra fe. Veremos también que hay sonámbulos que, sin sospechar lo que han hecho, inconscientemente, durante el sueño, lo niegan de buena fe. No pretendemos insinuar siquiera que ninguna de estas soluciones expliquen los casos últimamente citados. Lo que nos interesa es demostrar que las obras de Dios brillan por su grandeza y frutos de santidad, y que esto es precisamente lo que resplandece en la estigmatizada de Konnersreuth.

* * *

El Cardenal Faulhaber, Arzobispo de Munich, sienta los siguientes principios para formar juicio en el caso de Teresa Neumann.

1.º Cristo obró milagros y prometió que los harían los que creyesen en Él.

2.º Aunque nos prometió que en su Iglesia habría milagros, reuth, mandó someter a Teresa a comprobaciones muy rigurosas sobre la verdad de los hechos.

3.º Este examen de los sucesos maravillosos debe hacerse con nos mandó prevenirnos contra los falsos prodigios. Por esta razón el Obispo de Ratisbona, a cuya diócesis pertenece Konnersreuth, amor a la verdad y respeto a las cosas santas, sin afán de encontrar milagros; pero también sin recelo. Nada de superstición, pero tampoco nada de incredulidad.

4.º Los hechos serán una prueba en favor de la fe cuando tengan un fin moral. Las virtudes de la persona que los obra serán la mejor señal para saber si son cosa de Dios. Pero puede suceder que una cosa que empezó con el espíritu, acabe con la carne; que empiece siendo obra de Dios y termine siendo obra del hombre.

Al explicar este cuarto punto, se ocupó de un caso actual que no podemos menos de referir. En el convento de Capuchinos de San Juan de Rotondo, diócesis de Foggia, vive el P. Pío de Pietralcina (en el siglo Francisco Fornigione), que es uno de los estigmatizados de nuestros tiempos. En cierta ocasión vió sentado a la puerta de la iglesia a un pobre impedido y le mandó levantarse; y como el pobre dijese que no podía, le respondió que lo probase. Obedeció el enfermo y se encontró sano. Otros varios prodigios, incluso fenómenos de bilocación, se cuentan de este religioso, cuyas virtudes son admirables. Pues bien; la Congregación del Santo Oficio mandó hacer una inspección médica y declaró que "no constaba que fuesen sobrenaturales los hechos"; y, no contenta con esto, prohibió después a los fieles que visitasen al P. Pío y tuviesen relaciones epistolares con él, y a él mismo se le ordenó, además, que usase unos guantes que sólo permitiesen ver las puntas de los dedos. Pero sucedía que,

sin conocer estas prohibiciones, venían muchos peregrinos de remotos países a visitar al Padre. En estas condiciones llegó un médico de Chicago, al cual tuvo que decir el estigmatizado: "Siento que haya hecho usted tan largo viaje; pero, como Religioso que soy, debo obedecer y no puedo enseñar a usted mis llagas". Al referir este caso el Cardenal Faulhaber, decía que el médico de Chicago, que se lo había contado, le confesaba que había recibido mayor impresión ante este acto de virtud que si hubiese visto las llagas mismas.

5.º Bienaventurados los que no ven y creen. A nosotros deben bastarnos los milagros de Cristo, sobre todo su Resurrección.

6.º Debemos considerar a Konnersreuth como un mensaje del cielo, que nos recuerda que debemos tener devoción a la Pasión de Cristo.

7.º No nos precipitemos ni nos preocupemos. La Iglesia no necesita los milagros de Teresa Neumann; prohíbe peregrinaciones a los vivos, y jamás canoniza a nadie hasta después de la muerte. Por eso ha prohibido las visitas a Teresa, sin especial licencia del Obispo.

8.—LA EUCARISTIA

Como este libro tiene un carácter apologético, no es propio que nos detengamos en consideraciones místicas acerca de la caridad que tuvo Dios con los hombres al instituir este Sacramento, o sobre los bienes que podemos conseguir si sabemos aprovecharnos de él. Nos sobran autores en donde encontrar admirables meditaciones para antes y después de la Comunión. El lector sabrá buscarlos sin nuestras indicaciones.

Innumerables son los milagros con los que ha querido Dios conservar nuestra fe en la Eucaristía. Entre los catálogos de estos prodigios, publicados en diversos idiomas, tenemos en español el del P. Traval, S. J., en el que se cuentan con preferencia los acaecidos en España.

Sólo vamos a transcribir el que dió a Turín el nombre de Ciudad del Sacramento:

"Renato de Anjou, aliado con Francisco Sforza, contra la señoría de Venecia, intentó pasar los Alpes en le mes de mayo de 1453; pero se vió obligado a retroceder por las aguerridas huestes que le opuso el Duque Luis de Saboya.

"Con este inesperado contratiempo se enfurecieron los soldados del Duque de Anjou y saquearon el castillo de Exilles, situado en el valle de Oulx, a la extremidad del Delfinado, entre los Alpes y el Dora. Uno de los militares, más impío que sus compañeros, llevó su audacia hasta forzar la puerta del Sagrario de

la iglesia parroquial y robar la custodia de plata con la sagrada hostia que en ella estaba, y envolviéndola luego en un saco de ropa, que ató con cuerdas muy fuertes, lo puso todo encima de un mulo.

"Terminada la guerra, volvieron a su patria los soldados, y al pasar en Turín por la plaza de San Silvestre, delante de la parroquia de este mismo nombre, el mulo que llevaba el saco con la ropa y la custodia se detuvo y se arrodilló. Dale de palos el dueño para que se levante y siga andando; pero de improviso se rompen las cuerdas que sujetaban el saco, sale la custodia, y ¡oh prodigio!, queda suspendida en el aire, radiante de celestial resplandor.

"Doce mil habitantes que tenía entonces Turín fueron testigos de aquella maravilla. Acudió el señor Obispo, don Luis Romagnano (revestido de pontifical y en procesión), al sitio del milagro; adoró a la sagrada Hostia, con todo el clero y el pueblo, y sucedió otro prodigio; porque en aquel momento se abrió la custodia y cayó al suelo, quedándose en el aire la Hostia transformada en sol resplandeciente, por espacio de algún tiempo.

"Atónito el Obispo, mandó le trajeran un cáliz, y levantándolo en alto, ruega al Señor se digne descender al vaso sagrado. La Hostia sacrosanta recoge entonces sus intensos resplandores, toma la forma ordinaria, y bajando con majestuosa lentitud, se coloca en el cáliz y es llevada en triunfo por el Prelado a la Catedral, entre lágrimas de ternura y cánticos de alabanza.

"Estuvo en la Catedral la sagrada Hostia, hasta que se hizo un magnífico tabernáculo, y después se trasladó a una capilla, que se convirtió más tarde en un suntuoso templo, que actualmente existe bajo la advocación de *Corpus Domini*.

"Confirman la autenticidad de este milagro los cuatro Obispos y los veinticuatro Arzobispos que han sucedido al Prelado don Luis Romagnano en la sede de Turín; los sumos Pontífices Urbano VIII, Inocencio X, Clemente XI y Pío IX, que enriquecieron el suntuoso templo del *Corpus Domini* con indulgencias; la infinidad de documentos, así eclesiásticos como civiles, y las historias y monografías de Turín, llamada con razón la ciudad del Santísimo Sacramento."

La mayor parte de los milagros eucarísticos de estos tiempos se realizan en Lourdes. Las curaciones prodigiosas que allí tienen lugar acaecen principalmente en dos ocasiones: al tomar agua en la fuente de la gruta y al pasar el Santísimo Sacramento ante los enfermos que esperan en la explanada el paso de la procesión en la que es conducido Jesús Sacramentado, alumbrado por millares de cirios.

INDICE

| | Págs. |
|---|-------|
| Capítulo II.—La Madre de Dios..... | 3 |
| 1. Razón de método..... | 3 |
| 2. Qué es la Maternidad divina..... | 5 |
| 3. Las profecías..... | 6 |
| 4. Los Evangelios..... | 11 |
| 5. La Resurrección..... | 17 |
| 6. Los estigmatizados..... | 25 |
| 7. Teresa Neumann: Curación de sus enfermedades. Estigmatización. Extasis..... | 29 |
| 8. La Eucaristía..... | 51 |

Obra de Apologética Mariana

«LA PROMESA DEL SEÑOR EN EL PARAISO».

Vol. I

«Los milagros de Lourdes como demostración del dogma de la Inmaculada Concepción.»

Vol. II

«Milagros más directamente conexos con el dogma de la Maternidad divina de María.»

Vol. III

«Prodigios demostrativos de la Mediación Universal de María, dispensadora de todas las gracias.»

(Los demás volúmenes en preparación.)

Obra destinada a la propaganda católica, a precio inferior al de coste, para su mayor difusión.

Precio de cada volumen, 20 céntimos.

Descuentos por cantidades apreciables.

APOLOGETICA
M A R I A N A

LA PROMESA
DEL SEÑOR EN
EL PARAISO

Vol. III

Prodigios demostrativos de
la Mediación Universal de
María, dispensadora de todas
las gracias

1934

APOLOGÉTICA MARIANA

LA PROMESA DEL SEÑOR
EN EL PARAISO

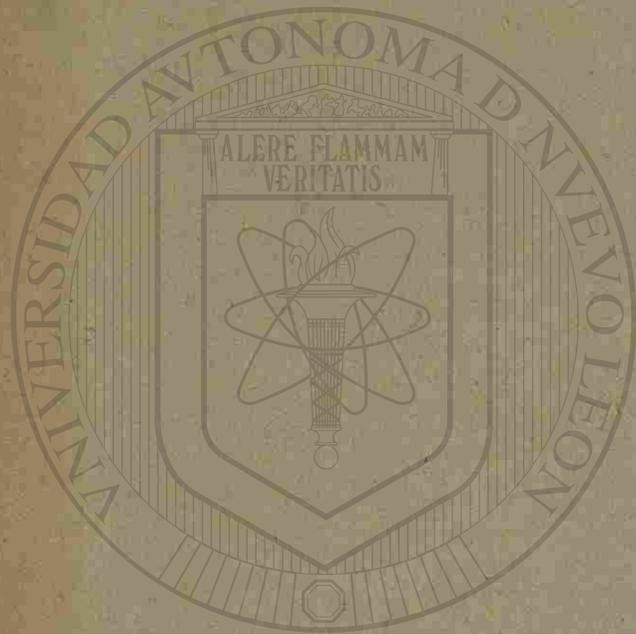
Vol. III

Prodigios demostrativos de
la Mediación Universal de
María, dispensadora de todas
las gracias

®

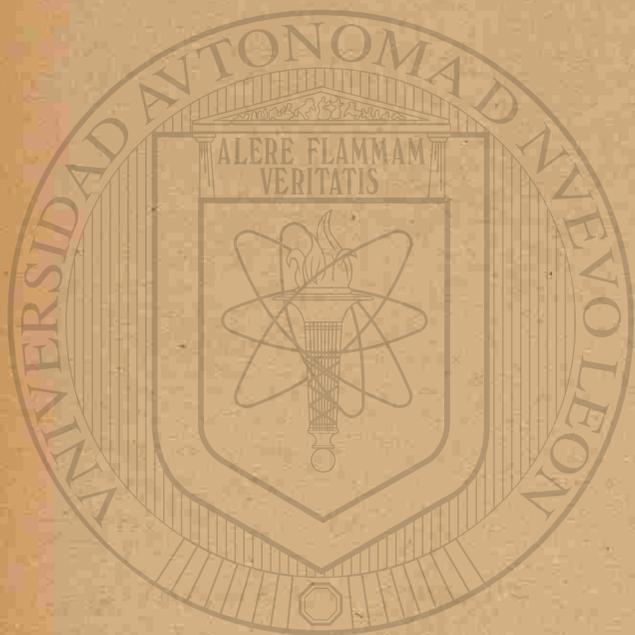
— 1934 —

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Nihil obstat

P. Ignacio Martín, C. M. F.,

Censor.

Madrid, 15 de septiembre de 1934.

U A N L

Imprimase

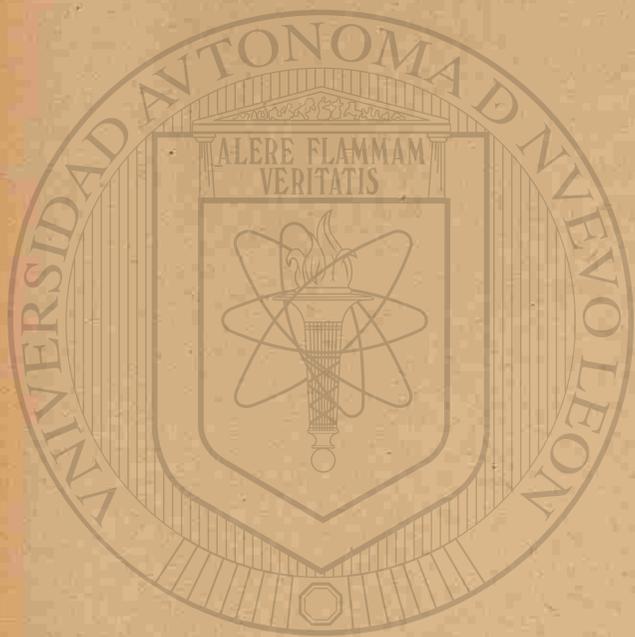
Dr. J. Francisco Morán

Vic. Gen.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

CAPITULO TERCERO

La Virgen María, Medianera Universal de todas las gracias

- 1.—Ideas generales: Plan de este capítulo.
- 2.—La Reina de los Santos.
- 3.—La Madre de pecadores.
- 4.—El Rosario: Nuestra Señora del Rosario de Fátima.—El general Riego y el Rosario. Profecías de la Madre Rafols sobre el Rosario. (Cristo del Consuelo, Cristo del Desamparo. Juicio crítico.)
- 5.—El Escapulario del Carmen.
- 6.—La Medalla Milagrosa.
- 7.—Las tres Avemarias.
- 8.—Favores temporales obtenidos por la mediación de María.
- 9.—Modo de presentarse el milagro, para su valor apologético.
- 10.—Ridículos ardidés de los enemigos del milagro.

1.—IDEAS GENERALES: PLAN DE ESTE CAPITULO

Jesucristo vino al mundo para pagar la deuda que habíamos contraído con nuestros pecados.

Nadie pone en duda que el delito de injuria es tanto más grave cuanto más excelente sea la persona injuriada. Por eso el hombre, al ofender a Dios, contrajo una deuda infinita que ninguna criatura era capaz de pagar. Las satisfacciones que fueron ofrecidas por Jesucristo son, en cambio, de tal valor, que bastaba la más pequeña de ellas para pagar nuestra deuda. No se contentó, sin embargo, con un pequeño sacrificio; quiso llevar una cruz tan pesada, que se hizo necesario, cuando subía al Calvario con ella, buscar un hombre que le ayudase a llevarla; y sabemos que este hombre, en el que estamos todos representados, ayudó a Jesús de mala gana y mediante precio.

No nos hemos de detener a meditar los misterios que encierra la cooperación humana prestada en esta forma; pero tampoco hemos de limitarnos a considerar el simbolismo de la acción del Cirineo; debemos meditar también en el que encierra la figura de San Juan, el discípulo amado, al pie de la cruz, porque tiene relación particular con la materia de que vamos a tratar.

Cuando Jesús fué elevado en la cruz, como víctima colocada entre el cielo ofendido y el mundo ofensor, empezó pidiendo, como Hombre, a su Eterno Padre, perdón para sus hermanos. Después, como Dios, absolvió al Buen Ladrón, en el que

están representados los pecadores que quieren decir de corazón: "Venga a nos el tu reino".

Parece que no podía ir más allá la mansedumbre de Jesús y su deseo de reconciliarse con los hombres; y, sin embargo, fué más lejos. Es verdad que, por ser El nuestro Dios, nuestro Padre y nuestro Hermano, tenemos motivo para confiar en que no nos faltará su amor; pero pudiera pensarse que en nuestras relaciones con la divinidad sería de desear que contásemos a nuestro favor con otro afecto más acogedor aún que el del padre y los hermanos: con el amor de una madre. Y vamos a ver que tampoco este afecto nos falta, por especialísimo don de Dios.

Nuestra primera madre, Eva, había perdido para todos nosotros la felicidad del Paraíso, por el pecado que nuestro primer padre, inducido por ella, cometió al pie del árbol cuyos frutos estaban prohibidos. Cristo, pendiente del árbol de la cruz, tenía a sus pies a (la segunda Eva), la que había de quebrantar la cabeza de la serpiente engañadora, según la promesa del Paraíso. Volvió hacia Ella sus moribundos ojos, y con toda la ternura de su agonizante corazón, le pidió para nosotros el más grande de los favores; le suplicó que tomase por hijos a los que éramos la causa de aquel espantoso drama.

No se atrevió a señalar a todos los que estaban en el Calvario, y decir a su Madre: "Ahí tienes a tus hijos". Fué escogido como representante de la Humanidad deicida, aquel que podía sustituir al hijo moribundo con menos dolor para el corazón de la Madre; pero cuando María oyó esta tristísima recomendación: "Mujer, ahí tienes a tu hijo", entendió muy bien que no se le pedía que su amparo maternal fuese sólo para Juan, sino para todos los hombres. Para los que, como Simón, necesitan el precio de arriendo de su trabajo al ayudar a Jesús a pagar la deuda que ellos mismos contraieron con sus pecados; y hasta para aquellos mismos que habían clavado en la cruz a Jesús, si querían reconciliarse con El.

El corazón de María quedó atravesado con una nueva espada; pero imitó la generosidad de Jesús moribundo; aceptó el sacrificio, y quedó constituida dispensadora del tesoro de la Redención para todos sus nuevos hijos. Y Jesucristo, nuestro hermano mayor, dispuso desde entonces que todas las gracias que en su infinita bondad hubiera de dispensar en lo sucesivo al género humano y a cada uno de los hombres, pasasen por las manos de nuestra Madre común, la Virgen Santísima, de modo que sin su mediación no hayamos de conseguir gracia alguna del Señor, y con ella podamos alcanzarlas todas.

Tal fué el sentido en que la Santa Iglesia entendió siempre

este pasaje del Evangelio, y tal la significación que tiene la doctrina de la Mediación Universal de María, de la que confiadamente cabe esperar que en día no lejano habrá de ser declarada dogma de Fe, y cuya fiesta celebra ya toda la Iglesia el 31 de mayo, como coronación del mes dedicado a la Virgen, recordando en el Evangelio de la Misa de aquel día la escena del Calvario que acabamos de describir.

En relación con tal privilegio de la Madre de Dios y Madre nuestra celestial, nos proponemos exponer en este capítulo numerosos prodigios que demuestran que la devoción a María, bajo múltiples formas y prácticas piadosas, es y ha sido siempre fuente de toda gracia para el pueblo cristiano.

Primeramente estudiaremos la invocación de "Reina de los Santos" con que la Iglesia saluda a María como tesoro y dechado de toda santidad y como especial protectora a la que deben la suya los bienaventurados a quienes veneramos en los altares.

Expondremos después la eficacia maravillosa de algunas devociones marianas difundidas por toda la cristiandad, como son el Santo Rosario, el Escapulario del Carmen, la Medalla Milagrosa y las Tres Avemarias.

Haremos luego el estudio crítico, por vía de ejemplo, de un gran milagro de la Virgen, en el que concedió un favor temporal, y terminaremos el capítulo con algunas reflexiones sobre el valor apologético del milagro y su constancia en la historia de la Iglesia hasta los tiempos actuales.

2.—LA REINA DE LOS SANTOS

Si María es la Medianera de todas las gracias, a Ella tienen que deber su santidad los taumaturgos a quienes veneramos en los altares. La lectura de las vidas de los Santos convence de esta verdad. Podríamos también citar muchas revelaciones que lo confirman, sobre todo en las vidas de los Fundadores de Ordenes Religiosas; porque a unos les dictó la Regla de la Fundación; a otros les enseñó el modelo del Hábito que debía adoptar el Orden, y a muchos les anunció expresamente que por su mano les vendría el auxilio necesario para el éxito de la empresa.

La Iglesia concluye la Letanía Lauretana llamando a María "Reina" de cada una de las categorías de Santos. La llama "Reina de los Apóstoles", que fueron los primeros taumaturgos del Cristianismo. El que intentare negar la verdad de los milagros que nos refiere San Lucas en los "Hechos de los Após-

toles" y de los que se leen en las Actas de los Mártires, no podrá explicar el fenómeno de la conversión del mundo. Por eso decía Dante, repitiendo el argumento de Tertuliano:

Se il mondo se rivolve al Cristianesimo

Diss'io, senza miraculi, quest'uno

El tal, che gli altri non sono el centesimo (1).

Para convencernos de la fuerza de este argumento, podemos comenzar aplicándolo a los milagros de Jesucristo; porque, al ver que todos los Apóstoles y Evangelistas padecieron el martirio en defensa de la divinidad de su Maestro, tenemos que suponer que esta fe nacía de las pruebas que Cristo les había dado de ella; es decir, de los milagros con que la había confirmado. Pues bien; si nos convence de la verdad de los Evangelios el martirio que sufrieron sus autores y todos los Apóstoles, igual fuerza probatoria tendrá sobre nosotros la contemplación de los mártires que derramaron su sangre en los primeros siglos de la Iglesia.

Durante este tiempo hubo diez Emperadores que decretaron la muerte de todos los cristianos, y bajo los edictos de Nerón, Domiciano, Trajano, Antonino-Vero, Severo, Maximino, Decio, Valeriano, Aureliano y Diocleciano se contaron los mártires por millones en todo el imperio de los Césares.

A pesar de esto, las conversiones se multiplicaban constantemente; y tenía que suceder así, porque fueron muchas las veces en que el agua se negaba a ahogar en sus ondas a los discípulos de Jesús, las fieras azuzadas en el Circo para devorarlos se postraban a sus pies, los instrumentos del suplicio y los ídolos de los falsos dioses se hacían pedazos ante sus oraciones; y a la vista de estos prodigios se convertían hasta los mismos verdugos y pedían el martirio en compañía de aquellos a quienes iban a sacrificar.

Muchos de estos asombrosos milagros de la época de las persecuciones han quedado consignados en las Actas de los Mártires, que no han podido ser impugnadas, a pesar de haber pasado por el crisol de la crítica más severa a que las han sometido autores poco sospechosos de excesiva credulidad, entre los que se cuentan: Mabillon, Baillet, Fleuri, Natal Alejandro, Ruinart, Papebroche, Holstenio y Tillemont.

"Durante la persecución vandálica, el Rey Hunnerico dió orden de que a los confesores de Cristo les fuesen cortadas las manos y arrancadas las lenguas. Hecho esto, por gracia del

(1) Si el mundo se convirtió al Cristianismo sin milagros, esto sólo es ya un milagro tan grande que los demás no son ni la centésima parte.

Espíritu Santo, los mártires de Cristo, meneando los labios, formaban palabras con igual facilidad que antes. "Ahí está en Constantinopla, el Diácono Reparato, uno de ellos, que perora sin embarazo y con mucha elegancia", escribía Víctor Obispo Vitense. Eneas de Gaza, contemporáneo de Víctor, en un diálogo que intituló "Theophrastus", celebra estos confesores africanos, testificando que, después de cortadas de raíz las lenguas por el tirano, los vió y oyó cómo articulaban, y no pudiendo con el asombro, les registró las bocas, y visto que les faltaban las lenguas, no tanto se maravilló de que hablasen cuanto de que no hubiesen muerto con tan cruel carnicería. Procopio de Cesarea confirma la relación; y el Emperador Justiniano, Marcelino; Víctor, Obispo de Tonno; San Gregorio, Papa, en sus "Diálogos", van acordes en relatar este suceso. Todos, menos San Gregorio, fueron testigos de vista o contemporáneos...; todos testifican estas dos cosas: que les fueron arrancadas las lenguas desde la faringe y que decían palabras sin dificultad, con toda perfección" (1).

De lo expuesto se deduce que la conversión del mundo en los primeros siglos de la era cristiana no fué el milagro moral que se necesitaba, según decían Tertuliano y Dante, para que este triunfo se lograra sin prodigios que acreditaran la verdad de la doctrina cristiana. Fué, por el contrario, consecuencia lógica de la multitud de portentos con los que Dios hizo ver a los hombres cuál era la verdadera religión revelada.

Aunque en el siglo IV era ya el cristianismo la religión del antiguo imperio romano y se había extendido también por los países que vivían bajo su influencia, quedaban todavía muchas naciones sin evangelizar, y para traerlas a la Iglesia se necesitaban nuevos taumaturgos. Por otra parte, aun dentro de las naciones que abrazaron la fe cristiana ha querido conservar Nuestro Señor en sus Santos el privilegio de hacer milagros. De aquí que podamos escoger cualquiera de los siglos que van desde el IV hasta el actual, en la seguridad de encontrar en él centenares de Santos canonizados por los prodigios que obraron.

Ningún medio será, por tanto, mejor para demostrar esta afirmación que hacer ver que la Iglesia sólo admite para la canonización de sus Santos aquellos hechos milagrosos que están perfectamente probados.

He aquí un caso que demuestra cuán riguroso es este examen. Está tomado de la vida de San Francisco de Regis, es-

(1) P. Juan Mir, S. J. "El Milagro", tomo 2.º, pág. 518, en donde se cita el lugar de las cinco obras en que estos escritores narran el suceso.

crita por el Padre Daubenton, que fué Postulador de la causa de canonización. Un Monseñor de la Curia Romana era amigo de un caballero inglés, calvinista, al cual le dió a leer las actas del proceso de canonización. Se discutía en ellas la aprobación de varios milagros; el caballero leyó con sumo interés las pruebas aducidas, y devolvió los papeles al Monseñor diciéndole: "Esta sí que es manera segura de probar los milagros. Si la verdad de todos los que la Iglesia Romana pregonan se apoyase en instrumentos tan ciertos y auténticos, no podríamos burlarnos de los milagros que nos vendéis". "Pues ha de saber vuesa merced, le respondió el Monseñor, que de todos esos milagros que le han parecido tan sólidamente probados, ni uno sólo mereció la aprobación de la Sagrada Congregación, por no parecerle suficientes las pruebas". Atónito y espantado el calvinista, tuvo que reconocer que sólo de mala fe o por ignorancia de cómo se examinan los hechos en los procesos de canonización, se podían discutir los milagros que aprueba la Iglesia.

Si se quiere conocer algún ejemplo de estas actas de canonización, puede verse el tratado "De Servorum Dei beatificatione", publicado por el Cardenal Lambertini, que después fué Papa con el nombre de Benedicto XIV, en donde el autor nos cuenta que, por su cargo de Promotor de la fe, tuvo que intervenir en el proceso de canonización del Párroco de Mattaintcourt, Pedro Fourier, muerto en 1640. Uno de los muchos milagros que se examinaron en este proceso fué la resurrección de los dos hijos de Teodoro de Huz, Magistrado de Toul. Eran dos niños de seis y cuatro años, que cierto día que estaban en Toul jugando junto a un carro cargado con un gran barril de vino, lo empujaron en forma que se les cayó encima aplastándoles el cuello y el pecho. Cuando llegó el carretero, llevaban tres horas debajo del carro. Como éste no pudiese con solas sus fuerzas levantar tanto peso, tuvo que buscar quien le ayudase. Estaban ambos niños yertos de frío, lívidos los rostros, las lenguas fuera de la boca, los labios cubiertos de espuma y rotos los huesos del pecho. El médico y el cirujano, al verlos sin movimiento, los sangraron sin lograr sacarles gota de sangre; les echaron cordiales en la boca; los envolvieron en sábanas mojadas con vino caliente y en pieles de carneros desollados; pero todo fué inútil, pues no se consiguió que diese ninguno de ellos señales de vida. Pero vino su madre; les puso en la cabeza un solideo que había usado en vida Pedro Fourier, e inmediatamente abrieron los ojos, se levantaron y fueron a la iglesia a dar gracias a Dios al otro día, porque aquel ya era tarde para ir a ella. De la iglesia marcharon a la es-

cuela sin rastro de fractura de los huesos rotos ni incomodidad alguna. Pues bien; a pesar de tratarse de un milagro tan evidente, el futuro Papa, entonces Cardenal Lambertini, nos hace la relación de las muchas dificultades que encontró su aprobación.

Hay que reconocer, sin embargo, cuán frecuente es que las personas piadosas se aparten de la prudencia de la Curia Romana, y para dar mayor interés a sus relatos, prescindan de la explicación natural de las cosas o se hagan eco otras veces de portentos novelescos, contribuyendo con esto a que los enemigos de nuestra fe tomen pie de estos abusos para medir todos los hechos portentosos con un mismo rasero y consigan que, aun entre los mismos católicos, se miren con desdén y desconfianza todas las relaciones de fenómenos sobrenaturales.

Para evitar este escollo, podemos contentarnos con los milagros aprobados en los procesos de canonización, añadiendo solamente los que fueron muy públicos, si están narrados por contemporáneos dignos de crédito.

Estas dos condiciones las reúnen muchos de los realizados por Santos de Ordenes Religiosas, y que están atestiguados por sus compañeros de Religión o por los fieles que oían sus sermones. En este caso están los de taumaturgos tan esclarecidos como San Benito, San Agustín, San Bernardo, San Francisco de Asís, San Francisco de Paula, San José Cupertino, San Alfonso María de Ligorio, San Pablo de la Cruz y otros muchos, entre los cuales vamos a escoger solamente dos españoles: San Vicente Ferrer y San Francisco Javier.

Del primero dice el Padre Mir, en su citada obra "El Milagro" (tomo 2.º, pág. 628): "San Vicente fué el pasmo del orbe, por los milagros que obró. Cosa singular era que hablando su dialecto valenciano le entendiesen griegos, sardos, húngaros, bretones, alemanes, ingleses, franceses, italianos, como si les hablara en sus idiomas propios. Dotóle Dios del don de profecía, que le mostraba con claridad cosas ausentes y ocultas, y aun le rompía el velo que cubre el interior de las almas. La gracia de hacer milagros fué también señaladísima. En solo cuatro procesos se cuentan ochocientos sesenta, no comprendidos los de España, que salen de cuenta. Tuvo particular eficacia en arrojar demonios de los cuerpos; santiguaba las tempestades, y en un punto se deshacían; paralíticos, sordos, mudos, epilépticos, ciegos, dementes, se sentían con entera salud a su presencia a muy poca costa. En una ocasión alimentó con quince panes a dos mil hombres; finalmente, restituyó en público a cadáveres helados el vigor que antes tenían. A la luz de tantos resplandores amanecían arrepentidos moros y ju-

dios a miles, y alentados a penitencia grandes pecadores, con cuyas conversiones se mudó en breve tiempo la faz de Europa".

En la Bula de canonización de San Francisco Javier se leen estas palabras: "De repente, enseñado por Dios, hablaba lenguas que antes no sabía de naciones desconocidas, elocuentísimamente como si se hubiese criado en aquellas tierras; y tal vez había acontecido que, predicando el Santo a pueblos de diversas naciones, con estupor y pasmo le oyese cada uno a un mismo tiempo hablar las grandezas de Dios en la propia lengua en que cada uno había nacido". "Todos los elementos, dicen los Jueces de la Rota, fueron testigos y pregoneros de su santidad. Hacía la señal de la cruz sobre vasijas de agua salada y ésta se volvía dulce y de peregrino sabor; salían a manadas los tigres a comerse las criaturas, y él, echándoles agua bendita, los ahuyentaba y exterminaba; fué visto por cincuenta testigos en dos naves a un tiempo, multiplicando presencias, tocaba los enfermos con sus manos y recibían salud; por mano de niños enviaba cruces, rosarios, cualquier cosa, y remediábanse en el acto necesidades extremas; tomaba de las manos a los cadáveres y los muertos resucitaban". "Los muertos a quienes devolvió la primera lozania son sin disputa veinte, aprobados en los procesos de canonización. Fuera de éstos resultan cuarenta y ocho, según relaciones fidedignas. Pero yo creo que son muchos más, dice el Padre García, porque en los procesos de Cochín, Malaca, Bacáin y Goa se repite varias veces ser fama común y cierta que resucitó muchos en la costa de la Pesquería, muchos en Malaca y muchos en Japón, y otros testigos universalmente deponen que creían haber sido muchísimos, y con todo eso son pocos los que sabemos en particular de estas partes, que son los que entran en la cuenta que hemos hecho". (P. Juan Mir. "El Milagro", tomo 2.º, página 637.)

Para persuadirnos de más particular manera de la Mediación de María en los prodigios de los dos taumaturgos españoles de que acabamos de hablar, bástenos saber que San Vicente era hijo, en Religión, de Santo Domingo de Guzmán, fundador de la Orden divulgadora del Santo Rosario, y San Francisco Javier afirmaba que encontraba rebeldes a los infieles mientras no les enseñaba la imagen de María con la de Jesús.

3.—LA MADRE DE PECADORES

Es costumbre en los pueblos de Oriente intercalar fábulas o cuentos en la exposición de sus doctrinas, para hacerlas más amenas y fáciles de comprender. Jesucristo siguió esta prác-

tica, valiéndose de parábolas, entre las que es muy célebre la del Hijo Pródigo.

Para explicar a sus oyentes el afán que siente Dios por acoger y perdonar a los pecadores, empleó tres parábolas. En la primera establece la comparación con un pastor al que se le ha perdido una oveja y que, así que la encuentra, la trae sobre sus hombros al redil. En la segunda afirma la semejanza con el ansia que siente una pobre mujer al buscar una moneda que ha perdido.

Después de exponer estas dos parábolas, el P. Remigio Villarino, en su célebre Vida de Nuestro Señor Jesucristo, llega a la del Hijo Pródigo y dice: "Y en fin, para completar aquella misma doctrina, dijo aquella preciosísima y sin igual parábola del hijo pródigo, idea divina, parábola dulcísima, retrato el más amable de la misericordia de Dios, consuelo de todos los pecadores, imagen acabada de la ruindad y degradación del hombre que huye de Dios, y de la magnanimidad y estupenda caridad de Nuestro Señor que lo redime. No son las palabras de un hombre que se figura cómo ha de ser la bondad divina; no son encarecimientos de un predicador que quiere inspirar confianza a su auditorio; no son visiones de una alma blanda y cariñosa que se imagina la bondad del Señor como ella quiere; no. Son palabras de Dios, son aseveraciones del Señor ofendido por los pecadores, son escrituras hechas con la más generosa sangre del Corazón divino. Voy a poner la parábola y voy a ponerla sin cambiar un ápice del texto evangélico, para que sepamos todos los pecadores cómo nos quiere tratar Dios, cómo le tratamos nosotros a El, lo que sin El somos y lo que con El podemos ser. Toda la historia del corazón humano está en esta preciosa parábola. Decía así: "Un hombre tenía dos hijos. —Y dijo el menor de ellos al padre: Padre, dame la parte de la hacienda que me corresponde. —Y les repartió la hacienda. —Y al cabo de no muchos días el hijo menor, habiendo recogido todas sus cosas, se fué a una tierra lejana, y allí malbarató su hacienda viviendo licenciosamente. —Cuando había gastado todo, hubo en aquella tierra una gran hambre, y él empezó a pasar necesidad. —Y se fué y se allegó a uno de los ciudadanos de aquella tierra, el cual le envió a sus dehesas a guardar puercos. —Y estaba deseando llenar su vientre de las bellotas que comían los puercos, y nadie se las daba. —Entretanto, pues, dentro de sí, dijo: ¡A cuántos jornaleros de mi padre les sobra pan! ¡Y yo aquí me muero de hambre! Voy a levantarme, voy a ir a mi padre y a decirle: Padre, he pecado contra el cielo y delante de ti; ya no soy digno de llamarme hijo tuyo; recíbeme como uno de tus jornaleros. —Y

se levantó y vino a su padre. —Y cuando aún estaba lejos le vió su padre, y se conmovió de misericordia, y corriendo hacia él se le echó al cuello y le besó. —Y le dijo el hijo: ¡Padre! he pecado contra el cielo y delante de ti. Ya no soy digno de llamarme hijo tuyo... —Mas el padre dijo a sus criados: ¡Pronto!; traed el mejor vestido y vestídselo, y poned un anillo en su mano, y calzado en sus pies, y traed el novillo cebado y matadlo; porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido, estaba perdido y ha sido hallado. —Y comenzaron el festín" (1).

Continúa Jesucristo su parábola diciendo que llegó de fuera el hijo mayor y se enfadó porque vió que a su hermano, el pródigo, lo honraban más que a él, que siempre había sido bueno.

Muy justos son los encomios que hace el P. Vilariño de la parábola; pero la misericordia de Dios con los pecadores va más allá que la que tuvo el padre del hijo pródigo.

Jesucristo hace más que él, pero no quiso exponer en la parábola el extremo hasta donde pensaba llegar. Si hubiera querido decirlo, hubiese podido concluir su relato en una forma parecida a ésta: "Y mirando cómo se hartaban los cerdos de las bellotas que a él no le dejaban comer, se acordó de la casa de su padre. Levantó los ojos y vió que venían hacia él su madre y su hermano mayor, que le decían: Tu padre nos ha dado el anillo y el vestido que hemos de ponerte, como prendas de que sigues siendo hijo suyo, y nos ha dicho cómo le has de hablar cuando llegues a su presencia".

Esto es, en efecto, lo que hace nuestro Padre Celestial, valiéndose de la Virgen Madre de Pecadores y de nuestros hermanos mayores, los Santos.

Unas veces se presenta María acompañada de Santo Domingo, para recomendarnos el Rosario; otras, con San Simón Stock, trayéndonos el vestido de su escapulario del Carmen; se aparece a Sor Catalina Labouré, para ofrecernos su Medalla Milagrosa; le explica a Santa Matilde la manera cómo hemos de valerlos de la devoción de las Tres Avemarias; y en todas estas ocasiones hace que los milagros confirmen la verdad de sus apariciones y de sus promesas.

4.—EL ROSARIO

Cuando Santo Domingo de Guzmán ardía en deseos de convertir a los herejes albigenses y pedía a la Santísima Virgen

(1) P. Remigio Vilariño, S. J., "Vida de N. S. Jesucristo", 6.ª edición, pág. 447.

que le alcanzase esta gracia de su divino Hijo, le reveló Nuestra Señora que el medio más eficaz de conseguir su intento sería la propagación del rezo de su Santo Rosario.

Fácil es comprender la belleza de esta devoción, pues se juntan en ella las oraciones vocales más hermosas que tiene la Iglesia, que son el Padrenuestro y el Avemaría, con la meditación de los principales misterios de la Vida, Pasión y Resurrección del Señor. Por eso se dice que el Rosario es para el común de los fieles lo que es el Divino Oficio para los clérigos.

Después de encargar la Reina del Cielo a Santo Domingo, en el siglo XIII, la propagación del Rosario, hizo a fines del siglo XV, al Beato Alano, Dominicó, grandes promesas en favor de los que practicasen esta devoción, que había decaído mucho de aquel fervor a que la habían llevado las predicaciones y prodigios del santo Fundador. Se apareció la Virgen al Beato, le colocó un Rosario en el cuello y le dijo: "Cuando mi siervo Domingo propagó la devoción de este rezo, fué tal la reforma del mundo, que parecía que los hombres se habían convertido en ángeles, y no era considerado como buen cristiano el que no lo rezase. Tengo gran deseo de la salvación de todos los fieles, y la podrán conseguir fácilmente con el Rosario".

Dicen las crónicas que el Beato Alano fué fiel instrumento de las órdenes que le dió la Reina del Cielo. Consagró quince años a poner en ejecución los planes de Dios, abrasado por el celo de la salvación de las almas y haciendo grandes prodigios, hasta conseguir que esta devoción alcanzase gran parte de su antiguo esplendor; pero, como las malas inclinaciones del linaje humano lo llevan siempre a apartarse de las cosas santas, fué necesario que los Sumos Pontífices encareciesen a los fieles la práctica de esta devoción, consagrando a ella de un modo especial el mes de octubre y enriqueciéndola con indulgencias.

Dice el Abate Texier que León XIII, "impresionado por la vida y escritos del Beato Luis María Grignon de Monfort, cuya beatificación preparaba, se sintió vehementemente movido a predicar a la Cristiandad el Santísimo Rosario".

Copiemos, por tanto, un párrafo de la obra más célebre de dicho Beato, titulada "El secreto admirable del Santísimo Rosario, para convertirse y salvarse".

Hemos de advertir antes, que cuando habla aquí de la salvación de los pecadores, no se entiende de aquellos que hacen paces con su pecado, sino de los que luchan para vencerlo.

"Si sois fieles, dice el Beato Luis, en rezar devotamente el Rosario hasta la muerte..., a pesar de la enormidad de vuestros pecados, creedme: recibiréis una corona de gloria que no se marchitará jamás. Aun cuando os hallaseis en el borde del abis-

mo, o tuvieseis ya un pie en el infierno; aunque hubieseis vendido vuestra alma al diablo; aunque fueseis un hereje endurecido y obstinado como un demonio..., tarde o temprano os convertiréis y os salvaréis con tal que (lo repito y notad las palabras y los términos de mi consejo) recéis devotamente todos los días el Santo Rosario hasta la muerte, para conocer la verdad y lograr la contrición y el perdón de vuestros pecados.”

Como en estos tiempos de indiferencia se hace poco caso de estas promesas y de las hechas a Santo Domingo, quiso la Virgen María mandarnos nuevos embajadores; y Ella, que tiene tanto gusto en valerse de los humildes, lo mismo que escogió en Lourdes a Bernardita y en los montes de la Saleta a Maximino y Melania, eligió también en la aldea portuguesa de Fátima a tres pobres pastorcillos como instrumentos de la renovación de esta devoción admirable.

NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO DE FATIMA

El soberbio monasterio portugués de Batalha, situado a cien kilómetros al Norte de Lisboa, tienen un origen parecido al español de El Escorial. Este lo erigió Felipe II, en acción de gracias por su victoria sobre los franceses en San Quintín; aquél lo edificó Juan I de Portugal, para cumplir el voto hecho a la Virgen de las Victorias el 14 de agosto de 1385, en que tuvo que luchar en Aljubarrota con un ejército castellano muy superior al suyo. Gloriosa fué su victoria y espléndido también el monasterio, cuyos primeros moradores fueron los frailes de Santo Domingo.

A ellos se debe la devoción al Rosario que se conserva aún en la comarca, a la cual pertenece la pequeña feligresía de Fátima, célebre ahora por los sucesos de estos últimos años que vamos a narrar.

Se encuentra este pueblecito en las estribaciones de la Sierra de Aire, perteneciendo en lo civil a la jurisdicción de Vila-nova de Ourém, y, en lo eclesiástico, a la diócesis de Leiría. Uno de los grupos de casas que constituyen la parroquia, es la aldea de Aljustrel, a poco más de dos kilómetros de la iglesia parroquial.

El 13 de mayo de 1917 tres pastorcitos de esta aldea estaban guardando sus rebaños de ovejas. Eran los hermanos Francisco y Jacinta Marto, de nueve y siete años, respectivamente, acompañados de su prima Lucía de Jesús, que ya contaba diez. Ninguno sabía leer, y sólo Lucía había hecho la primera comunión.

Después de reunir los rebaños de las dos casas, los habían

llevado a pacer a una finca de Lucía, en el sitio llamado “Cova de Iria”. Tenían costumbre de rezar juntos el Rosario, y así lo habían hecho aquel día. Serían las doce cuando concluyeron su rezo y trataron de entretener el tiempo juntando piedras para hacer una choza.

Al empezar su trabajo se vieron sorprendidos por un gran resplandor. Aunque en el cielo no había nubes, temió Lucía que fuese el principio de una tormenta y aconsejó a sus primos volver a casa con las ovejas. Dejaron precipitadamente la construcción de la choza y emprendieron el descenso de la colina, llevando delante sus rebaños. Un nuevo resplandor los obliga a detenerse. Muy cerca de ellos, sobre una pequeña encina, entre resplandores de luz, ven una Señora; tratan de huir, pero Ella los tranquiliza diciéndoles: “No temáis, que no os haré daño alguno”.

La aparición representaba unos dieciocho años; su vestido era blanco como la nieve; un manto, orlado de oro, le cubría la cabeza y la mayor parte del cuerpo. Su bellissimo rostro tenía cierta sombra de tristeza. De todo su cuerpo, rodeado de una luz más hermosa que la del sol, salían brillantes destellos; tenía las manos juntas a la altura del pecho, y en ellas llevaba un Rosario.

Lucía, perdido ya el miedo, se atrevió a preguntarle qué quería. La Señora le declara que viene del cielo y que, antes de manifestarles el objeto de su venida, desea que durante medio año vuelvan a aquel sitio los días trece de cada mes. Al oír hablar del cielo y ver la amabilidad de su celestial confidente, se atrevió a preguntar la niña si algún día iría ella también a él. Como la Señora le contestase que sí, preguntó si les esperaba la misma suerte a Jacinta y Francisco. La respuesta fué también favorable.

Después de este diálogo desapareció la Señora, alejándose por el aire hacia Oriente. Francisco, aunque había sido testigo de la escena, no percibía la conversación. Jacinta oía, sin tomar parte en ella. Lucía, que era la única que conferenciaba con la Señora, encargó a sus primos que guardasen silencio de lo ocurrido y trató, por su parte, de disimular la emoción; pero los primitos no supieron cumplir el encargo, y se apresuraron a contar todo a sus madres. Como éstos se lo contasen a la madre de Lucía, la niña tuvo que referir entonces a su madre, con toda sinceridad, cuanto había ocurrido.

Muchos vecinos de la aldea de Aljustrel, así que se divulgó el suceso, trataron a los niños de embusteros, y hasta los padres de Jacinta y Francisco dieron tan poca importancia a los dichos de sus hijos, que el 13 de junio, día señalado para la

segunda aparición, fueron a la feria de Porto de Mos, sin preocuparse de asistir a la cita que a los niños diera la Señora aparecida.

No faltaron, sin embargo, cuatro docenas de curiosos que fueron testigos de la actitud de los videntes. Llegaron éstos a Cova de Iria antes del mediodía y empezaron por rezar el Rosario. A las doce, según había anunciado, se presentó la Señora. La conversación era con Lucía; Jacinta oía, sin tomar parte en ella; Francisco veía pero nada oía, por lo cual las dos niñas tuvieron que enseñarle esta oración que les había revelado la celestial Señora: "¡Oh, mi Jesús! Perdónanos nuestros pecados: libranos del fuego del infierno, y alivia a las almas del Purgatorio, especialmente a las más abandonadas". Además de enseñarles la oración, la aparecida les descubrió un secreto; pero los niños lo han guardado con tal fidelidad, que nada se sabe de él.

La entrevista duró diez minutos próximamente. Los testigos no salieron defraudados; porque, aunque no veían ni oían a la Señora, les bastó observar la actitud de los niños para convenirse de que no se trataba de una novela.

Este convencimiento fué tan absoluto que el 13 de julio eran cerca de cinco mil los que presenciaron la tercera entrevista. Lucía rogó a la Señora que hiciese algún milagro, para que la gente creyese la verdad de las apariciones, y la Señora le prometió hacerlo en la última, que había de verificarse en el mes de octubre, consagrado al Rosario. Le recomendó, además, que lo rezasen pidiendo la conclusión de la guerra, porque "sólo Ella podía ayudarles".

Desde la tercera aparición empezó la Prensa a ocuparse de los sucesos de Cova de Iria. La semejanza que guardaban con los de Lourdes se acentuaba cada vez más. Se achacaba todo a sugestión, tratando el asunto la mayor parte de los articulistas con desdén y escepticismo. A pesar de esto, el número de espectadores iba en aumento. El 13 de agosto eran unos 18.000; pero en esta ocasión quedaron completamente defraudados, porque el administrador de Vila Nova de Ourem, imitando la conducta de Jacomet en Lourdes, quiso impedir las apariciones. Invitó a los niños a que subiesen a su coche, diciéndoles que los llevaría a Cova de Iria; pero, así que los tuvo en su poder, los trasladó a su casa, en la que los retuvo dos días, acosándolos a preguntas y tendiéndoles lazos, para conseguir que se desdijesen o cayesen en alguna contradicción. Su esposa, en cambio, trató con maternal cariño a sus simpáticos huéspedes, hasta que, cansado el marido de la inutilidad de sus esfuerzos, los devolvió a sus casas.

No quedaron, sin embargo, privados los pastorcillos de la visita correspondiente al mes de agosto, porque el día 19, hallándose los tres juntos guardando sus ganados en el sitio llamado Valinhos (pequeños valles), se les presentó la Señora. Se quejó de la conducta del administrador y les dijo que su funesta intervención sería causa de que el milagro de octubre no fuese tan resonante. Como muchos devotos habían depositado sus ofrendas al pie de la pequeña encina en que habían tenido lugar las anteriores apariciones, preguntó Lucía a la Señora qué debían hacer con ellas: "Que se hagan dos andas—le contestó—; tú, con otras tres niñas, vestidas todas de blanco, llevarás una. Francisco, con otros tres niños, vestidos también con capuchones blancos, llevará la otra". Le pidió también Lucía que curase a los enfermos, y la Señora le prometió que curaría a algunos.

El milagro grande estaba anunciado para el 13 de octubre; pero ya el 13 de septiembre, en que el número de asistentes devotos y curiosos era de unos 30.000, se vió una nube que, como columna de incienso, envolvía la encina durante el tiempo de la aparición; el sol perdió su claridad, y las nubes blancas que había a su alrededor fueron tomando sucesivamente los colores rojo, rosa y amarillo.

* * *

El monte de Cova de Iria no es sitio que convide a pasar en él una noche al raso a mediados de octubre, sobre todo cuando el estado del cielo hace temer un temporal de lluvia; pero los peregrinos que habían venido de lejos y no disponían de automóvil, se resignaron a pernoctar sobre el fango, calados por la lluvia hasta los huesos, a cambio de presenciar desde buen sitio el prometido milagro. Ni las burlas de la Prensa impía, ni las amenazas de la tempestad fueron bastantes a impedir que por toda la tarde del día 12 se viesen los caminos conducentes al lugar de las apariciones cubiertos de viajeros, cargados muchos de ellos con el equipaje indispensable para sufrir durante la noche las inclemencias del tiempo.

El día 13 amaneció borrascoso; la lluvia se hacía cada vez más intensa, hasta llegar a ser torrencial; pero la afluencia de peregrinos iba también en aumento, hasta alcanzar la cifra de 70.000, en que se calcula el número de los que presenciaron el prodigio de este día.

A las doce llegaron los tres videntes al lugar de la encina, de la que sólo quedaba el tronco, porque las ramas habían desaparecido como reliquias, llevadas por devotos y curiosos. Lucía mandó que se cerrasen los paraguas; obedeció aquel inmen-

so gentío y empezó a cesar la lluvia. Se arrodillan los niños ante los restos del árbol, y mientras el público contempla asombrado las milagrosas columnas de humo que se elevan sobre el lugar de la aparición, son favorecidos por sexta vez los tres pastorcillos con la visita de su celestial confidente, que les declara ser "Nuestra Señora del Rosario". Después se les aparecen también Nuestro Señor y San José.

Lucía se dirige por segunda vez a la muchedumbre diciendo: "Mirad hacia el sol". Se rasgan entonces las nubes y aparece el astro del día rodeado de los colores del arco-iris, dando vueltas con velocidad vertiginosa, como si fuese una rueda de fuegos artificiales. Por tres veces se repitió este "baile del sol"; después se le vió hacer un movimiento como si se acercase a la tierra, para precipitarse sobre la multitud que contemplaba el prodigio. Muchos lloraban, otros rezaban hincados de rodillas, y casi todos exclamaban aterrados: "¡Milagro! ¡Milagro!" (1).

Para que sea más completa la analogía entre Lourdes y Fátima, hay también aquí una fuente milagrosa y se celebra la procesión del Santísimo, que pasa entre las filas de enfermos. "La Voz de Fátima" publica en todos sus números narraciones de curaciones sorprendentes y trae con frecuencia los retratos de los enfermos y los certificados de los médicos que los recono-

(1) No se crea que este portentoso sea un caso sin precedentes. En Migné, diócesis de Poitiers, el 17 de diciembre de 1826, estando el cielo sereno, vióse una cruz resplandeciente sobre la iglesia parroquial con ocasión de una función religiosa que se había celebrado. Era la cruz de un color blanco plateado, de unos cincuenta metros de altura, muy regular y bien formada. Por espacio de media hora la contemplaron tres mil personas, muchas de las cuales fueron llamadas a declarar en el expediente que se abrió para dar sentencia eclesiástica sobre la naturaleza del prodigio, que fué declarado milagroso por muchos obispos y aprobado por S. S. León XIII. (Breve "Allata iam", de 18 de abril de 1827. "Etsi maximi", 18 agosto 1827.) También pueden verse sucesos semejantes referidos por Spondano en el siglo XVI.

Remontándonos más siglos atrás, se encuentra el célebre milagro de la cruz que apareció sobre Jerusalén el 7 de mayo del año 351. San Cirilo, que era entonces el Obispo, escribió aquel mismo día una carta al Emperador Constantino, dándole cuenta de tan señalado milagro; en ella, refiriéndose a la cruz, le decía: "...la ciudad entera se recreó con su figura evidéntisima, dejándose contemplar por largas horas, con luz tan intensa, que dominaba la del sol."

Volviendo al suceso de Fátima, debemos tener presente que no se puede atribuir a alucinación colectiva; pues, como dice muy bien a este propósito el Prelado en la Carta Magna en que declara dignos de crédito los sucesos de Fátima, hay testigos que presenciaron las señales del sol desde lugares apartados varios kilómetros de Cova de Iria. No fué, sin embargo, un fenómeno tan general que lo percibiesen los observatorios astronómicos situados a mayor distancia.

cen, porque también se verifican en Fátima estas comprobaciones.

El P. Olegario Corral, S. J., al ocuparse de los sucesos de Cova de Iria, en un artículo publicado en "Sal Terrae" (enero de 1929), da cuenta de algunas curaciones copiadas al azar de "Voz de Fátima", y después dice: "Ahora mismo, estando yo escribiendo estas líneas, recibo "Novidades", periódico de Portugal, número 22 de noviembre de 1928, el cual narra un suceso de estas curaciones que acaba de suceder y lo testifica el mismo médico. Trátase de una señora, esposa del señor Teixeira, funcionario superior de Hacienda pública en Oporto, llamada doña María Margarita Malheiro. Sufrió hacía diez años una afección cutánea, que le había producido quinientos tumores. Además tenía una úlcera en el estómago. La ciencia era impotente para curarla. La señora pone toda su confianza en Dios y en la Santísima Virgen de Fátima. Va en peregrinación a ella, con grande confianza en su curación. "A la vuelta, dice el médico, quedé asombrado: estaba completamente curada, sin conservar siquiera vestigios de la afección cutánea ni de la úlcera del estómago. Y el doctor autoriza para que se haga público su testimonio".

* * *

La devoción de los portugueses a la Virgen de Fátima ha transformado las costumbres. Los días 13 de cada mes se celebran grandes fiestas, en las que los fieles dan pruebas de su ardiente piedad y talento organizador. Al esplendor de estas funciones contribuye poderosamente el señor Obispo diocesano, que en su Carta Magna de 13 de octubre de 1930, después de una laboriosa información, en la que fueron examinados gran número de testigos, declaró dignas de crédito las visiones de los pastores de Cova de Iria, permitiendo oficialmente el culto de Nuestra Señora del Rosario de Fátima.

No se apoya solamente el señor Obispo de Leiria en las declaraciones de los testigos del prodigio, sino también en la conducta de los pastorcillos y de sus familias. Hemos visto que en Lourdes y en Kommersreuth el modo de proceder de Bernardita y de Teresa y el de sus familias son garantía de que no se trata de ficciones humanas; se ve en todos estos sitios la mano de Dios; y esta divina intervención se confirma con las maravillas de la divina gracia, porque son muchos, como dice el señor Obispo, "los corazones extraviados que han encontrado allí el perdón, y los incrédulos e indiferentes que recobraron allí la fe de sus padres". Pondera también la "resignación que manifiestan los enfermos, aunque no hayan obtenido la cura de sus

males físicos”, y exclama: “¡Ah!, ¡si los confesonarios de Fátima no estuviesen rigurosamente sellados por el sigilo sacramental, siempre inviolable, qué prodigios de gracia no nos contarían!”

Hasta qué punto es verdad lo que afirma el Prelado nos lo dice el número de peregrinos y el de comuniones. El primero ha llegado algún día a 200.000 y el de comuniones a 33.000. Lo confirma también la generosidad de los donativos: Se ha construido una capilla, para que puedan celebrar la santa Misa los numerosos sacerdotes que forman parte de las peregrinaciones, y un hospital para los enfermos que van en ellas. En él está instalada la Oficina de Comprobaciones Médicas. Está también en construcción la Basílica, cuyos quince altares representan los quince misterios del Rosario.

* * *

La promesa que había hecho la Santísima Virgen a los tres pastorcillos cuando le preguntó Lucía si irían algún día al cielo, se cumplió pronto con Francisco y Jacinta, víctimas ambos de la gripe que se extendió por todo el mundo al concluir la Guerra Europea, el año 1918.

Francisco entregó su alma a Dios el viernes, 5 de abril de 1919.

Jacinta y todos los de su familia, excepto el padre, fueron también atacados por la enfermedad, y como consecuencia de ella, contrajo la niña una pleuresía purulenta, de la que tuvo que ser operada en Lisboa. La intervención quirúrgica no tuvo éxito, cosa que sabía muy bien la enferma, porque se le había aparecido la Santísima Virgen anunciándole el venturoso día de su muerte, que acaeció el 20 de febrero de 1920.

Lucía es la única que vive de los tres dichosos confidentes de la Virgen. Para cumplir lo que Esta le había mandado en una de las primeras apariciones, fué a instruirse a un colegio del Norte de Portugal. Como a partir de 1910 está allí prohibida la vida de las Ordenes religiosas, a la que la niña se sentía llamada, por inspiración del cielo, tuvo que trasladarse a Tuy, y allí profesó en las religiosas Doroteas, el 3 de octubre de 1928, a los veintiún años de edad.

EL GENERAL RIEGO Y EL ROSARIO

Aunque los milagros de la gracia de Dios curando las almas tienen menos valor apologético que los del orden sensible, no queremos prescindir de citar algún ejemplo.

Entre las obras dedicadas a poner de manifiesto la inter-

vención de María en esta clase de favores, está la del P. Capanaga, titulada “La Virgen en la historia de las conversiones”. De ella vamos a copiar solamente algunos datos del capítulo titulado: “La muerte del General Riego”. “El día 15 de septiembre fué hecho prisionero don Rafael, después de la derrota de las Arenas, en Sierra Morena, desde donde fué trasladado a Madrid. El 7 de noviembre de 1823 fué ahorcado en la plaza de la Cebada, de la misma capital. Al entrar en la capilla, Riego manifestó deseos de confesarse con un padre Dominicó del Colegio de Santo Tomás, a ser posible de Asturias. El confesor fué el padre S. Vicente, quien admirado de tal petición, hubo de interrogarle. Y Riego contestó con estas palabras: “Padre; mi vida entera es un tejido de iniquidades; no hallo en mi conciencia cosa alguna acreedora a tamaño beneficio de Dios. Pero si a obra alguna debo atribuir el que Dios se compadezca de mi alma, no hallo más que un recuerdo. Cuando yo era niño, mi santa madre me llevaba todos los días a la capilla del Rosario de Santo Domingo, de Oviedo, y allí, de rodillas, rezábamos juntos el rosario de la Santísima Virgen. Murió mi madre, y desde entonces, bien como recuerdo de cariño a ella, bien como resto de devoción a la Santísima Madre de Dios, jamás he dejado un solo día de rezarlo”. “Basta, hijo mío, basta—exclamó enternecido el confesor, estrechando a Riego entre sus brazos—. La Virgen te ha salvado. ¡Oh!, dale infinitas gracias por esta merced, y ten ánimo y confianza en Ella, pues esta conversión es una prenda de felicidad”. Su muerte fué edificante y conmovedora. Antes de morir firmó y leyó la siguiente protesta: “Yo, don Rafael de Riego, preso y estante en la Real Cárcel de esta Corte, hallándome en mi cabal juicio, memoria, entendimiento y voluntad, cual su Divina Majestad se ha servido darme: creyendo, como firmemente creo, todos los misterios de nuestra santa fe, propuestos por nuestra Madre la Iglesia, en cuyo seno deseo morir: movido imperiosamente de los avisos de mi conciencia, que por espacio de más de quince días ha obrado poderosamente en mi interior, antes de separarme de mis semejantes, quiero manifestar en todas partes, donde haya podido llegar mi memoria, que muero resignado en las disposiciones de la Divina Providencia, cuya justicia adoro y venero, pues conozco los delitos que me hacen acreedor a la muerte”. Continúa Riego pidiendo perdón a Dios y a todos los españoles por la parte que tomó en la revolución, y dice al fin: “Esta manifestación que hago de mi libre y espontánea voluntad, es mi deseo que, por la superioridad de la Sala de los Señores Alcaldes de la Real Capilla y Corte de Su Majestad, se le dé la publicidad necesaria, y al efecto la escribo de mi puño

y letra y lo firmo ante el presente escribano de Su Majestad en la Real Cárcel de la Corte de Su Majestad.—**Rafael RIEGO**".

PROFECIAS DE LA MADRE RAFOLS SOBRE EL ROSARIO

Al predecir la Madre Rafols, en sus célebres escritos, las desdichas de los tiempos actuales, dice que el Sagrado Corazón le habló de esta manera: "Llegará día en que se querrá destruir la Religión y mi dulce nombre de todos los ámbitos de la tierra... Comenzará abiertamente esta época (para España) en 1931". Al tratar de los remedios que pondrá entonces Dios en nuestras manos, escribe estas palabras: "Ruego a todos, y de manera especial a mis Hermanas en Religión, que pidan, se sacrifiquen y trabajen cuanto esté a su alcance para que en todas las familias se rece el Santo Rosario". En otro lugar dice que, cuando lleguen estos tiempos tan calamitosos y turbulentos, el medio más poderoso para desagraviar a su Eterno Padre será invocar a su Madre Santísima, meditando los cinco misterios dolorosos del Santo Rosario.

No ha recaído hasta el presente juicio de la Iglesia sobre el crédito que merecen estas profecías. Nos sujetamos por anticipado a su fallo. No pretendemos tampoco que estos célebres escritos tengan a su favor milagros comparables a los acaecidos en Lourdes; pero hemos de exponer brevemente las razones que apoyan su autenticidad.

La Sierva de Dios María Rafols, fundadora de la Orden de Hermanas de la Caridad de Santa Ana, nació en Villafranca del Panadés (Barcelona) el 5 de noviembre de 1781. El Hospital de Zaragoza fué la cuna elegida por Dios para el naciente Instituto Religioso. Los dos sitios que sufrió la ciudad en la guerra de la Independencia, cuando dicho Instituto estaba en el quinto año de su vida, fueron la piedra de toque que hizo descubrir el oro de la caridad que el Sagrado Corazón infundió en él; porque fueron tan sublimes los actos de abnegación y de valor realizados por la Madre Rafols y sus hijas en Religión, que no tienen explicación humana. El premio que dieron los hombres a los favores que recibieron de esta admirable mujer fué calumniarla, procesarla, encarcelarla y, a pesar de que fué declarada inocente, condenarla a destierro.

El Señor, que la sostenía en medio de tantas tribulaciones, le mandó que escribiese las comunicaciones que El le hacía. "No sé, dice ella, lo que se propone mi dulce Jesús con hacerme escribir; sólo sé decir que son tantas las angustias que siento cuando recibo estos mandatos, que todo lo que he sufrido en

mi dilatada vida me parece nada en comparación de las agonías que siento al escribir estas noticias tan íntimas de mi vida".

Los autógrafos encontrados hasta ahora son unos quince, y se espera encontrar más, porque se observan algunos vacíos en la vida de la Madre. Hagamos una sucinta enumeración de las principales profecías contenidas en ellos, empezando por la relativa al hallazgo de los mismos documentos: "... esto que ahora escribes, le dijo el Sagrado Corazón, el año de 1836, lo encontrará el mes de enero de 1932 una de tus Hijas, que es la designada por mí para encontrar todo lo que tú escribas". Pues bien; desde el año 1926, en que empezaron a aparecer los escritos, todos han sido hallados por la Madre María Naya, y el que acabamos de copiar se encontró en la fecha profetizada.

Ya hemos hablado de la predicción relativa a la persecución religiosa en España, que se anuncia comenzaría el año 1931. Con igual exactitud habla de la "Fiesta de Cristo Rey, que será instituída por voluntad mía, le dijo el Señor, y a su debido tiempo, por mi Vicario en la tierra, mi amado hijo Pío XI".

Hay muchas profecías en estos escritos que han visto ya su cumplimiento o están en vías de alcanzarlo. Tales son: El desarrollo de la Congregación; el Generalato de la Madre Bescós; el traslado de los restos de la Madre Lecina; la construcción de iglesia, hospital y escuela en el Molí d'en Rovira, y otras varias de las que no hemos de ocuparnos. Pero hay dos, relativas al hallazgo de dos Crucifijos, conocidos hoy con los nombres de "Cristo del Consuelo" y "Cristo del Desamparo", que no queremos prescindir de examinarlas, porque en todas las otras que hemos enumerado hay sólo el prodigio de la predicción, pero en estas dos fué también prodigioso el modo de verificarse el hallazgo.

Cristo del Consuelo

Era un crucifijo de metal con adornos de plata que habían regalado a la Madre Rafols los parientes de un Padre Jesuíta, que no sabiendo cómo demostrarle su agradecimiento por lo mucho que había trabajado para salvarlos durante los sitios de Zaragoza, encargaron al Padre que se lo remitiese. Así lo hizo él, después de aplicarle muchas indulgencias. Estaba la Sierva de Dios encariñada con su Crucifijo, no por los adornos de plata, sino por las indulgencias y por "venir de una persona tan santa, tan amante de la cruz y de tanta austeridad y penitencia que sólo su recuerdo hacía mucho bien a su alma". Pero un día se le apareció el Señor, estando ella en su casa na-

tal, y le dijo: "Es mi voluntad que ese Crucifijo que tienes en tanta estima y no está conforme con la pobreza que tú profesas, lo claves en esta misma habitación en que tú moras. Yo haré que permanezca aquí, sin que nadie pueda arrancarlo, hasta que tus Hijas vengan en los tiempos venideros a reconocer y venerar por primera vez esta casa santificada con mi presencia. Cuando visitaren esta habitación, Yo haré que una de tus Hijas, al verlo, lo reconozca por tuyo, y sin ningún esfuerzo ni respeto humano, por inspiración mía lo desclavará, y al dueño temporal de esta casa, muy conmovida se lo pedirá".

La promesa se ha cumplido ya al pie de la letra. El día 1.º de septiembre de 1924 visitaron por primera vez las Religiosas de Santa Ana la casa de su Fundadora. Estaban próximos a cumplirse los 110 años desde el día en que había ella escrito su conversación con el Sagrado Corazón. La Hermana Naya, al ver un Crucifijo cubierto de cal en la pared, exclamó: "Ese Cristo es de nuestra Madre". Los dueños de la casa dijeron que con aquel Crucifijo sucedía una cosa misteriosa: nunca, durante tres generaciones, lo habían podido mover ni despegar de la pared, y por eso lo habían blanqueado.

Subió la Hermana Naya a un catre y, sin fuerza alguna, lo quitó de la pared; lo pidió a los dueños; se lo dieron, y lo llevó a Zaragoza.

Cristo del Desamparo

En aquellos mismos días del año 1815, en que le había anunciado Jesús la futura invención del "Cristo del Consuelo", tuvo lugar la escena que nos refiere la Madre con relación al hallazgo del "Cristo del Desamparo", que había sido robado de un convento de Dominicos el 14 de septiembre, fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz del año 1809.

He aquí sus palabras (1): "Otra noche en que yo estaba castigando mi cuerpo para desarmar la Justicia Divina y consolar a mi Dulcísimo Jesús de todos los pecados que se cometían en aquella comarca, se me apareció Nuestro Señor Jesucristo muy triste y me dijo: "Sigue, hija mía, sigue castigando tu cuerpo, para que mi Eterno Padre se desagravie por las muchas profanaciones que en estos últimos tiempos se me están haciendo. Quiero que escribas las profanaciones tan horrendas que hicieron a mi imagen en estas últimas guerras

(1) No copiamos íntegramente. Sustituimos con puntos suspensivos los trozos suprimidos.

"(las de la Independencia) unos malhechores muy cerca de este lugar. Estos desgraciados eran tres... Al romper la cruz arrancaron el brazo izquierdo, y cuando vieron que no era de oro, como ellos creían al robarlo del convento de los Dominicos, buscaron unas cañas y otras leñas de las que tenía tu hermano para cocer el pan y prepararon detrás de esta casa una gran hoguera para quemar la cruz y mi imagen; pero por más esfuerzos que hicieron, no lo pudieron conseguir y sólo se quemó la cruz... Volvieron a echar la imagen cuando la hoguera estaba bien encendida; pero se apagó de repente, y por más esfuerzos que hicieron para encenderla de nuevo, no lo pudieron conseguir, y eso que la leña estaba muy seca... Al ver que quedaban burlados..., la tiraron al estanque en que se recoge el agua para moler... No se hundió, como ellos creían...; siguió flotando sobre el agua como si fuese una paja, con un resplandor tan claro y brillante, que iluminaba todo el contorno... Uno de los ladrones, atemorizado al ver este prodigio, se convirtió e invocó a la Santísima Virgen del Pilar... Esto irritó tanto a sus compañeros, que lo tiraron al estanque; pero, en vez de ahogarse, cogió con suma facilidad la imagen y, besándola con gran amor y veneración, por sí solo salió del estanque... Por ver si abrían los ojos del alma los otros dos ladrones, puse por intercesora ante mi Eterno Padre a mi Madre Santísima..., y en presencia de los tres hice que mi imagen se cubriese de un copioso sudor de sangre... Hicieron aún después de esto un hoyo para enterrarme en él; pero antes les hablé estas palabras: "Hijos ingratos, Yo os aseguro que en los tiempos venideros de este hoyo me sacarán otros obreros. Vosotros sois dos los que, ciegos y endurecidos, estáis; y cuatro o cinco serán los que presenciarán mi hallazgo milagroso... Ya que vosotros desperdiciáis mi sangre, Yo os aseguro que el metal y la tierra la adorarán y respetarán y se conservará fresca y roja hasta el día 15 de noviembre del año 1929, en que Yo haré que otros hombres, que estén trabajando honradamente, la encontrarán y venerarán".

La Madre Rafols oía profundamente apenada estas revelaciones de Dios y estaba aterrada por la pena eterna a que se habían hecho acreedores los dos ladrones; pero el Señor le dijo que hiciese penitencia por ellos. Cumplió la Madre generosamente este encargo y tuvo la dicha de que le revelase en otra ocasión que con sus oraciones y mortificaciones, había alcanzado para ambos una buena muerte.

El cumplimiento de la profecía relativa al hallazgo del "Cristo del Desamparo" tuvo lugar con circunstancias admirables. El año 1928 adquirió la Congregación de las Hermanas de la

profecías a los que han sido en vida modelos de virtudes, sólo pueden encontrar en todos estos hechos, después de admirar la caridad sobrenatural de la Madre Rafols, motivo para exclamar: He aquí una Santa más, cuya canonización podemos esperar.

5.—EL ESCAPULARIO DEL CARMEN

Pedro Svanington, secretario de San Simón Stock, Superior General de la Orden Carmelitana, nos cuenta la aparición en que la Virgen Santísima hizo al Santo las más célebres de las promesas de su Escapulario.

El documento en que Svanington relata el hecho es de 16 de julio de 1251. El Papa Benedicto XIV asegura que el original estuvo mucho tiempo guardado en el archivo del convento de Burdeos, y en él se leen estas palabras con las que San Simón relató el suceso a la Comunidad: "Como yo, con toda confianza, suplicase a Nuestra Señora la Virgen..., se me apareció con grande acompañamiento, y teniendo en sus manos el Hábito de la Orden, me dijo: *"Este será privilegio para ti y para todos los Carmelitas; el que piadosamente muriere con él no padecerá el fuego eterno"*.

Prescindimos de la promesa que hizo al Papa Juan XXII, diciéndole que sacaría del Purgatorio todos los sábados las almas de los cofrades del Carmen que hubiesen practicado ciertas devociones; y vamos a referir, como confirmación de la promesa hecha a San Simón Stock, algunos ejemplos de suicidas que intentaron ahogarse teniendo puesto el Escapulario.

No los traemos como milagros de gran valor apologético, pues sólo queremos conceder tal valor a los que son absolutamente públicos y de imposible explicación natural, pero muchas veces nos convence más lo que habla al corazón que lo que habla a la inteligencia. Todo lo que sea saber que Dios, fatigado en la empresa de nuestra salvación, nos busca y nos da facilidades para conseguirla, arrastra también nuestro entendimiento a creer en él.

En las vidas de los Santos tiene más valor el ejemplo de sus virtudes que la demostración de sus milagros. San Ignacio se decidió a seguir a Cristo porque leyó vidas de Santos; y no es de presumir que fuesen los milagros los que hicieron esta mudanza en su vida. Fué la meditación sobre la locura del mundo puesta de manifiesto por el ejemplo de los Santos, a los que contemplaba en posesión de una felicidad eterna que también él podía alcanzar si los imitaba.

Hecha, pues, esta salvedad sobre el valor que damos a los

ejemplos que vamos a referir, y añadiendo, además, que no pretendemos afirmar que se salven todos los que mueren vistiendo el Escapulario del Carmen, porque es preciso llevarlo *piadosamente*, relatemos los hechos:

Refiere el devotísimo Padre La Colombière que cierta mujer joven, seducida por la lectura inmoral de algunos libros, contrajo amistades y relaciones peligrosas que la condujeron a la pérdida de su alma. Atormentada por el remordimiento, resolvió poner término a su vida ahogándose en un río. Aunque la desdichada no era devota de la Santísima Virgen, llevaba, sin embargo, por costumbre, el santo Escapulario. Todos cuantos esfuerzos hizo por hundirse, así que se arrojó al río, fueron inútiles, porque la sostenía el Escapulario sobre las aguas. Un pescador corrió apresuradamente a salvarla, pero antes de que llegase junto a ella, se quitó la desdichada el Escapulario, por inspiración del demonio, y entonces se hundió su cuerpo en la corriente y bajó su desgraciada alma a sepultarse en los infiernos.

Cuenta también el mismo Padre La Colombière que un hombre había intentado repetidas veces ahogarse, aunque inútilmente, sin saber a qué atribuir tal portento, hasta que cayó en la cuenta de que llevaba un Escapulario, y persuadido de que éste era el obstáculo que le impedía realizar su infernal designio, se lo arrancó, y zambulléndose en seguida, por cuarta o quinta vez, las mismas olas que hasta aquel instante lo habían rechazado, lo recibieron en su seno, y en un instante lo ahogaron.

El mismo rasgo de demencia, escribía el año 1842 Mr. Sambucy, canónigo de París, se ha reproducido pocos años hace con una mujer, sobre las aguas del Sena, en el centro de la capital de Francia. Echóse al río, y como permaneciese algún tiempo sobre el agua, todos los que la miraban vieron que, haciendo de repente un movimiento como para desembarazarse de algún objeto inoportuno, arrojó lejos de sí el Escapulario. Al instante desapareció, sin que nadie la volviese a ver, y un barquero, que había acudido a salvarla, sólo pudo alcanzar el Escapulario cuya protección tan impiamente había rechazado.

Célebre es un caso igual, que cuenta el Venerable Padre Claret, de un desesperado que se arrojó al agua y que se arrancó también el Escapulario así que conoció que esta santa prenda no le dejaba hundirse.

Después de estos cuatro tristes ejemplos, concluyamos con un caso consolador que se refiere en la vida del Padre Milleriot. Viendo éste que no podía reducir a un infeliz desesperado que quería quitarse la vida, le obligó a prometer que no se

quitaría el Escapulario que le puso al cuello. Y como el infeliz prometiera hacerlo así, le dijo el Padre: "Ya te he cogido; intentarás matarte, pero no te morirás". En efecto; en aquel mismo día, dos veces se arrojó al Sena; pero, a pesar de no saber nadar, no pudo hundirse. Convirtióse después y vivió como un buen cristiano.

La revista "Sal Terrae", que trae este ejemplo en el mes de junio de 1913, concluye con estas palabras: "Varios casos semejantes y bien probados refieren las historias. ¡Cuán grande es la misericordia de esta Abogada de pecadores!".

6.—LA MEDALLA MILAGROSA

El Escapulario del Carmen no es el único que nos entregó la Santísima Virgen como prenda de salvación. Hay otros que son emblemas de Hábitos de Ordenes religiosas adoptados por inspiración de la misma soberana Señora. Pueden servir de ejemplos el de los Mercedarios y el de los Pasionistas. Con el primero se apareció la Virgen en una misma noche al Fundador de la Orden, al Rey de Aragón y de Cataluña y al Prelado de Barcelona; y reunidos los tres personajes al siguiente día, se comunicaron la visión que habían tenido. A San Pablo de la Cruz, fundador de los Pasionistas, se le apareció con el Hábito que había de usar su Orden. En ambas religiones se ha visto que la fundación es obra del cielo, por los milagros y virtudes de los Santos que en ellas han florecido.

Hay otros escapularios, como el Rojo de la Pasión y el Azul de la Purísima, que sin ser emblema de Hábito de ninguna Congregación religiosa, se han propagado obedeciendo los mandatos de la Santísima Virgen. Un breve resumen de la historia y milagros de todos los escapularios necesitaría un libro.

La Iglesia ha concedido, para mayor comodidad de los fieles, que puedan sustituirse todos los escapularios que una misma persona tenga impuestos, salvo que sean insignias de alguna Orden Tercera, por una sola medalla que represente por un lado la imagen de Nuestro Señor ostentando su Sagrado Corazón, y por el otro la de la Virgen María.

Es también muy conocida la Medalla Milagrosa, que tiene en el anverso la imagen de Nuestra Señora, de pie sobre el mundo y despidiendo de sus manos rayos de luz, símbolo de las gracias que derrama sobre él. Por eso podemos considerarla como representación de su Mediación Universal (1). Lo es tam-

(1) Véase la obra del P. Julio Sánchez: "La Mediación Universal de María y la Medalla Milagrosa".

bién de su Inmaculada Concepción, tanto por el traje que ostenta la Virgen como por la inscripción que en la medalla campea: "¡Oh María, sin pecado concebida, rogad por nosotros que recurrimos a Vos!" Estos dos significados, correspondientes a dos de las prerrogativas de María que hemos estudiado, nos mueven a relatar las dos apariciones en que se apoya la propagación de la Medalla Milagrosa.

En el Noviciado de las Hijas (conocidas por Hermanas) de la Caridad, de París, ingresó en abril de 1830 una joven de veinticuatro años, llamada Catalina Labouré, a la que Dios amó con predilección en medio de tantas virtuosísimas compañeras que habían dejado el mundo, como ella, en lo mejor de la vida para dedicarse a las obras más difíciles de la caridad cristiana.

El 18 de julio del mismo año, cuando a las once de la noche estaba todo el Noviciado en silencio, oyó Catalina que la llamaban por su nombre. Miró hacia el lado de donde venía la voz, descorrió la cortina y vió al pie de su cama un niño vestido de blanco que representaba tener, a lo sumo, cinco años, el cual le dijo: "Ven a la capilla, que te espera allí la Santísima Virgen". Catalina estaba asombrada y temía, además, despertar a las otras religiosas; pero el niño la tranquilizó asegurándole que todas dormían bien.

"Me apresuré a vestirme, dice ella, y seguí al niño, que iba siempre a mi izquierda. Me admiró mucho que por todos los sitios encontráramos las luces encendidas, y más me sorprendió aún ver que la puerta de la capilla se abría apenas la tocaba él con la punta del dedo. También estaban encendidas allí todas las luces como si fuese la Misa de Nochebuena. Yo no veía a la Virgen; pero el niño, que creo era el ángel de mi guarda, me llevó junto al sillón destinado al Padre Director y se puso en pie a mi lado. Yo estaba impaciente, temiendo que pasasen por la tribuna las religiosas que hacen la vigilancia de noche. El niño me dijo: "Ahora llega la Virgen". Oí un ruido como el roce de un traje de seda y la vi venir del lado de la tribuna y sentarse en el sillón. Me puse inmediatamente a su lado, con las manos apoyadas en sus rodillas y allí, oyendo sus consejos, pasé el momento más dulce de mi vida. Cuando volví a mi lecho sé que eran las dos de la madrugada, porque oí dar la hora y no volví a dormir."

La revelación de la Medalla Milagrosa no fué en esta primera aparición, sino en la segunda, que tuvo lugar cuatro meses después, el 27 de noviembre, y de la que nos habla así la misma Beata Catalina:

"A las cinco de la tarde, después de leer el punto de medi-

tación, estando en silencio toda la capilla, vi a Nuestra Señora a la altura del cuadro de San José, en pie, con un traje de seda blanco aurora, hecho lo que se llama "a la Virgen", mangas lisas y un velo blanco que caía hasta abajo, a través del cual se percibían sus cabellos en *bandós*, y encima un encaje, como de tres centímetros de ancho, sin pliegues, ligeramente apoyado sobre los cabellos. El rostro, bastante descubierto; los pies apoyados en media esfera, y en sus dedos anillos de piedras preciosas, unas más bellas que otras, que lanzaban rayos de luz; y me dijo: *Este es el símbolo de las gracias que derramo sobre los que me las piden*. Se formó al decir esto un cuadro alrededor de Ella y vi encima de su cabeza escritas, con letras de oro, estas palabras: *¡Oh María, sin pecado concebida, rogad por nosotros que acudimos a Vos!* "Haz acuñar, me dijo, una medalla según este modelo. Todas las personas que la lleven al cuello recibirán grandes gracias". Entonces me pareció que el cuadro daba vuelta para ver el reverso de la medalla. En él hay la letra M, inicial de María, con una cruz y los dos corazones."

La realidad de las visiones de la Beata Catalina está confirmada con numerosos milagros (1).

7.—LAS TRES AVEMARIAS

No tiene disculpa que, siendo los breves días de esta vida lo único de que disponemos para preparar la casa y fortuna de la eternidad, se nos haga muy largo el cuarto de hora que se emplea en rezar un rosario; pero es tan grande el deseo que tiene la Virgen María de salvar a sus hijos, que ha extendido sus promesas a otras devociones mucho más breves. Una de ellas es la que reveló a Santa Matilde, religiosa Benedictina, del monasterio de Hefta, en Sajonia, que vivió desde el año 1241 al 1298.

Las revelaciones de esta Santa fueron redactadas en gran parte por su amiga y confidente Santa Gertrudis la Magna. En el capítulo XLVII de la primera parte de tal escrito se leen estas palabras:

"Como rogase Matilde a la Virgen gloriosa que la asistiera en la hora de la muerte, le dijo Ella: "Sí que lo haré; pero por tu parte quiero que me reces tres Avemarias diariamente. Por

(1) Pueden verse algunos en el P. Aladel, "Sor Catalina Labouré y la Medalla Milagrosa", y en las novenas de la Medalla Milagrosa. Al fin de este capítulo nos hemos de ocupar de los dos que eligió la Sagrada Congregación para la Beatificación de Sor Catalina.

la primera pedirás que, así como Dios Padre, según su munificencia omnipotente, ha levantado mi alma sobre un trono de gloria sin igual, hasta el punto de que después de El soy la más poderosa en el cielo y en la tierra, así también yo te asista en la hora de la muerte para fortificarte y rechazar de ti toda potestad enemiga. Por la segunda Avemaría pedirás que, así como el Hijo de Dios, conforme a los tesoros de su sabiduría, me ha adornado maravillosamente de ciencia y de entendimiento, y de tal modo me ha llenado que gozo del conocimiento de la Santísima Trinidad más que todos los Santos juntos, y como sol brillante, con la claridad de que me hallo embellecida, adorno todo el cielo, así también te asista yo en la hora de la muerte, para llenar tu alma de las luces de la fe y de la verdadera sabiduría, para que no la obscurezcan las tinieblas de la ignorancia y del error. Por la tercera Avemaría pedirás que, así como el Espíritu Santo me ha llenado por completo de las dulzuras de su amor y me ha hecho tan amable y tan amante que después de Dios soy la más dulce y misericordiosa, así también yo te asista en la hora de la muerte llenando tu alma de tal suavidad de amor divino, que toda pena y amargura de muerte se cambie para ti en delicias."

Aunque las palabras de esta promesa parecen indicar que era hecha exclusivamente en favor de Santa Matilde, no debemos entenderlas en este sentido, sino considerarlas análogamente a como se consideran las que usó Jesucristo para designarnos a todos por hijos de María en la persona de San Juan. Prueba de ello es que en el mismo libro en que consta la promesa, se le pone al capítulo este título: "De las tres Avemarias, con cuyo rezo podrás tener favorable a la Virgen en la hora de tu muerte". En este sentido lo han entendido San Leonardo de Puerto Mauricio, San Alfonso María de Ligorio y otros muchos Santos y sabios, y lo confirman también otras revelaciones que tuvieron Santa Gertrudis, y la Venerable María Villani y Francisca Vachina. Sirven también de confirmación de lo mismo las indulgencias que les han concedido los Sumos Pontífices.

Prueban asimismo la verdad de esta interpretación los milagros obtenidos por medio de ellas y de la medalla llamada de las Tres Avemarias; milagros que en su mayor parte consisten en conversiones de pecadores, disponiéndolos para una buena muerte.

8.—FAVORES TEMPORALES OBTENIDOS POR LA
MEDIACION DE MARIA

Después de haber hablado de las apariciones de la Santísima Virgen en Francia y en Portugal y de otros prodigios acaecidos en Alemania e Italia, es justo que escojamos, como muestra de favores temporales, uno que ocurrió en España, ya que, según piadosa tradición, en ella tuvo lugar la primera de las apariciones de la Madre de Dios, que quiso así favorecer al Apóstol Santiago. Ordenóle en ella la Virgen que construyese una capilla en su honor, la cual fué el principio de la suntuosa basílica del Pilar.

El docto profesor de Historia de la Universidad compostelana, don José Fernández Sánchez, refiere el hecho, del que fué protagonista Miguel Juan Pellicer, en esta forma (1):

"Era natural de la villa de Calanda, en la provincia de Teruel, e hijo de unos labradores pobres que lo pusieron a servir en casa de un tío suyo, vecino de Castellón de la Plana. Cierta día, conduciendo un carro cargado de trigo, cayóse de él, con tan mala suerte que la rueda le partió la pierna derecha. Llevado al hospital de Valencia, por carecer el tío de medios para curarle en su casa, de nada le aprovecharon los medicamentos que se le aplicaron. No obtuvo mejores resultados en el grande hospital de Zaragoza, donde corrió su curación a cargo del habilísimo profesor de Cirugía y Medicina, Juan de Estanga, quien, viendo la pierna del todo corrompida y muerta, se la cortó cuatro dedos más abajo de la rodilla y la hizo sepultar. Cerrada la herida, el primer cuidado del pobre Pellicer fué ir a la capilla de la Virgen del Pilar a implorar su protección y unirse con aceite de la lámpara. Dos años consecutivos estuvo pidiendo limosna a la puerta del santuario de María. No había zaragozano que no conociese al "Cojo de Calanda", a quien conocían también cuantos del reino de Aragón, del resto de España y aun del extranjero iban en peregrinación a la Virgen del Pilar. Deseando Pellicer ver a sus padres, pobres, ancianos y achacosos, regresó el año 1640 al pueblo de su nacimiento, donde, arrastrándose de puerta en puerta y recorriendo también los lugares comarcanos, ganaba su sustento y el de su familia. En la noche del 29 de marzo de dicho año, después de haber pasado un rato en el hogar al amor de

(1) "Santiago, Jerusalén, Roma. Diario de una peregrinación". Tomo I, pág. 403.

la lumbre con sus padres y varios vecinos, quitándose en presencia de todos la pierna de palo se fué a acostar, para descansar de las faenas de aquel día, que había empleado en recoger hierba. A las once entró su madre en el cuarto donde Miguel dormía, y notó, llena de estupor, que su hijo tenía ambas piernas. Corre a poner el hecho en conocimiento de su marido, el cual despertó al pobre cojo, que aun no se había dado cuenta del beneficio que acababa de recibir. "Soñaba, le dijo a su padre, que en la capilla del Pilar me ungía la pierna con aceite de la lámpara". "Pues bien, hijo mío, repuso el padre enajenado de alegría, y sin hallar palabras que expresasen su reconocimiento; da gracias a Dios porque la Virgen te ha restituido la pierna". Aquella misma noche se divulgó el maravilloso suceso por Calanda, y todos sus habitantes corrieron a admirar por sus propios ojos los efectos de la omnipotencia divina y de la poderosa intercesión de la Virgen del Pilar. Al día siguiente sucedió un nuevo milagro: El pueblo en masa e infinidad de gente de las cercanías a donde la noticia del milagro había ya llegado con la rapidez de la exhalación, llevan a la iglesia en volandas a Miguel Pellicer. Todos querían volver a ver y no se saciaban de admirar la estupenda maravilla. El pie había quedado torcido, para que el milagro fuese más visible; pero de repente cobra su posición natural. Calcúlese el efecto que este segundo portentoso causaría en aquella devota muchedumbre. Levantada acta de todo ante notario público, el afortunado mancebo corrió a Zaragoza a postrarse a los pies de la Virgen del Pilar. Allá le siguieron muchos de sus vecinos, cuyo número iba aumentando con el contingente que daban los pueblos del tránsito; y la ciudad invicta presenció uno de los espectáculos más tiernos y sublimes que se consignan en sus anales. A pesar de la evidencia y de que a una voz aclamaban el milagro pueblos enteros, miles de personas, todas testigos oculares, y no obstante el testimonio vivo de Miguel Pellicer, que no cesaba de repetir que él, él era el afortunado mortal en quien la misericordia divina había hecho alarde de su infinito poder y la Virgen del Pilar de su solicitud de Madre, la Autoridad eclesiástica procediendo con la exquisita prudencia, tacto y madurez con que en casos semejantes se conduce siempre, abrió el correspondiente proceso, oyó testigos de todas clases y consultó el caso con médicos, teólogos y otras personas gravísimas; después de lo cual el Arzobispo de Zaragoza, don Pedro Apaolaza, dió en 27 de abril de dicho año de 1640 solemne sentencia, declarando el hecho de que se trata cierto y superior a toda virtud y fuerza de la naturaleza. Al lado de la firma del Prelado cesaraugustano

léense las de las personas de la ciudad y de Aragón más respetables por su virtud, ciencia y posición social, testigos oculares todas ellas del maravilloso suceso.”

Aunque esta sentencia y el acta notarial no dejan lugar a dudas, hay todavía otro documento que hace que se recuerde más vivamente: Para perpetuar la memoria de este prodigio, los habitantes de Calanda edificaron una magnífica iglesia con el título de Nuestra Señora del Pilar. Una de sus capillas se denomina del Milagro; ocupa el sitio de la casa de Miguel Pellicer y los bajos relieves son alusivos a su portentosa curación.

9.—DEL MODO DE PRESENTARSE EL MILAGRO,
PARA SU VALOR APOLOGETICO

La escena que tuvo lugar en el Paraíso Terrenal después del pecado de nuestros primeros padres está llena de enseñanzas que podemos aprovechar para explicar dónde, cuándo y cómo han sucedido los milagros.

El linaje humano ha sido creado para un fin infinitamente superior a su naturaleza, cual es la posesión de Dios durante toda la eternidad. Para nuestra felicidad natural bastan los bienes que disfrutan los que están en el limbo. El hombre, privado de la gracia santificante por el pecado de Adán, se encontraba en esta alternativa: si moría en pecado mortal, se condenaba; si no llegaba a cometer culpa grave, solamente alcanzaba la felicidad natural del limbo. En esta misma situación se encuentran los infieles. Cuanto más meditemos en ella, más espantosa nos parecerá.

Dios prometió a nuestros primeros padres que, para remedio del daño que ellos habían causado a sus descendientes, vendría una segunda Eva (la Virgen María) y un segundo Adán (Jesucristo), que devolverían al linaje humano la gracia perdida.

* * *

Del mismo modo que un soberano temporal pone su sello en el documento en que concede una merced, de esa misma manera puso Dios el milagro como señal de la promesa que hiciera.

Antes de la venida de Cristo sólo vemos estampado este sello divino en el pueblo judío, elegido para que de él naciese el Salvador prometido. El pueblo israelita vivió anhelando continuamente el advenimiento del Mesías que había de libertar a su linaje. Por eso, sus Libros Sagrados están llenos de pró-

fecias relativas a esta esperanza. En sus tiempos de fidelidad al Señor fué Israel el archivero de estas promesas, sin sospechar que llegarían otros tiempos en que esas profecías habían de ser la condenación de su infidelidad. ¡Ah! ¡Si pudiesen borrar hoy de sus Libros todos estos anuncios proféticos, cuán de buena gana lo harían! Pero entra en los planes de Dios poner de manifiesto el valor irrefutable que tales promesas proféticas tienen en sus manos; porque ellos, que son sus mayores enemigos, son también sus archiveros irrecusables.

La misma fe que merecen las Profecias se debe prestar así mismo a las narraciones de los milagros que hacía Dios con su pueblo, según constan en esos mismos Libros Sagrados; porque es evidente que no se podía alterar la verdad de los hechos añadiendo relatos fabulosos en unos escritos que eran públicamente conocidos. No hemos querido, sin embargo, aprovechar el valor apologetico de estos milagros del Antiguo Testamento y nos hemos contentado con el de las Profecias, porque así nos ahorramos el trabajo de demostrar la autenticidad y publicidad de los textos sagrados en las épocas en que se escribieron.

Con respecto a los vaticinios del Mesías, nos basta decir: Lo escrito antes de Jesús, y cumplido en El, es profecía. Si algo se quisiese añadir más tarde, no lo consentiría el pueblo que crucificó a Cristo.

* * *

Llegó el día señalado por Daniel y los demás Profetas; apareció el Redentor del mundo, y entonces se pusieron a sus órdenes todos los elementos como testigos de su divinidad: El devolvía la salud a centenares de leprosos incurables; resucitaba a Lázaro, corrompido ya en el sepulcro, al cuarto día de enterrado; multiplicaba los alimentos para miles de personas, y calmaba las tempestades. Este dominio sobre las leyes de la naturaleza se lo transmitió a sus Apóstoles y después a su Iglesia, como testimonio de que en ella, y en la virtud de los Sacramentos, nos había dejado el medio de recuperar la gracia santificante perdida por nuestros primeros padres.

Esta gracia que, como savia vivificadora, produce copiosos frutos de santidad en los fieles que permanecen unidos a los sucesores de San Pedro, circula también, aunque con menos vigor, en algunas ramas cismáticas del cristianismo separadas de la obediencia de Roma. ¿Hará Dios milagros en esas ramas desgajadas? No puede hacerlos como en el tronco sano, porque esto podría ser causa de confusión entre los fieles. Pero, del mismo modo que en la naturaleza se ven a veces en las ramas desgajadas algunos frutos escasos que indican la presencia

de la savia, así quiere Dios que en la Iglesia Cismática lleguen a alcanzar la santidad y tal vez el don de milagros algunos fieles que permanecen en el Cisma de completa buena fe.

La Iglesia Cismática tiene sus "santos" canonizados, como lo son San Boris, San Gleba y San Teodoro de Petcheiski. Entre todos ellos descuella el célebre ermitaño del siglo pasado. San Serafin de Sarov, cuya canonización por el Santo Sínodo tuvo lugar el 29 de enero de 1903. Guardó absoluto silencio durante tres años; sus penitencias son comparables a las de San Simeón Estilita, y llegó a ser tan grande su fama, que a la ermita de Sarov, durante los dieciocho años últimos de su vida, concurrían diariamente miles de peregrinos. Se dice que le obedecían los animales, que leía en el interior de los corazones, y hasta se afirma que recibía visitas de la Santísima Virgen. Debemos tener presente que todos sus milagros los hacía mediante la invocación del Santo Nombre de Jesús y que se inspiraba en lecturas rigurosamente católicas, como las obras de San Basilio, San Juan Crisóstomo y sobre todo el Nuevo Testamento, que sabía de memoria.

Con estos contadísimos, y tal vez discutibles, ejemplos de santidad que se dan fuera de la Iglesia Católica, hace contraste la abundancia de los Santos que dentro de ella son canonizados. Rigurosísimo es el examen de sus virtudes, como lo es el de sus milagros, que tienen que ser por lo menos dos para la beatificación y otros dos más para la canonización, si bien para los mártires no se exigen de una manera ineludible.

De aquí se deduce que las 310 beatificaciones y las 78 canonizaciones del siglo XIX suponen más de 900 milagros rigurosísimamente contrastados.

Entre los que han sido elevados al honor de los altares en el año 1933, sólo vamos a ocuparnos de Sor Catalina Labouré, la elegida por el cielo para dar al mundo la Medalla Milagrosa de que hemos hablado en este capítulo. He aquí los dos milagros que fueron escogidos entre los que se presentaron para su Beatificación:

1.º El día 3 de diciembre de 1928 fué operado en el hospital militar de Turín el soldado Mario Zame, de unos 24 años de edad. Abierto el vientre, se vió que tenía una peritonitis purulenta difusa, mortal de necesidad. El día 4 se le administró el santo Viático; el 5 empezó el período preagónico. La madre del pobre soldado, acompañada de las Hermanas de la Caridad, pidió a la Virgen que, "en prueba de la santidad de Sor Catalina Labouré", curase al enfermo. Al amanecer del día 6, instantánea y totalmente se verificó la curación milagrosa. Los médicos no podían disimular la admiración y el estupor al ver la repentina y perfecta curación de un operado cuya

muerte inmediata era, en lo humano, absolutamente segura. Tanto ellos como los tres especialistas designados por la Sagrada Congregación, prestaron su juramento de que se trataba de un caso milagroso.

2.º El niño de seis años, Juan Ribet, sufría mal de Pott desde julio de 1929. El 19 de noviembre de dicho año empezó una novena, pidiendo a la Milagrosa, por intercesión de Sor Catalina, le alcanzase la salud. Le acompañaban en sus oraciones sus padres, hermanos y las Hermanas de la Caridad que le asistían. El día 26 de dicho mes de noviembre, a las diez de la mañana, llamó Juan a su madre, que, al acudir, le encontró completamente sano. Lo notable de este caso es que se obtuvieron radiografías antes y después del milagro y en ellas se ve que la curación fué por reintegración de lo que había desaparecido, destruido por la enfermedad (1).

* * *

Las consideraciones que hemos hecho hasta aquí se refieren al cuándo y dónde ocurren los milagros; hagamos ahora algunas relativas a cómo son.

Lucifer había caído del cielo porque, en su soberbia, llegó hasta querer compararse con Dios. Vencido y humillado, sale del infierno y consigue que le imiten en la prevaricación nuestros primeros padres. Justo es, por tanto, que sus descendientes necesitemos la humildad para ganar lo que Adán y Eva perdieron con el orgullo.

Los incrédulos, si son humildes, abren los ojos a la luz de los milagros; pero Dios niega esta luz a los soberbios. Por eso no quiso hacer prodigios ante sus envidiosos vecinos de Nazaret, ni ante el licencioso Rey Herodes, ni ante los judíos que le decían: "Si bajas de la cruz, creeremos en ti".

Los orgullosos de hoy quisieran ver a Dios puesto a sus órdenes, como un prestidigitador; y aun no se contentarían con eso, porque al prestimano no se le señalan los ejercicios con que ha de asombrar al público, y a Dios quisieran decirle, parodiando a los judíos: "Haz este milagro y creeremos en ti".

Si los portentosos hechos de Jesucristo y de los taumaturgos de todos los tiempos, o los sucesos de Lourdes y tantos otros que hemos citado, admitiesen explicación natural, estaría justificada la falta de fe y sería razonable la pretensión de pedir otros argumentos. Tal vez los hombres, puestos a pedir una prueba de la verdad de la revelación, exigiesen la resurrección

(1) Estos milagros pueden verse en las "Acta Apost. Sedis", número 8 de 1933, págs. 212-214.

de un muerto de muchos años, el traslado de una ciudad, el cambio del curso del sol, o que le naciesen alas a un hombre. Pues bien; al Dios que resucitó a Lázaro ya corrompido, que hizo brotar la milagrosa fuente de Lourdes, que en Fátima obligó al Sol a servir de testigo de las palabras de la Virgen e hizo renacer la pierna de Miguel Juan Pellicer, a ese Dios no tenemos derecho a pedirle mayores pruebas de su poder.

Jesús resucitó a Lázaro ante su hermana María Magdalena, que humildemente le decía: "Si tú estuvieses aquí, no hubiese muerto mi hermano". La fuente de Lourdes brotó cuando escarbaba la tierra y comía la hierba del suelo de la gruta la humildísima Santa Bernardita; el Sol obedeció en Fátima a la vista de miles de fieles que habían pasado la noche sobre el fango esperando el prodigio, y Miguel Juan Pellicer soñaba que se ungía el miembro amputado con la sencillez con que solía hacerlo, pero no se formaba la ilusión de ser favorecido con un prodigio tan célebre.

Dios no quiere que haya mezquindad en sus portentos; pero, si alargamos la mano a los frutos que da en el huerto de nuestro corazón el árbol del orgullo, tendremos la desgracia de ser incrédulos.

* * *

No faltará quien diga que el milagro se presenta por sorpresa y solamente cuando no puede ser bien examinado por los que dudan de él. Para responder a esta acusación podríamos acordarnos de la Oficina de Comprobación de Lourdes; pero también es muy adecuado ejemplo el de la licuefacción de la sangre de San Jenaro.

Fué este mártir degollado en Pozzuoli, dos leguas al Sur de Nápoles, en tiempo de la persecución de Diocleciano. Su cabeza y alguna sangre recogida del suelo por una piadosa mujer se guardan en Nápoles, de donde es patrono, en dos relicarios separados. Tres días en el año, que son: el de la traslación del Santo, el de su martirio y el de su patrocinio, se colocan juntos los dos relicarios durante las solemnes funciones que se celebran en la Capilla del Tesoro, en la que están guardadas ambas reliquias. Después de esto empiezan las peticiones pidiendo el milagro, que consiste en que la sangre, que está cuajada y seca en el fondo de la redoma en que la recogió la mujer, empieza a liquidarse, rebullir y formar espuma, como si estuviese fresca, viéndose nadar en ella algunas pajuelas que se le incorporaron cuando la devota mujer la recogió del suelo.

Alejandro Dumas, que presencié el milagro, comenta la hipótesis de que haya en él alguna trampa o superchería, y a pesar de su reconocida impiedad se expresa así: "¿Quién dirá

que desde el siglo IV al XIX hayan conservado los canónigos de Nápoles el secreto de la superchería? En tal caso su fidelidad sería más admirable que el mismo prodigio. Prefiero creer sin rodeos el milagro y declarar rotundamente que lo creo... Voltaire y Lavoisier quisieron morder en esta ampolla y, como la serpiente de la fábula, se rompieron los dientes en ella".

10.—RIDICULOS ARDIDES DE LOS ENEMIGOS DEL MILAGRO

El que reconozca que en la Religión católica y sólo en ella se da el caso de que las leyes más inmutables de la naturaleza cambien su curso para servir de testigos a los dogmas religiosos, no podrá negar que tiene parte en el prodigio el autor de esas mismas leyes.

Como no es posible sostener que todos los milagros sean invenciones novelescas, apelan sus enemigos a desfigurarlos de modo que pierdan toda su fuerza, o a poner frente a ellos otros iguales acaecidos en favor de otras religiones. A los que siguen este segundo camino les contestaremos en el capítulo siguiente. Vamos ahora a decir algo sobre aquellos que han pretendido reducir los milagros a simples efectos de sugestión o de superchería. Como existe entre todos ellos la suficiente analogía para que baste la refutación de alguno de los más afamados, va a servirnos de tipo el estudio del doctor Lafora, titulado "Milagros curativos laicos y religiosos". Lo escogemos porque ha merecido los honores de ser considerado como una obra "verdaderamente crítica y científica".

El señor Lafora pretende demostrar que la humanidad ha sido siempre supersticiosa; que los sacerdotes de todos los tiempos fueron falsificadores de milagros y que los de hoy continúan su industria en forma análoga a los de los tiempos más remotos.

He aquí algunas de sus afirmaciones:

"La práctica de la medicina en la antigüedad estaba en poder de los sacerdotes, formando una parte de los ritos religiosos. La magia y el misticismo obraban mediante el efecto sugestivo del influjo espiritual del alma sobre el cuerpo. En los pueblos primitivos de hoy día vemos que este estado de cosas persiste aún"... "Hipócrates es el primero que separa la medicina como arte y ciencia, haciéndola independiente de la religión. El progreso ulterior de la medicina ha ido acentuando cada vez más esta separación o independencia. Pero la medicina se ha ocupado principalmente de estudiar *el cuerpo y sus dolencias*, mientras se ha dejado a la Iglesia el cuidado del

espíritu"... "Hoy, de igual modo que en los siglos pasados se esforzaba la medicina hipocrática por arrancar del exclusivo dominio de la Iglesia el estudio del cuerpo y sus dolencias, la psicoterapia intenta también arrancarle el estudio del alma."

Hablando de los milagros de Lourdes, dice:

"Las gentes que habitan las poblaciones más próximas al santuario muestran una incredulidad absoluta y casi unánime... que contrasta con la fe de ciertos médicos que se satisfacen con escasos exámenes y pruebas biológicas para aceptar el milagro." "Aun hoy día hemos visto al doctor Carrel, el gran investigador de los cultivos artificiales de tejidos humanos, honrado con el premio Nobel, tener que defender su incredulidad ante ciertos milagros que la prensa milagrosa de la gruta le atribuía haber reconocido. En 1900 fué Carrel a Lourdes. Se le enseñó un caso de cicatrización rápida de una llaga, que se deseaba hacer pasar por milagro. Pero Carrel declaró que el hecho se explicaba científicamente por la acción de ciertos factores físicos que aceleran la cicatrización, tales como la acción de la luz, del agua radioactiva, etc."

Afirma después el doctor Lafora que Carrel en "cartas particulares" culpa al doctor Boissierie, médico jefe de la Oficina de Comprobaciones de los milagros de Lourdes, de haberle atribuido "opiniones absurdas". Estas cartas, cuya existencia asegura el doctor Lafora, no llegaron a ser del dominio público. Aunque no nos atrevemos a desmentir a dicho doctor, sin embargo, para demostrar lo difícil que es prestarle crédito, vamos a copiar de la revista francesa "La Science et la vie" la relación del caso (1).

* * *

"Hace unos veinte años que Carrel se preparaba para el concurso de Cirugía de los Hospitales de Lyon. Se le presentó una niña de doce a trece años (María Bailly) atacada de un absceso frío en la fosa ilíaca derecha, absceso que había resistido a todos los tratamientos empleados. Por su parte, Carrel ensayó todos los recursos de la terapéutica, médica y quirúrgica, pero sin obtener ningún resultado.

(1) El doctor Philipon es el que publica este artículo, en el número 36, correspondiente a enero de 1918. En los archivos de Lourdes puede leerse la relación del caso "escrita de puño y letra de Carrel". Por eso nos cuesta trabajo creer lo que dice el doctor Lafora sobre las cartas particulares. La traducción la copiamos del opúsculo de don Alejandro Arcaya, titulado "Unas observaciones al doctor Lafora". En este opúsculo se demuestra que las afirmaciones de este doctor sobre la religión y la medicina en los tiempos primitivos están hechas con mucho menos conocimiento del asunto que el que tiene el señor Arcaya.

El aconsejó entonces a la familia que llevase a la niña a Lourdes. Su consejo fué inmediatamente seguido.

Poco después nos encontrábamos Carrel y yo en un banquete, al que asistían algunos de nuestros más ilustres maestros. Uno de los convidados preguntó a Carrel qué había sido de su enfermita.

—La he enviado a Lourdes—respondió Carrel sonriendo.

Esta respuesta fué recibida con una risotada general.

—Pero, ¿usted tiene fe en ese tratamiento?—preguntó uno.

—¡Mi fe!—repuso Carrel—; ¡era preciso hacer algo! Pero lo notable es que esta misma mañana he vuelto a ver a la niña de vuelta de Lourdes, y, todo lo maravilloso que ustedes quieren, pero, ¡la enfermedad está curada!

—¿Qué dice usted?...

—¡Sí, curada; completa y definitivamente curada! Lourdes, en tres o cuatro días, ha logrado lo que nosotros no podíamos conseguir; he aquí algo que entra en la categoría de los milagros.

Esta última palabra produjo un escalofrío en los comensales. Carrel añadió:

—Noten ustedes que yo no explico nada; no discuto. Lo único que hago es consignar un hecho.

Entonces el profesor C... le dijo:

—¡Es inútil insistir, señor! Yo creo poder decirle que, si usted tiene esas ideas, no puede pretender un lugar entre nosotros. Jamás nuestra Facultad le recibirá entre sus miembros.

—En tal caso—concluyó Carrel—, yo no tengo que hacer más que marcharme. Creo que no faltarán sitios donde yo tenga la suerte de ser mejor recibido.

Efectivamente; Carrel abandonó su patria, y se trasladó a Norteamérica, donde la fama no tardó en descubrirle."

NOMA DE NUEVO LEÓN * * *

Los enemigos del milagro no se contentan con seguir la conducta de Zola o la del doctor Lafora y los comensales de Carrel; llegan algunos hasta procurar que los mismos favorecidos por el milagro nieguen el hecho y les sirvan de cómplices.

Un ejemplo de esto lo cuenta Bertrin en su "Historia Crítica de Lourdes" (1): "María Briffaut, de Saint-Leger (Alto Saona), que padecía de una coxalgia supurante, con profunda

(1) Página 176. París, 1907.

caries del hueso, curó repentinamente, el 1.º de septiembre de 1893, después de cuatro años de enfermedad. Los dolores y la llaga habían desaparecido instantáneamente. A los pocos días del milagro, un médico, cuyo nombre no quiere revelar, no habiendo podido convencerla de que había curado por sugestión, "trató de intimidarla; mas al verla conmovida y temblorosa por esta inesperada escena, se dulcificó algo—dice ella—, y me ofreció dinero si quería confesar que había sido curada por sugestión".

Hay otros incrédulos que son más sinceros. No niegan los hechos, pero dicen que hay que atribuirlos a fuerzas de la naturaleza que nos son aún desconocidas. Este es el procedimiento a que apela Richet al tratar del caso de Pedro de Rudder, de que hemos hablado en el primer capítulo, y el que siguen otros doctores para explicar que algunos estigmatizados, como Teresa Neuman, vivan sin comer y beber.

Este modo de proceder trae a la mente el diálogo de la parábola del rico Epulón cuando desde el infierno le decía a Abraham: "Ruégote que envíes al difunto Lázaro a casa de mi padre. Porque tengo cinco hermanos; para que les atestigüe esto, a fin de que no vengan ellos también a este lugar de tormento. —Pero—le dijo Abraham—ya tienen a Moisés y a los Profetas. Atiéndanlos. —No, padre Abraham—replicó Epulón—; pero si va alguno de los muertos a ellos, harán penitencia. —Si a Moisés y a los Profetas no atienden—le contestó el Patriarca—, aunque resucite alguno de entre los muertos, no creerán".

Parece que Jesucristo, al proponer esta parábola, tenía presente lo que había de suceder cuando El resucitase al otro Lázaro, hermano de Marta y María, y lo que está aconteciendo todos los días con los incrédulos, que cierran los ojos a la luz de los prodigios con los que nos pone Dios de manifiesto la existencia de una vida sobrenatural.

INDICE

| | Págs. |
|--|-------|
| Capítulo III.—La Virgen María, Medianera Universal de todas las gracias..... | 3 |
| 1. Ideas generales. Plan de este capítulo..... | 3 |
| 2. La Reina de los Santos..... | 5 |
| 3. La Madre de pecadores..... | 10 |
| 4. El Rosario..... | 12 |
| Nuestra Señora del Rosario de Fátima..... | 14 |
| El General Riego y el Rosario..... | 20 |
| Profecías de la Madre Rafols sobre el Rosario..... | 22 |
| 5. El Escapulario del Carmen..... | 28 |
| 6. La Medalla Milagrosa..... | 30 |
| 7. Las tres Avemarías..... | 32 |
| 8. Favores..... | 34 |
| 9. Del modo de presentarse el milagro para su valor apologético..... | 36 |
| 10. Ridículos ardidés de los enemigos del milagro..... | 41 |

Obra de Apologética Mariana

«LA PROMESA DEL SEÑOR EN EL PARAISO»

Vol. I

«Los milagros de Lourdes como demostración del dogma de la Inmaculada Concepción.»

Vol. II

«Milagros más directamente conexos con el dogma de la Maternidad divina de María.»

Vol. III

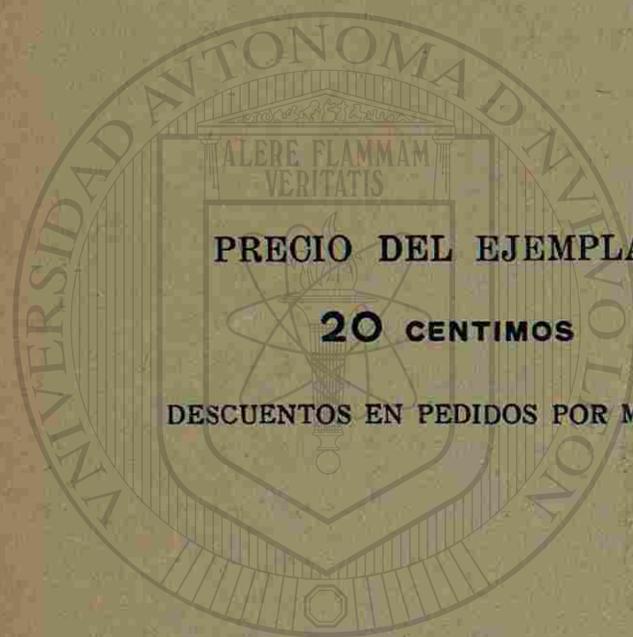
«Prodigios demostrativos de la Mediación Universal de María, dispensadora de todas las gracias.»

(Los demás volúmenes en preparación.)

Obra destinada a la propaganda católica, a precio inferior al de coste, para su mayor difusión.

Precio de cada volumen, 20 céntimos.

Descuentos por cantidades apreciables.



PRECIO DEL EJEMPLAR

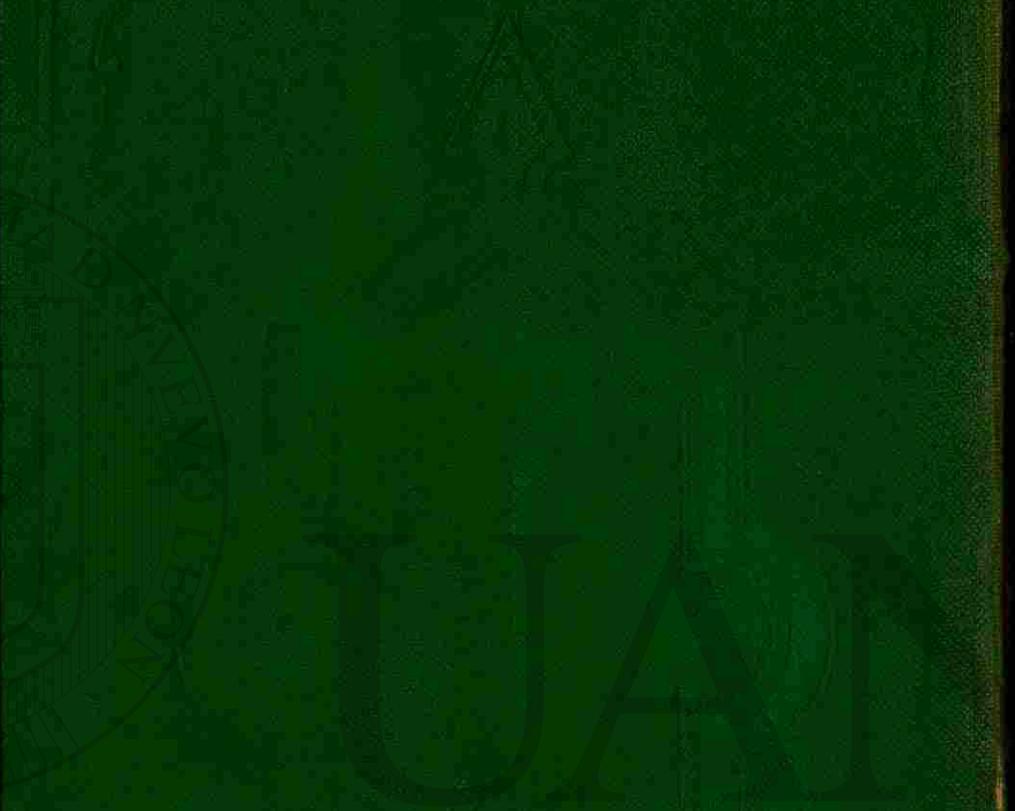
20 CENTIMOS

DESCUENTOS EN PEDIDOS POR MAYOR

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



DAD AUTÓNOMA DE NU
CIÓN GENERAL DE LIOTE

LIOTE

12